HILAIRE BELLOC

EUROPA
Y LA FE

Traducción de
Eduardo A. Lanús



EDICIONES "C. E. P. A."
BUENOS AIRES

Traducción autorizada por
Constable and Company Ltd. - London.

INTRODUCCIÓN

La conciencia católica de la Historia

HABLO de la *conciencia* católica de la Historia. Y digo *conciencia,* esto es, conocimiento íntimo mediante la identidad; la intuición de una cosa, que se unifica con el conocedor. No hablo, pues, del *punto de vista* católico de la historia. La expresión *punto de vista* es moderna, e integra por lo tanto, un todo decadente; es falsa, y por eso mismo, efímera; no me rebajaré a emplearla. Rendiré, más bien, homenaje a la verdad, diciendo que no existe un tal *punto de vista* católico de la historia europea. Hay un *punto de vista* protestante, uno judío, otro mahometano, o japonés; porque todos ellos consideran a Europa desde el exterior. Mas el católico contempla a Europa desde adentro, y no puede haber un *punto de vista* católico de la historia europea, como no puede haber *punto de vista* de un hombre con respecto a sí mismo.

Sin embargo, la sofistería pudiera pretender que existe un *punto de vista* humano del sujeto mismo que lo posee. Pero la falsa filosofía en ningún caso como en este da pruebas tan evidentes de su falsedad. Porque cuando el hombre con franqueza, y luego de un prolijo examen de su mente, desea mirarse, lo hará en línea paralela a su creador, y por ende a la realidad; mirará desde su fuero interno.

Prosigo esta metáfora. El hombre tiene en sí la conciencia de que es la voz de Dios. Sabe que no sólo es real el mundo exterior, sino que también es real su propia personalidad. Cuando un hombre, aunque adulado por el mundo, se dice *Yo soy malo,* está en contacto con la realidad; y cuando pese a la calumnia mundana se dice a sí mismo con respecto a sí mismo *Mi propósito era justo,* también lo está. Se conoce a sí mismo porque es él mismo. Un hombre no cuenta con conocimiento ilimitado sobre su propio ser. Pero no obstante la limitación de su ciencia, ésta le es conocida totalmente; en ella todo participa de la totalidad. Lo que no conoce sobre sí, si lo supiera, concordaría con lo ya conocido. Hay en verdad, *puntos de vista* humanos para todas las cosas, menos para dos: para el sujeto mismo y para Dios que lo ha creado. Ambos, al contemplarle, le ven tal cual es; los demás lo consideran desde ángulos distintos, y en aspectos distintos; y éstos son realmente

puntos de vista, falsos por separado, y diferentes en conjunto. Pero la visión de sí mismo que tiene un hombre, no es un *punto de vista:* es una comprensión.

Pues bien; así es en cuanto a nosotros, soldados de la fe, y de la gran historia de Europa. Al estudiarla, un católico no andaría a tientas, palpándola en la corteza. La entendería desde adentro. No puede comprenderla por completo, porque es un ser limitado. Pero también lo ha de entender. La fe es Europa y Europa es la fe.

El católico aporta a la historia (y cuando digo historia en estas páginas, me refiero a la historia de la Cristiandad), un conocimiento propio, personal. De igual modo que un hombre, en el confesonario, se acusa de lo que sabe sea cierto, y que sus semejantes son incapaces de juzgar, así el católico, hablando de la civilización europea en conjunto, si la censura será por motivos y actos que son los suyos. Su crítica no es de justicia relativa; es de justicia absoluta. *En manera similar* a la del hombre que puede atestiguar en su favor, puede un católico atestiguar contra concepciones injustas, impertinentes e ignorantes de la historia de Europa; porque conoce el *cómo* y el *porqué* de su proceso. Los otros, los no católicos, consideran la historia externamente, como extranjeros. *Ellos* en su consideración, versarán sobre algo que se les presenta en forma parcial e inconexa, sólo a través

de las apariencias; *él*, en cambio, lo ve todo desde el centro, en su esencia y en su totalidad.

Afirmo nuevamente, reemplazando términos: la Iglesia es Europa, y Europa es la Iglesia.

La conciencia católica de la historia no se inicia con el desarrollo de la Iglesia en la cuenca del Mediterráneo. Le antecede en mucho. El católico entiende el terreno en el que creció la planta de la fe. En modo al que ningún hombre se atreve, entiende el esfuerzo militar romano; la causa de su choque contra el tosco y mercantil imperio asiático de Cartago; los frutos obtenidos de la luz ateniense; el nutrimento proporcionado por el irlandés y el británico; las tribus galas con sus ideas terribles pese a su confusión sobre la inmortalidad; el parentesco que nos une con el ritual de religiones profundas no obstante su falsedad, y aun de cómo el antiguo Israel (el pueblecito violento, antes de envenenarse, y mientras aun era nacional en las montañas de Judea) fueron, al menos en la antigua revelación, cosas principales, y (como decimos los católicos) sagradas; dedicadas a una *Misión* peculiar.

Para el católico toda esa perspectiva se halla en armonía. El cuadro es normal. Para él no hay deformidad. El proceso de nuestra gran historia es fácil, natural y total. También es definitivo, terminante.

Pero el católico moderno, especialmente cuando está constreñido al sólo uso de la lengua inglesa, sufre las consecuencias de una deplorable (y de desear) pasajera laguna. Ningún libro moderno escrito en ese idioma le suministra visión fidedigna del pasado. Se ve obligado a ilustrarse en la producción de autoridades acérrimamente hostiles, autores alemanes, o ingleses plagiarios de los alemanes, cuyo conocimiento no puede equipararse al del europeo veraz y equilibrado.

De continuo se le presentan frases cuyo absurdo es evidente, ora en sus reticencias o en las contradicciones que llevan aparejadas. Pero a no ser que tenga el tiempo disponible para profundizar esos estudios, no podrá señalar, a ciencia cierta, el punto que tacha de absurdo. En los libros que lee (si por lo menos están escritos en inglés) advierte la carencia de algo que su intuición del continente le hace sospechar que debería encontrarse allí; pero no puede llenar ese vacío porque el autor de tales libros, ignoraba él mismo esas cosas, o para decir mejor, no podía concebirlas.

Tomaré dos ejemplos. El primero se relaciona con la batalla europea de nuestra época. Es asunto largo, inexplicado aún en parte, y que se vincula a todas las naciones, relación que aparentemente no tiene nada que ver con la fe. Es materia que, juzgaríamos, cualquier extranjero puede analizar, y que, sin embargo, ningún historiador explica.

El segundo que escojo deliberadamente, es un ejemplo particular y agudo; cuestión de características doctrinarias especiales; la historia de santo Tomás de Canterbury, a cuyo respecto el historiador moderno no hace más que sumirse en una contradicción incomprensible, pero que para el católico revela en forma sorprendente el camino de transición entre el Imperio y las nacionalidades modernas. En cuanto al primero de ambos ejemplos, he aquí la Gran Guerra en Europa. Es indudablemente un efecto de alguna causa; las cosas han llegado a ese extremo. ¿Cómo ha sido? ¿Por qué existen dos bandos? ¿Qué significa ese curioso agrupamiento de las naciones del oeste, aunadas en una alianza desesperada contra las hordas que Prusia conducía a una victoria que parecía inevitable, después del derrumbe de la Rusia Ortodoxa? ¿Dónde se afianzan las raíces de ese desprecio tan singular por nuestro antiguo orden, nuestra caballerosidad y costumbres, de que hizo gala Berlín por ese entonces? ¿Quién explicará la vacilación papal, la anomalía irlandesa, y el alejamiento de la vieja España? Crecerá la confusión si tratamos de ordenar estos hechos mediante un análisis moderno, exterior, y más aún, si es materialista o escéptico. No fué el clima contra el clima, fácil contraste materialista del *medio ambiente,* que es la más burda y estúpida explicación de los problemas humanos. No fué tampoco la raza, si es que aun puede distinguirse alguna raza en Europa, salvo vagos y confusos vestigios característicos, tales como entre el levantín o y el occidental, el bajo y el alto, el morocho y el rubio. Tampoco fué una cuestión económica como pretendía otra necia teoría académica, popular hace unos años. No existió, en este caso, el choque del rico contra el pobre, ni la presión de bárbaros incivilizados sobre naciones cultas, ni planes de explotación, ni organizaciones de hombres intentando apoderarse del suelo perteneciente a propietarios inhábiles para aprovechar sus frutos.

¿Cómo se formaron esos contendientes cuyo antagonismo potencial fué tan fuerte que millones de hombres sufrieron a voluntad hasta colmar la medida de sus fuerzas, para llegar a un desenlace?

El hombre que quiera explicar ese tremendo juicio, basándose en el examen superficial de las diferencias religiosas entre las *sectas* modernas, se hallará sin duda perplejo. He visto este intento en más de un diario o libro, enemigo o aliado, y sus resultados son lamentables.

En verdad, Prusia, la protagonista, era atea. Pero los territorios a ella sometidos la apoyaron animosamente —la Colonia católica, y el Rhin, y en forma dócil la católica Baviera—. Su apoyo principal, sin cuya mediación no hubiera podido desafiar a Europa, fué justamente la potencia cuya razón de ser fué el catolicismo: la Casa de Habs-

burgo Lorena, que desde Viena gobernaba y consolidaba a los católicos contra la ortodoxia eslava; la Casa de Habsburgo Lorena era el campeón de la organización católica en el este europeo. La Irlanda católica se mantuvo apartada.

España, nada devota, pero detestando lo no católico por ser de corte extranjero, estaba más que apartada. Gran Bretaña había olvidado ya, desde mucho tiempo atrás, la unidad europea. Francia, otra de las protagonistas, se encontraba notoriamente dividida en sí misma respecto del principio religioso de esa unidad. Nada explicarán los análisis religiosos modernos del hombre que considera a la religión como una opinión. ¿Por qué, pues, hubo contienda? Aquellos que hablan de la democracia como del origen de la Gran Guerra, pueden dejarse a un lado; porque esa noble, ideal aunque rara y peligrosa forma de gobierno, no estaba en cuestión.

Ningún historiador puede hablar así. La política esencialmente aristocrática de Inglaterra, convertida ahora en una plutocracia, el despotismo de Rusia y de Prusia, el inmenso complejo de los otros grandes estados modernos, desmiente esa tontería. Quienes hablan de *una lucha por la supremacía entre los dos campeones teutones, Alemania e Inglaterra,* son aún menos respetables. Inglaterra no es teutona, y no fué protagonista. El Gabinete inglés decidió entrar en la guerra por el consenso

de la mayoría menor que pueda darse (la mayoría de uno). El gobierno alemán de ninguna manera soñó jamás que tuviera que enfrentar a Inglaterra. No hay pregunta con respuesta tan fácil. El mundo estaba en guerra. ¿Por qué? No es historiador el hombre que no puede responder desde el pasado. Aquellos que pueden contestar desde el pasado, y son historiadores, advierten que la profundidad histórica de la fe europea, y no su apariencia superficial presente, es la que lo explica todo.

La lucha fué contra Prusia.

¿Por qué se alzó Prusia? Porque la imperfecta evangelización bizantina de las llanuras eslavas orientales, no se reunió justamente allí, en Prusia, con la corriente occidental de tradición viviente emanada de Roma. Prusia fué una solución de continuidad. En su pequeña área descuidada, que ni el este Bizantino llegó a cultivar a medias ni el oeste romano del todo, germinaron cizañas. Y las cizañas se diseminan por sí mismas. Prusia, esto es, una parcela de maleza, no podía medrar y extenderse mientras el oeste no se debilitara en cisma. Tenía que esperar las postrimerías de la batalla de la Reforma. Esperó. Y por fin, cuando se presentó la oportunidad, se extendió prodigiosamente. Las malezas invadieron primero a Polonia y a las Alemanias, y luego, a la mitad de Europa. Y cuando por último amenazó a la ci-

vilización entera, era señora de ciento cincuenta millones de almas.

¿Cuáles son las piedras de toque de esta guerra? A su manera, profundamente distinta, lo fueron Polonia e Irlanda, severos islotes de tradición tenaz; conservadoras del pasado merced a una pasión nacional por la fe.

La Gran Guerra fué el encuentro de una *cosa nueva,* desasosegada, que deseaba vivir su pervertida existencia en modo novedoso y separada de Europa, contra la vieja roca cristiana. Esa *cosa nueva* es en su moral, en su ética, en su ética prusiana, el efecto de la gran tempestad que ocasionó, hace trescientos años, el naufragio de Europa, dividiéndola en dos partes. Esa guerra fué el mayor ejemplo pese a su condición de repetido, de esa lucha incesante; lo externo, lo inestable, lo no tradicional, que es la barbarie —ejerciendo ciega presión sobre lo interior, lo tradicional, lo fuerte—, que somos *nosotros,* esto es, la Cristiandad, vale decir, Europa. (¡No es extraño, pues, que en Westminster, el gabinete dudara!) .

Decíamos durante la guerra, que si Prusia triunfaba la civilización perecería, pero que si triunfaban los aliados, la civilización sería restablecida. ¿Qué significábamos con ello? No significábamos que los nuevos bárbaros sean incapaces de manejar una máquina; pueden hacerlo. Pero hacíamos notar que lo habían aprendido todo de nosotros.

Queríamos decir que no están incapacitados para *continuar algo por sí mismos,* y que nosotros sí. Queríamos dar a entender que carecen de raigambre.

Cuando decimos que Viena fué el instrumento de Berlín, que Madrid debería avergonzarse, ¿qué queremos significar? Nada más que esto: la civilización es una, y nosotros, su familia. Lo que nos desafió, pese a que dominaba tantas cosas de las que pudieran habernos ayudado, y que eran realmente nuestras, era exterior a la civilización y no perdió ese carácter por el uso momentáneo de los aliados civilizados.

¿Qué queríamos decir al afirmar que *el eslavo* nos falló? No era un juicio racial. Polonia era eslava y Serbia también; eran dos estados, por mucho muy diferentes; y sin embargo ambos estaban con nosotros. Era nuestra intención el indicar que la influencia bizantina jamás fué suficiente para informar un verdadero estado europeo o para darle a Rusia una disciplina nacional; porque el imperio bizantino, tutor de Rusia, fué separado de nosotros los europeos, los católicos, los herederos, que somos los conservadores del mundo. La conciencia católica de Europa, entendió esa guerra, con apologías mientras estaba en los lazos de Prusia, con la afirmación, una vez libre. Pesó, juzgó y decidió sobre el futuro; la alternativa de las dos contingencias futuras que se hallan

ante el mundo. Tonterías fueron cualesquiera otros juicios sobre la guerra. De un lado, de parte de los aliados, tenemos a los políticos profesionales más vulgares y a sus ricos pagadores, clamando por la *democracia;* pedantes refunfuñando acerca de la *raza.* Del lado de Prusia (la negación de la nacionalidad), tenemos la pretensión del cumplimiento de alguna vaga misión nacional de conquista, otorgada por los poderes divinos a los germanos, el pueblo menos competente para gobernar. Se llegará finalmente, una vez escuchado este enjambre de opiniones, a creer que la Gran Guerra no fué otra cosa que una locura, un objeto sin motivo, tal como lo conciben los internacionalistas de mayor vacuidad.

Tanto valga para ejemplo de la guerra. Es explicable como desafío a la tradición europea. Es inexplicable de otro modo. Sólo el católico está en posesión de la tradición de Europa. En ese orden, sólo él puede ver y juzgar.

De un ejemplo tan reciente y universal, torno ahora a uno local, distante, preciso, en el que pueda comprobarse asimismo la calidad de esa conciencia católica de la historia europea.

Consideramos el ejemplo particular (y clerical) de Thomás Becket; la historia de santo Tomás de Canterbury.

Reto a cualquiera a sacar algo en limpio después de leer esa historia escrita por autores como

Stubbs, o Green, o Bright, o en otro de nuestros manuales protestantes.

Estamos ante un sujeto de estudio, limitado y bien definido. En cuanto al tiempo, afecta sólo unos años. Se sabe mucho acerca de él, porque cuenta con muchas versiones contemporáneas. Su comprensión es de gran interés para la historia. El católico puede preguntar: *"¿Por qué es que se me hace imposible entender la historia tal como la cuentan estos autores protestantes? ¿Por qué carece de sentido?"*

En suma, esa historia es la siguiente:

Se consultó una vez a cierto prelado, a la sazón Primado de Inglaterra, si admitiría algunos cambios respecto de la situación legal del clero. La modificación fundamental consistía en que los hombres unidos a la Iglesia en cualquier concepto, aun por las órdenes menores (y que no fueran necesariamente presbíteros), en caso de delinquir en el orden de la jurisdicción temporal, deberían ser juzgados por las cortes del país, en lugar de serlo por las suyas propias (eclesiásticas), como se acostumbraba desde hacía siglos. El reclamo, en ese tiempo, era novedoso, y el Primado se resistió a aceptarle. A raíz de su negativa debió padecer muchas indignidades y ultrajes, mas el Papa dudó de la justicia de su resistencia, y finalmente se reconcilió con la autoridad civil. Esa frase, empero no explica el problema; y cuando el católico

se dedica a examinar el caso particular de santo Tomás se encuentra ante muchas circunstancias dudosas y que le llaman a la reflexión; asuntos a cuyo respecto sus contrincantes menos europeos se hallan impotentes y reducidos al silencio.

Digo *impotentes* porque en su actitud renuncian a la explicación. Registran esos hechos en cuanto a su existencia, pero quedan perplejos. Pueden explicar la acción particular de santo Tomás, con gran sencillez; con demasiada sencillez. *"Fué* —dicen— *un hombre que vivió en el pasado"*. Pero llamados a exponer el alcance de las consecuencias que sucedieron a su martirio, caen en formular las hipótesis más absurdas e inhumanas; que *las masas eran ignorantes,* esto es, comparadas con las de otros períodos de la historia humana (¿qué?, ¿más ignorantes que hoy?); que *el Papado maquinó una explosión de entusiasmo popular,* como si el Papado fuese alguna sociedad secreta del jaez de la masonería moderna, poseedora de ocultos procedimientos para maquinar cosas como aquella; como si el tipo de entusiasmo que despierta el martirio fuera similar a las calamitosas conmociones públicas de la actualidad, fruto de las juntas secretas de agitación o del periodismo; como si sólo esa pretendida intervención fuera capaz de arrastrar a todo el populacho europeo hasta el extremo al que llegó.

Ante los milagros que fuera de toda duda se registraron en la tumba de santo Tomás, el historiador que odia o ignora la fe, tuvo (y tiene) tres maneras de negarlos. La primera consiste en silenciar los hechos, y es la forma más fácil de mentir. La segunda consiste en afirmar que tales milagros no fueron más que el resultado de una vasta conspiración organizada por los sacerdotes, y apoyada por la débil sumisión de los mutilados, los cojos y los ciegos. La tercera (y en estos momentos, la que está más en boga) radica en bautizar esos milagros con nombres periodísticos modernos, mezcla de latinajos postizos y de griego, nombres con los que se espera habrán de perder su carácter taumatúrgico; esos son los que hablan principalmente de la *auto-sugestión.*

Ahora bien: cuando el católico se acerca a esta historia maravillosa, cuando ha leído todos los documentos originales, la entiende perfectamente desde su fuero interno.

Advierte la importancia relativa de los reclamos sustentados por santo Tomás en aquella posición suya, y que (tomada ésta como un hecho aislado) no deja de ser hasta cierto punto, irrazonable. Pero pronto verá, a medida que lea, a medida que note la rápida y profunda transformación del mundo civilizado que se operaba en aquella generación, que santo Tomás bregaba por un principio que, aunque inconsistente en su aspecto exterior (en

el caso particular), era absoluto en su aplicación general: la libertad de la Iglesia. Se esforzó por mantener los que *habían sido* símbolos particulares de la libertad eclesiástica en el pasado. Lo importante fué la dirección de su acción, y no el signo de esta última. Las costumbres particulares pueden pasar, pero desafiar los nuevos reclamos de la autoridad civil, en ese momento, era salvar a la Iglesia. Se estaba gestando un movimiento que pudo haber cristalizado en ese entonces, por todas partes, pero que sólo se cumplió parcialmente en Europa, cuatrocientos años después; movimiento cuyo propósito era la disolución de la unidad y la disciplina de la Cristiandad.

Santo Tomás hubo de luchar en el terreno escogido por el enemigo; luchó y resistió en el espíritu del dictado de la Iglesia. No combatió por un punto dogmático; no luchó por la conservación de un punto al que la Iglesia, novecientos años antes o quinientos años después, hubiera o hubiere concedido importancia. Peleó por cosas que eran tan sólo meras disposiciones temporales, las que hasta hace muy poco han sido la garantía de la libertad de la Iglesia, pero que en su tiempo estaban a punto de no ser tomadas en cuenta. *Mas el espíritu que le animaba era la determinación de que la Iglesia no debería someterse jamás al dominio del poder civil;* y el espíritu contra el cual luchaba, era el que abierta o encubiertamente juzga a la Iglesia como institución puramente humana y por lo tanto sometida, de hecho, como inferior, a los procesos de la ley del monarca (o lo que es peor) del político.

Un católico podrá advertir, leyendo la historia, que santo Tomás debía perder necesariamente una a una las batallas que libraba por cada uno de los puntos que defendía en concreto, pero que sin embargo salvó en Europa todo el ideal que defendía en universal. Un católico percibe claramente el *porqué* del entusiasmo popular, la garantía que ofrece la vida sana y moral de un hombre contra la amenaza del rico y el poder del estado —el gobierno propio de la Iglesia—. Eso había sido defendido por un campeón hasta la muerte; y las costumbres impuestas por la Iglesia son la garantía de la libertad. Además, el lector católico como el no católico, nunca se conforma con una afirmación ciega e irracional en el sentido de que los milagros *no pudieron* operarse. No está imbuído de una fe firme y viviente que le indique que los sucesos maravillosos no pueden acaecer nunca. Lee la evidencia. No puede creer que hubo una conspiración de falsedad (puesto que no hay prueba alguna de su existencia). Al contrario, hay algo que le induce a la convicción de que los hechos tan minuciosamente recordados y tan ampliamente atestiguados ocurrieron realmente. He aquí, pues, una vez más, al europeo

eminentemente razonador, al católico que se enfrenta con el bárbaro escéptico y sus vacuos improbados y mecánicos dogmas de secuencia material.

Y estos milagros para el católico no son más que puntos terminales concordantes con la integridad del conjunto. Sabe lo que era la civilización europea, antes del siglo XII, y lo que llegó a ser después del XVI. Conoce las razones por las cuales la Iglesia se alzaría contra determinado prurito de evolución, y la forma que emplearía, y conoce el *cómo* y el *porqué* de la resistencia de santo Tomás. No le asombra comprobar que esa reacción fracasó en su aspecto técnico, y advierte que su éxito fué tan inmejorable en cuanto al espíritu, como para impedir en momentos en que ese hecho hubiera sido mucho más peligroso y general que en el siglo XVI, el trastorno de las relaciones entre la Iglesia y el estado.

Se explica, en especial, el entusiasmo popular, refiriendo a la ligazón de ese estado de ánimo a los milagros obrados por la intercesión del santo —no porque tales milagros fueran fantasías, sino porque el reconocimiento popular de la santidad merecida constituye el acompañamiento posterior y el recipiente del poder de obrar milagros—. Son los detalles de esta historia los que requieren el más escrupuloso análisis. He elegido así, uno muy significativo que sirve para ejemplificar mi caso.

Tal como un hombre que entiende enteramente el carácter de los hacendados ingleses y su posición en la campaña de Inglaterra, tendría que extenderse en largas explicaciones (y con cierta dificultad) ante un extranjero, para darle a entender que las grandes posesiones inglesas, pese a ser un mal, lo fueron propio del país; así como el caso de un determinado propietario de complejidad o violencia peculiares podría servirle de prueba, de ese mismo modo el martirio de santo Tomás es para el católico que contempla a Europa, un ejemplo excelente para mostrar lo bien que entiende las cosas que para los demás son incomprensibles, y cuán simple y humano le es un hecho que para los no católicos sólo puede explicarse valiéndose de las más grotescas suposiciones, verbigracia, que el testimonio contemporáneo universal debe ignorarse; que los hombres están prontos a morir por cosas en las cuales no creen; que la filosofía de una sociedad no está difundida en ella; o que el entusiasmo popular general e innegable se produce mecánicamente en cumplimiento de directivas de algún centro gubernamental. Tales absurdos se connotan en la visión no-católica de la Gran Guerra, y ésta no tiene otra explicación que la proporcionada por la conciencia católica de Europa.

Al contemplar el caso de Becket, el siervo de la Iglesia lo entiende como el de la lucha de un hom-

bre obligado a pelear por su libertad y a sostenerla sobre la base de un privilegio heredado del pasado (pues ese es el campo de batalla elegido por los adversarios). El no católico, no puede sencillamente entenderlo, ni tampoco lo pretende. Vayamos ahora, de este segundo ejemplo, perfectamente definido y limitado, a un tercero bastante diferente de los otros dos, y el más amplio de todos. Tornémonos al aspecto general de toda la historia europea. Podemos aquí consignar los lineamientos del vasto bosquejo por cuyo intermedio el católico puede apreciar aquellas cosas ante las cuales los demás hombres quedan perplejos, y determinar y conocer los puntos sobre cuya comprensión, estos no hacen más que formular adivinanzas.

La fe católica se expande sobre el mundo romano, pero no porque los judíos estuviesen dispersos por todo él, sino porque la aceptaron el entendimiento de la antigüedad y especialmente el entendimiento romano, en su respectiva madurez.

La decadencia material del Imperio no es correlativa ni paralela al crecimiento de la Iglesia Católica, es la contraparte de ese desarrollo. Se ha enseñado que la *"Cristiandad* (una palabra que por otra parte no tiene nada de histórica) *se introdujo en Roma, al decaer la ciudad de los Césares, y apresuró su caída"*. Eso es mala historia.

Antes bien, aceptad este aserto y recordadlo: *"La Fe es lo que Roma aceptó en su madurez; y la Fe no fué causa de su decadencia sino factor conservador de todo lo que en ella podía conservarse"*.

No fuímos fortalecidos por el advenimiento de la sangre bárbara. Amenazó a la civilización, en su vejez, un serio peligro determinado por una pequeña infiltración de sangre bárbara (principalmente servil); y si el mundo civilizado venció ese ataque y no decayó definitivamente en ese entonces, se lo debemos a la fe católica.

En el período siguiente —la Edad Media— el católico sigue viendo a Europa salvada del ataque universal del árabe, del huno y del escandinavo; advierte que la fiereza del golpe era tal, que nada, de no haber algo divinamente instituído, hubiera podido contrarrestarlo. El mahometano llegó a encontrarse a tres días de marcha de Tours, el mongol fué visto desde los muros de Tournus sobre el Saona, en el centro de Francia. El salvaje escandinavo se volcó en las bocas de todos los ríos de la Galia, y por poco aniquiló a la isla de Gran Bretaña. No quedó en Europa más que un núcleo central.

Y sin embargo, Europa sobrevivió. En el reverdecer que siguió a esta época sombría —en la Edad Media— el católico no tiene ante su vista hipótesis, sino documentos y hechos; ve surgir los parlamentos, no de una imaginaria fuente *teutónica* —in-

ventada por las academias— sino de las verdaderas órdenes monásticas, en España, en Gran Bretaña, en la Galia, nunca fuera de los viejos límites de la Cristiandad. Observa la trayectoria hacia lo alto, de la arquitectura gótica, espontánea y autóctona, al principio, en el perímetro parisiense, y luego fuera del mismo, hasta llegar a las montañas de Escocia y el Rhin. Contempla las nuevas universidades, fruto del despertar del alma europea, la maravillosa civilización nueva de la Edad Media, alzándose como una transformación de la vieja sociedad romana, cambio puramente interno, y causado por la fe.

Los problemas, el terror religioso, las locuras del siglo XIV, los entiende como enfermedades de un cuerpo —Europa— necesitado de medicina. Pero los medicamentos tardaron demasiado, y vino la disolución del cuerpo europeo y la Reforma.

Debió ser la muerte; pero en tanto que la Iglesia no está sujeta a la ley mortal, no hubo muerte. Entiende que ninguno de esos pueblos que se separaron de la religión y de la civilización, pertenecían al antiguo grupo romano, excepto Gran Bretaña. El católico, leyendo su historia, observa en aquella lucha la posición de Inglaterra y no el efecto de aquélla en los términos europeos, Holanda, Alemania del Norte, etc. Ansía ver si Gran Bretaña abandonará también el núcleo civilizado, en la gran prueba.

Advierte la agudeza de la lucha en Inglaterra, y su larga duración; nota cómo las fuerzas vivas, especialmente las viejas familias tales como los Howards, y los mercaderes de la ciudad de Londres, se alistan en las filas de la traición; nota cómo, pese a todo, una tradición poderosa impide un cambio súbito en la política británica o una separación brusca de la continuidad europea. Ve el alzamiento de todo el norte inglés y las ciudades sitiadas en el sud. Y finalmente contempla a los grandes nobles y mercaderes, victoriosos, y al pueblo seccionado aparentemente para siempre, de la vida por la cual había vivido, y del alimento del cual se había nutrido.

Junto a todo ello, observa que, vecino a Gran Bretaña, un país solo, que jamás fué romano, a raíz de un accidente inexplicable y milagroso, preserva la Fe, y Gran Bretaña perdida, ve junto a ese desastre la sobrevivencia de Irlanda.

Para el lector católico de la historia (aunque no tenga una historia católica que leer) no ofrece peligro el estúpido prejuicio contrario a la civilización que ha obsesionado a muchos escritores contemporáneos, y que les ha llevado a fraguar orígenes fantásticos de instituciones cuyo desarrollo fué tan sencillo como puede serlo un hecho histórico. No entiende el origen del pueblo inglés, en las andanzas de la piratería que devastó las costas del este y el sudeste de Inglaterra, en el

siglo VI. Advierte que el buen éxito de esos pequeños establecimientos en las costas orientales y la extensión de su idioma hacia el oeste en la isla, datan de su aceptación de la disciplina, moral y ley romanas, de las cuales la mayoría, los galeses, al oeste, estaban alejados. Ve que la hegemonía final de Winchester sobre el resto de Gran Bretaña, tuvo su origen en la temprana reanudación de las comunicaciones con el continente, y en la separación total de la vida diaria de Europa, de toda la isla, excepto al sud y este. Sabe que los parlamentos cristianos no están fundados sobre un vago y posible principio bárbaro, sino que son evidentemente monásticos; no le sorprende saber que surgieron por vez primera en los valles pirineos durante la lucha contra el árabe; sabe cuán probable o necesario era un origen tal, justamente cuando el principal esfuerzo de Europa estaba encaminado en la labor de la Reconquista.

En general, ante el lector católico, la historia de Europa e Inglaterra transcurre con naturalidad; no le tienta esa sucesión de teorías auto-contradictorias, y a menudo desechadas para dar lugar a novedades, concepciones estas que han confundido y enrevesado las modernas reconstrucciones del pasado. Sobre todo, no comete el error histórico fundamental que consiste en *leer la historia hacia atrás.* No piensa en épocas pasadas, como en la intención de alcanzar nuestra perfección presente.

Posee en su propia naturaleza, la naturaleza del curso de la historia; siente el caer y el levantarse; el ritmo de una vida que es la suya. Los europeos son de su misma carne. Puede referirse al siglo I o al XV; las reliquias no le son extrañas, ni tampoco los oráculos, y si bien reemplaza a los dioses, no deja de ser su heredero.

CAPÍTULO I

¿Qué fué el Imperio Romano?

La historia de la civilización europea, es la de cierta institución política gobernada desde Roma que unió a Europa y fué, en determinado momento, su expresión. Esa institución fué informada en su origen por la influencia creciente de una religión definida y organizada, que aceptó, y con la que, por último, se fusionó.

La entidad una vez aceptada esa religión, después de haberla hecho su manifestación oficial, y luego de haberla recibido en todas sus partes hasta que deviniera el espíritu del conjunto, fué modificándose lentamente, en la iluminación del orden espiritual y en la decrepitud del orden físico. Pero no llegó a morir y su sobrevivencia fué asegurada por la religión que era su alma nueva. Resurgió y vive aún. Tal institución fué conocida al principio por el hombre, bajo la denominación de *Res publica;* hoy la llamamos *El Imperio Romano.* La

religión que la informó y la salvó, se llamaba a la sazón, se llama aún y se llamará siempre *la Iglesia Católica.*

Europa es la Iglesia, y la Iglesia es Europa.

En cuanto al valor histórico de esta verdad histórica, es indiferente que le sea presentada ya a un hombre que rechaza de plano el dogma católico, ya a un hombre que cree en todas las cosas que la Iglesia enseña. Un individuo alejado, en distancia, en tiempo, o en actitud mental, del objeto que vamos ahora a examinar, advertirá la realidad de esta verdad, como lo haría el que estaba impregnado de espíritu interior y que formaba parte íntima de la Europa cristiana. El pagano oriental, el ateo contemporáneo, algún supuesto estudiante en algún futuro remoto, leyendo historia sobre un punto del cual la religión católica se hallase alejada completamente, y a quien los hábitos y costumbres de nuestra civilización sean por lo tanto completamente ajenos, cada uno, en proporción a su ciencia, entenderán como lo entiende hoy el estudiante católico nacido en Europa, la verdad de que Europa y la Iglesia Católica fueron y son una sola cosa. Los únicos que no lo entienden (o no lo admiten) son los historiadores cuyo fin especial, local y temporal, consiste en oponerse a la Iglesia Católica, o mantenerse contra ella en aversión tradicional. Esta clase de hombres es numerosa; han formado en las universidades protestan-

tes o en otras de jaez anticatólico, una verdadera escuela de historia hipotética e irreal, cuyos fundadores son unos pocos y cuyos copistas son innumerables; y esa escuela de historia irreal se enseña dogmáticamente todavía en los centros anti-católicos de Europa y de todo el mundo.

Ahora bien: nuestra pugna contra esta escuela se empeñará no por su anti-catolicidad —eso corresponde a otra esfera de pensamiento— sino porque es anti-histórica.

Desatender a la verdad de que el Imperio Romano con sus instituciones y su espíritu fué el único origen de la civilización europea, olvidar o desvirtuar la verdad de que el Imperio aceptó en su madurez una determinada religión; ocultar el hecho de que esta religión no era un simple estado de ánimo sino una corporación bien delimitada y muy bien organizada; presentar en los primeros siglos a un inexistente *cristiano* en lugar de la Iglesia existente; sugerir que la Fe era un vago acuerdo entre sustentadores de opiniones individuales, en vez de exponer históricamente lo que *era* en realidad, esto es, la doctrina fijada por la autoridad de una institución; dejar de identificar esa institución con la actual, con la que vemos hoy y que lleva el mismo nombre, la Iglesia Católica; exagerar la insignificante influencia bárbara procedente del exterior del Imperio y que nada logró en la modificación de su espíritu; pretender

que el Imperio o su religión han dejado de ser alguna vez, o sea pretender que alguna vez ha habido solución de continuidad entre el pasado y el presente de Europa, son, en suma, partes integrantes de una misma falsedad histórica.

De todo aquello por lo cual nosotros los europeos somos distintos del resto de la humanidad, nada hay que no haya sido peculiar en su origen, al Imperio Romano, o que no pueda demostrarse sea derivado de algo que le fuera peculiar.

Cuanto al orden de los objetos materiales: nuestros rodados, los ingredientes de nuestros edificios, el ladrillo, el vidrio, el mortero, la piedra; nuestra cocina, nuestros alimentos y nuestras bebidas; cuanto a las formas: el arco, la columna, el puente, la torre, el pozo, el camino, el canal; cuanto a la expresión o el alfabeto, las mismas palabras de la mayoría de nuestros numerosos dialectos y lenguas; el orden de la secuencia lógica de nuestro pensamiento, todo emana de aquella única fuente. Del mismo modo en cuanto a los implementos: el serrucho, el martillo, el cepillo, el formón, la lima, la azada, el arado, el rastrillo, la hoz, la escala; todos nos han venido del mismo origen. Nuestras instituciones tienen la misma historia. Las divisiones y subdivisiones de Europa, la parroquia, el condado, la provincia, las tradiciones nacionales fijadas en sus límites, el emplazamiento de las grandes ciudades europeas, las rutas

de comunicación entre las mismas, las universidades, los parlamentos, los juzgados y su jurisprudencia; absolutamente todo ello se deriva en su integridad del viejo Imperio Romano, nuestra fuente originaria.

Puede objetarse aquí que una conexión tan íntima entre los principios mundanos de nuestra civilización con la religión católica o universal, connota la limitación de esta última y hace de ella un mero objeto humano.

En cualquier caso, la acusación no tendría valor histórico, porque en la historia no nos incumben los reclamos sobrenaturales, sino que debemos guiarnos por una secuencia de hechos probados del orden natural. Mas si pasamos de la esfera histórica a la teología, el argumento carece asimismo de consistencia. Cada manifestación de la influencia divina entre los hombres, debe contar con circunstancias humanas de lugar y tiempo. La Iglesia pudo surgir de acuerdo con el plan de la providencia divina, en cualquier lugar; de hecho, surgió en la alta corriente *griega* de Levante, y en su continente posee aún hoy las características del noble garbo helénico. Pudo surgir en cualquier tiempo; de hecho surgió justamente al comienzo del sistema unido de la Roma Imperial que estamos por examinar. Pudo haber vestido los ornamentos y usado para su expresión hablada, tanto el ropaje como el idioma de cualquier otra

de nuestras grandes civilizaciones, vivas o muertas; de Asiria, del Egipto, de Persia, de China, o de la India.

De hecho, no obstante, la Iglesia en su nacimiento y desarrollo contó con circunstancias tales que su avío exterior y su idioma fueron los del Mediterráneo, esto es de Grecia y Roma: del Imperio.

Ahora bien: aquellos que falsifiquen la historia imbuídos de un prejuicio consciente o inconsciente contra la Iglesia Católica, lo harán en varias maneras, algunas de las cuales estarán siempre en contradicción con las demás. Porque la verdad es una y el error es múltiple y variado.

El ataque a la Iglesia puede compararse al ataque violento y continuo, pero inconcluso, del bárbaro contra alguna fortaleza de hombres civilizados; ese ataque puede dirigirse desde distintas direcciones, tantas cuantas son las infinitas que llevan a un punto. Hoy se nos ataca desde el norte, mañana desde el sud. Las direcciones son visiblemente contradictorias; y su contradicción se explica por el hecho de que cada una es dirigida contra un contendiente central y estable.

Así, algunos exagerarán el poder del Imperio Romano como *institución pagana;* argüirán que la Iglesia Católica era ajena al negocio pagano; que el Imperio era grande y admirable antes del advenimiento del catolicismo, y que se tornó débil y despreciable después de aceptar el Credo. Representarán a la fe, como a una enfermedad de Oriente que se introduce en el cuerpo de una firme sociedad occidental cuya transformación no logró tanto como su licuefacción y disolución. Otros tomarán el rumbo diametralmente contrario y hablarán de un vil Imperio Romano caído antes del advenimiento de los bárbaros fuertes y numerosos (germanos, por supuesto) poseedores de toda clase de espléndidas cualidades paganas, que vienen a ser generalmente las de los protestantes del siglo XIX. Esos bárbaros son ofrecidos en contraste con el pútrido cuerpo católico del Imperio Romano, en cuyo ataque se les presenta. Otras adoptan un modo aun más simple. Consideran al Imperio y a sus instituciones como muertos desde cierta fecha, y discuten el surgimiento de una nueva sociedad, sin considerar sus orígenes católicos e imperiales. No hay nada más común, por ejemplo (en los colegios ingleses) que se les enseñe a los niños que las andanzas de los piratas y los establecimientos en la isla de Inglaterra del siglo V constituyeron *"el arribo del inglés"*, y la complicada historia de Gran Bretaña se les reduce a un relato de cómo ciertos valientes marinos paganos (llenos de las virtudes que nos asignamos hoy día) devastaron primero, ocuparon luego, y finalmente, por iniciativa propia, modelaron una nación, cuya dominación había resultado imposible para la civilización romana.

Hay aquí de nuevo un error consciente o inconsciente (consciente o inconsciente, pedante o ignorante, de acuerdo al grado de ilustración del que lo propaga), que trata de la vida religiosa de Europa como de algo muy ajeno al desarrollo general de nuestra civilización. Son innumerables los libros de texto en los cuales pueda un europeo leer la historia de su propio país, digamos desde el siglo V hasta el XVI, sin leer ni una sola vez *"El Santísimo Sacramento"*; y eso es como si un autor se pusiera a escribir sobre Inglaterra en el siglo XIX, sin mencionar los diarios y las compañías limitadas.

Confundido entonces el lector por tales enormidades históricas, se le hace imposible penetrar los motivos comunes que guiaron a sus antepasados. Pasan inadvertidas ante él, no sólo las grandes crisis de la historia de la Iglesia, sino que deja totalmente inadvertidas las grandes crisis de la historia civil.

Para fijar firmemente, pues, nuestra visión general de la historia, es preciso tener una pronta respuesta a esta pregunta fundamental.

¿Qué fué el Imperio Romano?

Si tomáramos a un inmigrante recién llegado a los Estados Unidos, y le hiciéramos conocer al detalle todo lo ocurrido en ese país, desde la guerra civil; si le proporcionamos una versión parcial, confusa y muy sumaria de la misma guerra civil;

si de todo lo sucedido antes de esa contienda interna, hasta la época de los primeros colonos, le dejamos totalmente en ayunas o ridículamente mal informado (y además, con escasez de información) ¿cómo podría ese extranjero encarar los problemas de la sociedad americana, o de qué manera se hallaría en condiciones de entender al país del cual está a punto de ser ciudadano? Para proporcionarle a ese individuo elementos de instrucción cívica, será preciso que sepa lo que fueron las Colonias, lo que fué la Guerra de la Independencia, y lo que fueron las principales instituciones que precedieron a ese acontecimiento por el que fueron creadas. Por otra parte, el inmigrante deberá tener una vasta información sobre la guerra entre el norte y el sud, y los principios causantes de la misma. Finalmente, y lo que es de mayor importancia, deberá ver todas estas cosas en su justa perspectiva.

Así ocurre también en cuanto a nosotros, en lo referente a una cuestión de proyecciones más generales: nuestra civilización, común a los americanos y europeos que en su vigor ha establecido guarniciones, por así decirlo, en Asia y Africa. No podemos entenderla hoy, a menos que hayamos entendido el principio de su desarrollo. ¿Cuál fué su origen? ¿Qué fué el Imperio Romano?

El Imperio Romano fué una civilización unida, cuya característica principal era la aceptación ab-

soluta e incondicional de un modo común de vida, adoptado por todos aquellos que habitaron dentro de sus límites territoriales. Es esta una idea muy difícil de captar para el hombre moderno, acostumbrado a considerar gran número de estados independientes, más o menos diferenciados y definidos uno a uno, por costumbres distintas, idioma diferente, y, a menudo, por la variedad de religión. De esa manera, el moderno ve a la Francia de habla francesa, con arquitectura, costumbres, leyes propias, etc.; el hombre de nuestros días vió (hasta hace poco) a la Alemania del Norte hablando alemán, bajo la hegemonía prusiana, con instituciones de otra naturaleza que las del primer país nombrado, y así sucesivamente. Cuando piensa, en consecuencia, en cualquier gran conflicto de opinión, tal, por ejemplo, como la discusión actual sobre aristocracia y democracia, reflexiona en función de varios países. Irlanda, verbigracia, es democrática; Inglaterra, es aristocrática, etc.

Por otra parte, el hombre moderno piensa de la comunidad, cuando ésta se halla unida, como de un algo circunscripto, y en contraste con otras comunidades. Cuando escribe o piensa sobre Francia, no considera tan sólo a Francia sino también los aspectos en que Francia contrasta con Inglaterra, Alemania del Norte, Alemania del Sud, Italia, etc. En cambio, los hombres que vivieron en el Imperio contemplaban la vida civil en forma

completamente distinta. Todos los antagonismos concebibles (que eran además muy violentos) tenían lugar *dentro del estado.* Porque la diferencia entre estado y estado no se intentaba ni se imaginaba.

Desde el Éufrates hasta las montañas escocesas, desde el Mar del Norte hasta el Sahara y el Nilo Medio, todo era un único estado. Para el ciudadano del Imperio, el mundo exterior al Imperio Romano, era una especie de erial. No se encontraba muy densamente poblado, no poseía artes ni ciencias, y en suma, era *bárbaro.* Ese desierto exterior, poblado aquí y allá de diseminadas tribus inferiores, constituía algo así como una amenaza, o más bien un factor de irritación con respecto a las fronteras romanas. Pero esa amenaza o irritación no era concebida jamás como actualmente concebimos la amenaza de un poder extranjero. Al considerarla y combatirla, el objeto principal del romano era el de impedir que una orla de comunidades bárbaras, de conocida imperfección y rapacidad, y establecidas fuera de los límites imperiales, pudiera dañar la entidad estatal vasta, rica, densamente poblada y perfectamente organizada, que existía dentro de los mismos. Los miembros de esas comunidades (especialmente, los holandeses, frisios, renanos e integrantes de otros pueblos germánicos, como asimismo sobre las otras fronteras, los nómades del desierto, por el oeste, los isle-

ños y montañeses, irlandeses y caledónicos), recibían infiltraciones del Gran Imperio que rodeaban.

Estaban influenciados por su comercio. El uso de sus monedas era corriente. Las denominaciones romanas de muchos objetos pasaron a formar parte de su idioma. Pensaron con sus mismos términos. Se resentían al no ser admitidos por el Imperio, admisión que solicitaron siempre.

Querían tratar con el Imperio, gozar de su lujo, y saquear en ocasiones alguna porción de su riqueza fronteriza. Jamás soñaron en *conquistas.* Y por otra parte, el administrador romano estaba encargado del ordenamiento de los bárbaros allende la frontera, en disposición tal, que pudiera explotarse su labor, o para instarles a alistarse en el ejército romano como mercenarios, o de modo que (cuando se registrase algún conflicto local) pudieran ser derrotados en combates aislados, a lo que se seguía su condición de prisioneros y posteriormente de esclavos.

Ya he dicho que sólo el factor numérico de estos habitantes exteriores (alemanes, caledónicos, irlandeses, eslavos, moros, árabes, etc.) era pequeño en comparación al de los civilizados y repito que a los ojos de los ciudadanos imperiales, la incultura de los bárbaros los hacía más insignificantes aun.

Sólo en un lugar tuvo el Imperio Romano una frontera común con otra civilización propiamente dicha. Era un límite corto, ni un vigésimo apenas de la línea limítrofe íntegra del Imperio. Era la frontera oriental o persa, resguardada por inmensos desiertos. Y pese a que una verdadera civilización se erguía después de ese confín, no tuvo nunca gran difusión ni fué poderosa. Demarcados en forma diferente, en distintas épocas, los términos persas correspondían aproximadamente a las llanuras mesopotámicas. Los pueblos mediterráneos de Levante, desde Antioquía hasta Judea estuvieron siempre dentro de esa frontera. Eran romanos. Los montañeses de Persia, en cambio, siempre se hallaron allende sus términos. En ningún otro lugar existió rivalidad y contacto del romano con el extranjero, y aun la rivalidad y contacto existentes con los persas (pese a que la guerra contra ellos sea la única mencionada como *contienda con el extranjero,* esto es, en igualdad de condiciones en cuanto beligerantes, por Julio César y todos los gobernantes hasta el siglo VI), esa circunstancia influyó poco en la vida pública romana.

No se puede insistir mucho sobre este punto, por ser tan ajeno a nuestro modo moderno de pensar, y tan esencialmente característico de los primeros siglos de la era cristiana y del período de formación durante el cual la civilización cristiana se definió. *El hombre vivía como ciudadano*

de un estado cuya existencia daba por sentada y que llegaba hasta considerar como eterno. Podría protestarse por los impuestos, y podrían transformarse las quejas aquí y allí, en rebeliones contra la cobranza de los mismos, pero nunca se juzgó que aquéllos no debían ser percibidos por la autoridad imperial o que en manera distinta de la imperial pudiera obligarse a los ciudadanos a pagarlos. Hubo conflicto entre el ejército y los ciudadanos sobre quién fuera más apto para el mando, pero no se dudó jamás sobre la legalidad del tipo de función desempeñada por el Emperador, no sobre la de la acción universalmente despótica que desarrollaba. Constituían un orgullo de zona, las costumbres y libertades locales de muchos centros de población, pero no se pensó en tales diferencias como en motivos antagónicos capaces de atentar contra la vida única de aquel único Estado. Para los hombres de aquella época, en efecto, el Estado era el mundo.

La unidad completa de este sistema social es más sorprendente aún si se considera el hecho de que dejaba el lado no sólo innumerables libertades y hábitos regionales sino también un número similar de opiniones filosóficas, de prácticas religiosas y de dialectos. No había siquiera un idioma oficial entre el elemento intelectual del Imperio; había dos; el griego y el latín. Y en cada renglón, en cada aspecto de la vida humana, coexistieron

en el Imperio, una inmensa libertad para la expresión individual y local, mancomunada con un sentimiento fundamental y así como necesario, de unidad, que mantenía tensa la ligazón del vasto cuerpo imperial. Pudo un Emperador suceder a otro en la larga serie de guerras civiles. Pudieron reinar varios emperadores a un mismo tiempo. El oficio de Emperador pudo hasta ser oficial y conscientemente delegado en cuatro o más hombres. Pero el poder del Emperador fué siempre un solo poder; su cargo, un solo cargo, y el sistema imperial, un solo sistema.

No es el propósito de estas pocas páginas el responder con la amplitud necesaria a una pregunta sobre el proceso originario de tal concepción política. Pero por lo menos, para que el lector llegue a entender su naturaleza, es preciso que tenga un *bosquejo* de su desarrollo. El antiguo mundo mediterráneo, del que nació el Imperio, consistió (antes de la cristalización de este último, digamos desde una época remota hasta el año 50 antes de nuestra era) en dos tipos de sociedad: existieron en él, como rara excepción, estados —o naciones, en el moderno sentido de la palabra— regidos por un gobierno central con jurisdicción en una gran extensión y pobladores por los habitantes de muchos pueblos y localidades. Perteneció a este tipo el Antiguo Egipto. Pero también existieron, establecidas en torno al gran mar interno, y en núme-

ro suficiente como para considerarse como el tipo predominante de sociedad, gran cantidad de ciudades, puertos comerciales, algunas, y en su mayoría, con una reducida zona de influencia en la campaña, de donde extraían lo necesario para su subsistencia agrícola. Son dignas de nuestra consideración por el hecho de que sus ciudadanos hacían vida pública, sentían el patriotismo, eran soldados y pagaban impuestos, no a la autoridad de *nación*, en el moderno sentido del vocablo, sino a una *municipalidad*. Estas ciudades y los pequeños territorios circundantes que dominaban (y que repito eran muchas veces nada más que las reducidas zonas agrícolas indispensables para procurar el sustento de los habitantes de la ciudad), eran esencialmente las potencias soberanas de la época. La comunidad de idioma, de cultura y de religión pudieron en verdad ligarlas en asociaciones más o menos estrictas. Se podía hablar de las ciudades fenicias, de las ciudades griegas, etc. Pero la ciudad individual, era siempre la unidad. La ciudad hacía la guerra contra la ciudad. La ciudad decidía en materia de sus propias costumbres, y era el núcleo de la religión. El dios, era el dios de la ciudad. El Mediterráneo oriental y central estaba bordeado por esos centros dondequiera que su terreno ribereño ofrecía posibilidades de habitación humana. Aun en el pequeño oasis de la tierra cirenaica, minúscula parcela rodeada de arena, pero

habitable, tuvo lugar el desarrollo de su formación ciudadana. Aun sobre las costas occidentales del océano interno que recibían su cultura por vía marítima del este, la presencia de las *ciudades estados* se manifestó en los litorales de Argelia, Provenza y España.

Tres siglos antes del nacimiento de Nuestro Señor, el equilibrio moral establecido de tal modo, fué quebrado por la descomunal y afortunada aventura de Alejandro el Grande. Apenas caídas bajo la hegemonía macedónica las ciudades estatales griegas, la cultura de Grecia, tomando la forma de ejércitos pequeños pero invencibles, a las órdenes de Alejandro, se enseñoreó del Oriente. Egipto, el Levante y muchos otros países fueron convertidos a una civilización helenizada (i. e. *grequizada*). Las ciudades separadas, por supuesto, sobrevivieron, y después de la muerte de Alejandro la unidad de dominio se perdió en las fluctuaciones de varias dinastías derivadas de los acuerdos y disensiones de sus generales. Pero el equilibrio moral de otrora se había perdido apareciendo la concepción de una civilización general. Desde entonces, el sirio, el judío y el egipcio, vieron con ojos griegos, y la lengua griega fué el medio de comunicación intelectual para todo el oriente, durante el transcurso de un milenio. Este es, pues, el origen de los primeros nombres de los objetos cristianos; Obispo, Iglesia, Sacerdote, Bautismo, Cristo, etc.,

son nombres griegos. Esa es la causa de que todos nuestros documentos originales y todas nuestras oraciones, sean griegos, y resplandezcan en la luz griega; y no hay nada que sea tan esencialmente griego en la esfera de las ideas, como lo son los cuatro Evangelios.

Mientras tanto, en Italia, una ciudad, a raíz de una serie de accidentes muy difíciles de seguir en su curso histórico (ya que sólo poseemos de ellos versiones posteriores y que son a la vez procedentes tan sólo el punto de vista propio), llegó a ser la principal de las ciudades estatales de la Península. Había conquistado a algunas en la guerra, sometiéndolas a su legislación impositiva, y a su régimen legal; a otras las protegía, movida por una especie de alianza superior, en cuanto a otras, su posición no estaba bien definida, y es probable que en su origen había sido la de una alianza entablada en igualdad de condiciones. Pero de todos modos, después de la helenización alejandrina del oriente, esta ciudad comenzó en forma lenta y menos universal, a perturbar el equilibrio moral de las ciudades de Italia, procediendo a formar entre los Apeninos y el mar (y también en algunos lugares allende los Apeninos) una sociedad, en la cual la ciudad estatal, pese a continuar en calidad de la misma, no constituía ya un núcleo aislado y soberano sino que integraba un sistema mucho más amplio y ya delimitado. La ciudad que alcanzaba

esa posición, y que era entonces la capital manifiesta del sistema romano, fué Roma. Paralelo a los últimos éxitos de este movimiento en Italia, desarrollábase a la sazón, otro, rival, muy diferente en naturaleza, pero destinado a entrar en conflicto con el romano, precisamente en razón de su extensión progresiva. Era este el desarrollo comercial de Cartago. Cartago, una colonia fenicia, esto es, levantina y semítica, tenía, como todas las demás, su vida propia de ciudad estatal. No había demostrado ni la aptitud ni el deseo romano de conquista, de alianza, y en general, de difusión de su espíritu y dominación de sus leyes y maneras de pensar. El negocio de Cartago consistió en enriquecerse; no indirectamente como lo hacen los soldados (que llegan a la riqueza sólo como consecuencia resultante de los hechos de armas) sino en modo directo, como los mercaderes, mediante la astucia en la vida de relación humana, por intermedio del comercio, por la explotación del contrato.

El cartaginés ocupó centros mineros en España y se posesionó de todos los puertos que encontró, especialmente en el Mediterráneo Occidental. Utilizó tropa mercenaria. No intentó nunca irradiar su poder hacia el exterior, lentamente, como se hace según las reglas del procedimiento militar, sino que fiel al tipo de todo imperio comercial, desde aquella época hasta ahora, el cartaginés se

ocupó de cimentar un dominio disperso y mezclado, unido en la ligazón de lo que hoy llamamos el *dominio del mar*.

Tal dominio mantúvose en forma absoluta durante mucho tiempo, y la potencia de Cartago dependió de él enteramente. Pero ese poder no podía coexistir con la fuerza creciente de la Italia marcial. Roma desafió a Cartago; y después de una lucha prodigiosa que duró hasta dos siglos antes del nacimiento de Nuestro Señor, derrocó al poder cartaginés. Cincuenta años después la misma ciudad fué destruída por los romanos y su territorio pasó a ser todo provincia romana. Así se disipó, hasta muchos siglos después, la peligrosa ilusión de que el mercader puede avasallar al soldado; ilusión que nunca pareció tan realizable como lo fué por momentos, durante el duelo entre Cartago y Roma.

La consecuencia principal de este triunfo, es que por la naturaleza de la pugna el Mediterráneo occidental con todas sus ciudades estatales y sus semicivilizados pobladores ibéricos de la planicie española situada detrás de las ciudades del litoral, la franja correspondiente al sur de Francia y el área cultivada del norte de Africa pasaron a formar parte del sistema de Roma, convirtiéndose, aunque en modo más unido, en lo que Italia se había convertido ya desde hacía mucho tiempo. El poder romano o si se prefiere, la confederación romana,

con sus ideas sobre la ley y el gobierno, era supremo en el Mediterráneo occidental, y su misma posición geográfica determinó su obligada extensión, tierra adentro en España, y aun (lo que habría de tener prodigiosas resultantes para el mundo) en la Galia.

Pero antes de hablar de la incorporación romana de la Galia, debemos notar que en el lapso de los cien años posteriores a la caída final de Cartago, el mediterráneo oriental también había comenzado a caer dentro del plan de conducta adoptado. El poder occidental romano, ya definitivamente establecido, ocupó Corinto en la misma década que vió la destrucción final de Cartago y la conversión en provincia romana de lo que otrora fuera Grecia. Siguió después todo el este alejandrino o griego, la Siria y el Egipto. El poder macedónico en sus provincias pasó a depender del sistema romano, encadenado en una serie de protectorados, anexiones y ocupaciones, todas las cuales, dos generaciones antes de la fundación de la Iglesia Católica, habían hecho de Roma el centro de todo el mundo civilizado a pesar de que su sistema no era aún completo.

Los hombres cuyos hijos vivieron para asistir a la Natividad, vieron que la unidad de aquel mundo ya era acabada. El Mundo era uno; y estaba formado por las islas, las penínsulas y el litoral del

mar interior. Así pudo permanecer el Imperio, y así pudiera imaginarse que habría de permanecer, a no mediar el experimento capital que marcó una firme determinación sobre toda la historia futura —la conquista de la Galia, por Julio César; la Galia cuyo territorio se extendía hacia el Norte; la Galia continental, exterior al Mediterráneo; la Galia que une al Océano Atlántico con el Mar del Norte; la Galia que vivía de acuerdo al curso de las mareas; la Galia que había de ser el fundamento de las cosas por venir—. Fué este experimento —la conquista romana de la Galia, y su buen éxito— el que develó ante el mundo la antigua e inmemorial cultura del Mediterráneo. Fué una revolución incomparable a juzgar por su perfección y rapidez. Poco menos que cien pequeños estados célticos, de cultura relativa (pero en ningún grado similar a la elevada del Mediterráneo) fueron ocupados, instruídos y *convertidos* en partícipes de la ya unida civilización romana. Todo se cumplió dentro del término de la vida de un hombre. El enlace y la piedra angular de la Europa Occidental, el cuadrilátero situado entre los Pirineos y el Rin, entre el Mediterráneo, el Atlántico y el Canal, aceptó la civilización de manera tan sumisa e inmediata que ningún historiador ha sido capaz de explicar el fenómeno. La Galia aceptó casi en seguida el idioma romano, la comida romana y el vestido, y dió

lugar a la primera y gigantesca extensión de la cultura europea.

Más tarde veremos a la Galia dando ejemplo permanente y duradero de esa cultura que sobrevivió a la caída del sistema romano. La Galia llevó a Gran Bretaña. La península Ibérica, luego de ofrecer la resistencia más denodada, que otro territorio alguno, también fué incorporada. Y al finalizar el primer siglo después de la Encarnación, cuando la Iglesia Católica había tenido ya oscura fundación en muchas ciudades, y se había producido ya la mudanza de la corriente histórica, el Imperio Romano fué finalmente establecido en su integridad. Por aquel entonces, desde el desierto sirio hasta el océano Atlántico, desde el Sahara hasta el mar de Irlanda, y las montañas escocesas, hasta el Rin y el Danubio, dentro de un gran cerco, se había cimentado un método de vida, seguro e incuestionable, incorporado al mundo en forma de un gran estado único.

Ese estado había de ser el terreno sobre el que sería sembrada la simiente de la Iglesia. Como religión de ese estado habría de crecer la Iglesia Católica. Y ese estado aún se halla presente, oculto bajo nuestros acuerdos políticos aparentemente complejos, como permanecen bajo la superficie las rocas subterráneas que constituyen el fundamento de un suelo. Sus instituciones, de la propiedad y del matrimonio, su concepción de la ley, las raíces

literarias de su retórica, de poética y de lógica, son aún la substancia de Europa. Y la religión que ese estado hizo tan universal como lo fué él mismo, es aún, y tal vez en forma más notoria que nunca, manifiesta a todos.

CAPÍTULO II

¿Qué fué la Iglesia en el Imperio Romano?

HASTA ahora he tratado de responder a la pregunta *¿Qué fué el Imperio Romano?* Consideramos así, las características propias de la institución, pero nos fué menester añadir que su vida fué afectada desde el principio, y finalmente confundida o penetrada por la de *otra* institución. Esta tuvo (y tiene) por nombre *"La Iglesia Católica"*.

En los párrafos que siguen, pues, he de abocarme en mi tarea a contestar a la pregunta siguiente: *¿Qué fué la Iglesia en el Imperio Romano?*, ya que aun no he tocado ese punto.

Será conveniente para ello, colocarnos en la posición de un hombre que vive en un período particular, y desde cuyo punto de vista es dable observar la naturaleza de la conexión existente entre la Iglesia y el Imperio. Y ese punto de vista es en el orden del tiempo, el de la generación que

vivió hacia el fin del siglo II hasta después de la segunda mitad del III; digamos desde el año 190 de nuestra era hasta el 270. Es el primer momento histórico en que podemos percibir a la Iglesia, como a un organismo en desarrollo, y que en la actualidad tiene manifestación universal.

Si tomamos una fecha anterior, nos encontraremos ante un mundo en el que la Iglesia en desarrollo era aún poco conocida, y para muchos desconocida por completo. No hay visión anterior de la Iglesia, como parte de la sociedad circundante. También son de esta época muchos documentos que nos han quedado. Mostraré que la aparición de la Iglesia en ese tiempo, desde el año 150 hasta el 240 después de la Crucifixión, constituye una prueba evidente de su constitución original.

Un hombre nacido poco después del reinado de Marco Aurelio, que hubiese vivido las sangrientas guerras civiles que sucedieron a la paz de los Antoninos, que hubiera sobrevivido para presenciar la persecución de la Iglesia llevada a cabo por Decio, y para vislumbrar en su vejez, la promesa, aunque no el establecimiento de un catolicismo libre de trabas (pues aun debía sufrir la religión la última y más terrible de las persecusiones) se habría encontrado en condiciones de responder con exactitud a nuestra pregunta. Porque habría vivido en el instante del cambio de la corriente; sería testigo

del surgimiento, notorio a toda la sociedad, de la Iglesia Católica.

Supongamos que un tal hombre sea el jefe de una familia senatorial, en alguna gran ciudad de provincia, como Lyon, donde se encontraría formando parte de una minoría selecta encargada con exclusividad, del gobierno municipal de la misma. Estaría acostumbrado a tratar con una clase numerosa de ciudadanos, hombres libres, pero no de la jerarquía senatorial, y después de éstos, sabría de la existencia de una clase inferior, de esclavos, sobre cuya estructura reposaba su sociedad.

No hay documentos tan exactos que nos ilustren sobre la proporción en que se hallaban estas tres clases sociales en un centro poblado como Lyon, en el siglo II, pero podemos inferir por lo que sabemos de esa sociedad, que la mayoría de sus componentes formaban parte de la clase servil, que los hombres libres eran menos numerosos y que los senadores, constituían un núcleo muy reducido (los terratenientes de los contornos) debiendo añadir a éstas, dos clases más que complican nuestra visión: la de los libertos y de los arrendatarios de la tierra, a perpetuidad, nominalmente libres, pero sujetos a las clases pudientes en la faz económica (y también, en parte, según los dictados legales).

Los libertos habían dejado de pertenecer a la clase servil merced tan sólo a la voluntad de sus amos. Dependían de ellos en cuanto al ambiente

social se refiere, y no poco además, en lo relacionado con su posición legal. No podemos considerar, sin embargo, esta preponderancia de una minoría selecta como a un fenómeno estacionario; por el contrario, estaba adquiriendo arraigo, y seis generaciones después había de ser el rasgo distintivo de la sociedad imperial. En los siglos IV y V, cuando el Imperio Romano se convirtió del paganismo al cristianismo, el rasgo distintivo de la situación internacional, era la posesión de casi todo el suelo y el capital del mundo (aparte de la tierra fiscal) por un pequeño grupo de personas inmensamente ricas; tal era el fruto del imperio pagano.

Conviene recordar además que el hombre cuyo punto de vista consideramos, jamás habría contemplado las distinciones legales entre el esclavo y el libre como constitutivas de una línea de separación entre dos especies humanas distintas. Era tan sólo una disposición social, y nada más. La mayoría de los esclavos eran tenidos aún como bienes, se les compraba y se les vendía; y muchos estaban incapacitados para una verdadera vida doméstica. Pero no era extraño, a pesar de ello, que un esclavo fuese tratado como un amigo, que ejerciera una profesión liberal, que actuara como tutor, como administrador de la fortuna de su amo, o como doctor. Con todo, había cargos oficiales que no podía desempeñar; no podía atender asuntos fiscales, tampoco podía litigar, y no se le admitía en calidad de soldado.

Esta última referencia es esencial; porque el Imperio Romano, no obstante serle innecesario un ejército cuyo número estuviera en relación con los miembros de su población (pues su sistema político no estaba fundado en la represión continua —ningún sistema de esa especie ha durado mucho—) sólo un reducido número de habitantes podía proporcionarle los elementos humanos imprescindibles para su fuerza armada. Al no emprender aventuras militares en el extranjero, y habiendo tranquilidad interior, los ejércitos se usaron principalmente como policía fronteriza. Y aun así, pequeños como eran, los reclutamientos se hacían con dificultad. Las autoridades hubieran esperado del aludido ciudadano pudiente que *encontrara* cierto número de reclutas para el servicio militar. Este los hallaría entre los arrendatarios libres que le estaban sujetos, y los libertos; pero se mostraba cada vez más reacio a suministrarlos, y ellos cada vez más reacios a servir. Más tarde, el reclutamiento se llevó a cabo en proporción creciente entre los bárbaros, y luego veremos cómo esta circunstancia afectó la transición del mundo antiguo a la Edad Media.

Imaginemos a nuestro hombre mientras va por las calles de Lyon para asistir a una reunión en la Curia. Saludaría y sería saludado, al pasar, por

muchos individuos de las distintas clases a que me he referido. A algunos, pese a su condición de esclavos, los saludaría familiarmente; a otros, aunque nominalmente libres, y pertenecientes a su propio séquito, o al de algún amigo, los trataría con menos deferencia. Podemos suponer que iría acompañado de una pequeña comitiva compuesta por sus libertos, algunos esclavos, varios arrendatarios y otras personas independientes de su voluntad de acuerdo con la ley, pero sujetos en la práctica a la misma, en razón de las necesidades económicas del momento.

Mientras camina por las calles, repara en que los templos están dedicados a una gran variedad de servicios. No había credo dominante en la ciudad; aun las deidades locales no eran más que un confuso recuerdo; a su entrada a la Asamblea se había de saludarle con un ritual religioso de tipo oficial; pero en la vida pública de la ciudad no se manifestaba ninguna filosofía determinada; no había fe general.

Entre los muchos edificios donde se rendían tales cultos, dos probablemente le llamarían más la atención; el uno, la grande y vistosa sinagoga donde los judíos se reunían para celebrar su sábado, y el otro, una pequeña iglesia cristiana. Observaría al primero, como se observa en una ciudad moderna, a un objeto característico de una colonia extranjera. Sabía fuese el símbolo de una raza redu-

cida, reservada y antipática, aunque poderosa y diseminada por todo el Imperio. El Imperio había sostenido incidencias con ella otrora, pero las había olvidado desde hacía ya mucho; los integrantes de las pequeñas colonias judías se habían hecho comerciantes, se habían separado de sus conciudadanos, ya impopulares, pero nada más.

Acerca de la iglesia cristiana, pensaría de otro modo. Sabría nuestro hombre, en cuanto administrador (supongámosle pagano) que esa Iglesia estaba *dotada;* que poseía propiedades garantidas más o menos legalmente. Se sostenía además en posición muy definida entre las congregaciones y corporaciones de la ciudad, posición peculiar y sin embargo, bien asegurada. Sabría asimismo en cuanto administrador (y ello le interesaría, porque la posesión de propiedad por parte de un organismo tan importante es cosa que va de suyo), que a ese edificio y a la corporación que representaba, concurrían y pertenecían un número apreciable de sus conciudadanos; una minoría, claro está, en cualquier pueblo de esa época (la primera generación del siglo III), pero que se acrecentaba en cantidad y en valía, a sus ojos, debido a tres definidos matices; se trataba, en primer término, de una minoría *creciente;* en segundo lugar, era aún después de tantas generaciones en que se había notado su crecimiento, un fenómeno constantemente nuevo; y en tercer lugar (y es la característica más impor-

tante) representaba a un verdadero organismo político: *El único organismo subsidiario que había surgido dentro del cuerpo del Imperio.*

Si el lector no desea recordar ningún otro de los puntos que destacaré en esta descripción, por lo menos es preciso que retenga éste; porque es desde el punto de vista histórico, la explicación de todo lo que había de suceder.

La Iglesia Católica en Lyon, hubiera sido para aquel senador un organismo distinto con sus propios dignatarios, con su espíritu peculiar, con su propio tipo de vitalidad, que notaría —si fuese un hombre inteligente— estaba destinado a permanecer y crecer, y aun —si sólo fuese un espectador superficial y de pocas luces— lo hubiera reconocido como único.

Similar a una especie de pequeño estado, la Iglesia Católica incluyó en su seno todas las clases sociales y todas las especies humanas, y semejante al mismo Imperio en cuyo interior se desarrollaba, consideró a todos sus miembros como sujetos a ella, dentro de su esfera. El senador, el arrendatario, el liberto, el esclavo y el soldado, en tanto eran miembros de esa corporación estaba constreñidos al cumplimiento de ciertas ordenanzas. *Si desdeñaban tales obligaciones, la corporación los expulsaba o los sometía a las penalidades que les eran propias.* Sabía también que aun cuando corrieran malentendidos y consejas sobre la existencia de esa entidad, no había clase social entre cuyos miembros, sus adeptos no hubieran propagado un cierto conocimiento de sus costumbres. Sabía (y le molestaría saberlo) que esa organización, aunque inadmitida en forma alguna por la ley, y de adhesión que llamaríamos puramente *voluntaria,* era estricta y formidable.

Aquí en Lyon, como en cualquier otra parte, se gobernaba de acuerdo a las directivas de una jefatura monárquica conocida bajo la denominación griega de *Episcopos.* El griego era un idioma conocido y usado por el elemento culto en toda la parte oeste o latina del Imperio al que pertenecía nuestro hombre; el título por lo tanto, no le sería extraño, como tampoco le sería extraño el *presbiter* —nombre de los sacerdotes oficiales que actuaban en cumplimiento de las instrucciones de esa jefatura monárquica de la institución— ni tampoco le sería difícil entender el título griego de *diaconos* asignado a una orden inmediatamente inferior a los sacerdotes, y que comprendía a los funcionarios del orden clerical, inferiores en jerarquía.

Sabía que ese culto particular, como los tantos otros que representaban los edificios sacros de la ciudad, tenía sus misterios, su ritual solemne, etc., en cuyo oficio sólo intervenían los servidores oficiales de la entidad, actos que la masa de *cristianos* —que tal era su nombre popular— locales, sólo presenciaban y escuchaban en calidad de congre-

gación. Pero pronto advertiría que este sistema de adoración difería profundamente de cualquiera de las muchas observancias religiosas que le rodeaban, precisado por cierta *fijeza de definición.* La Iglesia Católica no era una opinión, ni una moda, ni una filosofía; tampoco era una teoría o un hábito; *era un cuerpo social claramente delimitado y basado en muchas doctrinas exactas,* celoso en extremo de su unidad y de la precisión de sus definiciones, e imbuído como no lo estaba ninguna otra organización humana de la época, de una convicción apasionada.

No quiero significar con todo esto que el senador disponiéndose a cumplir sus tareas oficiales, no podría haber recordado que entre sus amigos había más de uno que se había adherido al cuerpo cristiano en forma negligente, ya sea por la influencia de su esposa, o por la tradición heredada de su padre; supondría y con justeza, que esa entidad que crecía a ojos vistas, contaba entre sus miembros, a muchos indiferentes, y a algunos, quizá, que estaban en la más profunda ignorancia respecto de su doctrina. Pero el cuerpo considerado en su integridad, *y especialmente en la disciplinada organización de su jerarquía,* se distinguía de todo lo que le circundaba por su doble carácter de precisión y convicción. En el Lyon de aquel tiempo no quedaba en pie certidumbre alguna, ni espíritu definido, ni *fin* mental, ni *dogma* (como diríamos

hoy) que persistieran, salvo los que afirmaban los cristianos.

Las masas paganas sin religión definida, estaban ligadas a cierto número de costumbres. En cuanto a la moral social eran guiadas por varias instituciones, cuyos principios eran las ideas romanas sobre la propiedad del hombre, de tierras, y bienes; el patriotismo, lazo de unión de sociedades más pequeñas, había descollado desde hacía mucho tiempo en la concepción del imperio universal. Sólo la Iglesia Católica representaba una teoría completa de vida, a la cual los hombres se adherían como se habían adherido cientos de años antes, a su ciudad natal, con sus dioses locales y a la intensa vida de corporación local.

Sin duda alguna la presencia de aquella Iglesia y de los puntos que sostenía, interesaban a nuestro senador. No se podía dejar a un lado por más tiempo, ni se podía observar como a cosa pasajera. Era una fuerza permanente, y lo que es más, un estado dentro del estado.

Si hubiera sido suyo el carácter mental de la mayoría de su condición, en aquella generación la Iglesia Católica le hubiera afectado como un irritante; su existencia se entrometía en la rutina general de los negocios públicos. Si hubiese simpatizado con ella, sin pertenecer a su congregación, como ya lo había hecho una pequeña minoría de la clase pudiente, aun le hubiera preocupado. Era

el único organismo excepcional de aquella época uniforme; y estaba creciendo.

El senador entra a la Curia. Trata de los asuntos del día, entre los cuales figuran algunas quejas sobre la valuación de los impuestos imperiales. Consulta las listas y encuentra en ellas (cosa que era concepción fundamental de toda esa sociedad) a los individuos anotados en grados de importancia según la cantidad de tierra poseída en propiedad. Deberá votar tal vez para dirimir cuestiones de refecciones locales, o la creación de alguna calle nueva, o el establecimiento de algún monumento. Probablemente oiga hablar de alguna pequeña reyerta aislada, provocada (según se le informa) por el pequeño y separado núcleo cristiano, y sigue el informe policial sobre el asunto.

Deja la Curia para atender sus propios negocios, y una vez en su casa, escucha el relato de los acontecimientos en sus chacras, cuántas muertes de esclavos se han registrado, cuál ha sido el resultado de la cosecha, de las compras de esclavos y de bienes efectuadas, la dificultad existente para reclutar soldados entre sus arrendatarios, y demás. Nuestro hombre tendría intereses de un modo u otro, tal vez en una docena de centros agrícolas o pueblos, dependiendo de él varios miles de seres humanos. En estas cuestiones domésticas, le era difícil toparse aún con la Iglesia Católica cuyo radio de influencia se limitaba todavía a las ciudades. No se había arraigado aún en la campaña.

Correrían posiblemente y, pese a la distancia que le separaba de la frontera, algunos rumores sobre una pequeña incursión bárbara. Quizá unos cien guerreros venidos de las germanias fronterizas habían llegado a pedir refugio en una guarnición romana, después de sufrir una derrota a manos de los bárbaros vecinos; o probablemente intentaban vivir del pillaje en los alrededores de la guarnición y los soldados de la misma habían sido puestos de sobreaviso para combatirlos. Habría recibido tal vez de uno de sus amigos, integrante de esa guarnición, una carta traída oficialmente por el correo imperial organizado a todo lo largo de las grandes carreteras, epístola en la cual se le comunicaban las medidas adoptadas contra los merodeadores y los refugiados; de cómo a algunos, después de capturados se les habían cedido parcelas para cultivo, bajo condiciones casi serviles, y cómo a otros se les había compelido a servir en el ejército. Las noticias que recibía no le indicarían ni por un instante que la sociedad en que vivía estuviese amenazada por un peligro inminente.

De ello habría pasado a la recreación, posiblemente literaria, y tal habría sido el fin de ese su día.

En una jornada así, lo que notamos de más excepcional es el aspecto del pequeño cuerpo católico en una ciudad entonces pagana, y habremos de re-

cordar, si hemos de entender la historia, que por esa época, constituía ya el fenómeno que los contemporáneos comenzaban a observar con gran interés. Es una buena representación del modo en que muchos asuntos locales (incluyendo a la Iglesia Católica en su ciudad) eran considerados por un hombre de esa condición en su tiempo.

Si usamos nuestro conocimiento para considerar al Imperio como a un todo, debemos observar otros matices del panorama, tocantes a la Iglesia y a la sociedad que la rodeaba, matices que una visión local no puede ofrecernos. En primer lugar hubo en aquella sociedad, de tiempo en tiempo, espasmódicos rozamientos entre el poder imperial, y este organismo voluntario separado: la Iglesia. El secreto parcial de la Iglesia, su alta vitalidad, su pretensión de administración independiente, fueron las causas superficiales de aquéllos. Hablando como católicos, sabemos que las causas esenciales eran más profundas. El conflicto se entablaba entre Jesucristo y su gran fundación, por una parte, y lo que Jesucristo había llamado *el mundo*. Pero no es históricamente valedero el pensar en un mundo *pagano* opuesto a uno *cristiano*, en esa época. La misma concepción de *mundo pagano* requiere la existencia de alguna civilización cristiana manifiesta, con la cual contraste. Y por supuesto, no había tal cosa en Roma, en la primera generación del siglo III. Rodeaba a la Iglesia

una sociedad en la que la educación estaba muy difundida, y en la que era muy viva la curiosidad intelectual. Una sociedad escéptica en gran parte, pero interesada en descubrir el sendero recto de la vida humana, y sus vaivenes entre opinión y opinión tenía por objeto llegar a una solución final.

Tan grande era la libertad individual en aquella sociedad que se hace difícil hablar de *su lujuria* o de *su crueldad*. Un hombre cruel, en su seno, podría haber dado rienda suelta a su pasión, sin temor al castigo que muchos siglos de enseñanza cristiana nos han hecho corriente, adecuado. Pero un hombre misericordioso hubiera vivido la misericordia, la hubiera predicado, y su conducta hubiese contado con el beneplácito general. Fué una sociedad en la que hubo muchos ascetas —escuelas enteras fundadas en el desprecio de los deleites sensuales—; pero se distinguía esencialmente de la cristiana, porque en el fondo, *consideraba al hombre como capaz de bastarse a sí mismo, y a toda creencia, como a una mera opinión*.

He aquí la gran antítesis entre la Iglesia y las entidades circundantes. Ha sobrevivido al tiempo, y perdura aún hoy día. Hoy, fuera de la Iglesia Católica, no hay distinción entre la opinión y la fe, y se ha hecho indiscutible la afirmación de que el hombre puede bastarse a sí mismo.

La Iglesia no creyó, ni cree, que el hombre sea un ser autosuficiente, ni cree tampoco que ha sido

puesto, por naturaleza, en posesión de las llaves que abren las puertas del conocimiento total, o del bienestar social completo. Propuso y propone sus doctrinas, no para ser sustentadas como opiniones, sino como un cuerpo de fe.

Se distinguió —y fué más fuerte— que todas esas entidades, porque propuso la afirmación en lugar de la hipótesis; porque afirmó hechos históricos concretos, en lugar de mitos sugestivos, y consideró su ritual de *misterios* como realidades y no como símbolos.

Una palabra al respecto de la constitución de la Iglesia. Cualquier hombre versado en historia sabe que la Iglesia de los años 200 al 250 era lo que ya he descrito; una sociedad organizada bajo las directivas episcopales, y lo que es más, conoce una primacía central residente en Roma, como asimismo a las primacías locales menores ubicadas en las otras grandes ciudades. Pero lo que generalmente no se hace destacar, es el *concepto propio que tenía de sí misma* la sociedad cristiana de la época.

Esa concepción de la Iglesia Católica sobre *sí misma,* a principios del siglo III, podrá ser mejor apreciada tal vez, diciendo que si usamos la palabra *Cristiandad,* estamos al margen del orden de la historia. *Cristiandad* es un término original de los labios y la pluma del escritor de la post-reforma, connota una opinión, no una teoría; un punto de vista; un parecer. Los cristianos de la época

de que hablo, no tenían esa concepción. Por el contrario, aceptaban su antítesis. Se adherían al concepto de una *cosa;* un cuerpo organizado e instituído para un fin determinado; disciplinado en forma definida, y digno de considerar por su posesión de una doctrina definida y concreta. Se puede hablar, al tratar los tres primeros siglos, del estoic*ismo,* del epicure*ísmo,* o del neoplaton*ismo;* pero no se puede hablar sobre el cristian*ismo* o el crist*ismo.* Sin duda, nadie ha sido tan ignorante ni tan poco historiador como para aventurarse a hablar de ese modo. Más: la palabra corriente *Cristiandad* identificada por los modernos con la sociedad cristiana del siglo III, es un equivalente intelectual de esos *ismos* absurdos, y repito, connota una idea antihistórica; connota algo que es históricamente falso; algo que no existió jamás. Daré un ejemplo de ello.

Supongamos a cuatro hombres, invitados de un quinto, en una casa particular de Cartago, del año 225. Son todos hombres cultos y conocen los dos idiomas: el griego y el latín; son hombres de lecturas y les interesan los problemas y sus semisoluciones que agitan el ambiente intelectual de su época escéptica. Uno de ellos profesa el materialismo y otro de los invitados está de acuerdo con él; no hay dios personal, algunos deberes morales deben ser reconocidos por el hombre para tales y cuales propósitos utilitarios, y etc. Encuentra apoyo.

El huésped no es de esa opinión. Se halla profundamente influenciado por ciertos *misterios* en los cuales se le ha *iniciado,* esto es, representaciones simbólicas que muestran el destino del alma, llevadas a cabo en estricta reclusión, entre los miembros de una sociedad secreta bajo juramento. Ese hombre ha llegado a percibir una vida espiritual tal como la de la naturaleza que le rodea. Ha seguido con curiosidad, y en ocasiones ha pagado a alto precio, los servicios de los nigromantes; cree que en una *iniciación* que experimentó en su juventud, y durante el transcurso de la parte más secreta y vívida del drama o *misterio* del cual participó, ha entrado en contacto con el mundo espiritual. Esa clase de individuos era común, pues la sociedad decadente de entonces, se dejaba inducir por influencias de ese tipo.

La convicción del dueño de casa, su actitud reverente y reservada hacia tales cosas, impresionaba a los visitantes. Uno de ellos, sin embargo, un hombre fuerte, simplote, de los que no se dejan deslumbrar por esa especie de extravagancias, manifiesta que ha leído con gran interés la literatura de los cristianos. Profesa admiración por la figura tradicional del Fundador de su Iglesia. Repite algunas frases, especialmente de los cuatro evangelios ortodoxos. Esas palabras lo llevan a expresarse con elocuencia, y la agudeza y el poder iluminativo de las mismas produce sus efectos en los amigos.

Termina diciendo: *"Por mi parte me he hecho una regla de vida, el actuar como me hubiera hecho hacerlo este Hombre Cristo. Me parece que ha sido Él quien ha llevado la vida más perfecta de que tengo noticia, y las máximas prácticas ligadas a Su Nombre, se me antojan la guía suficiente para la vida. Este* —concluiría— *es el surco en el que se me ha derramado, y del que nunca pienso salir".*

Demos a este hombre, el nombre de Ferreolus. ¿Sería Ferreolus, un cristiano, a juzgar por sus palabras? ¿Lo hubieran llamado *cristiano* los funcionarios del Imperio? ¿Estaría en peligro de hacerse impopular donde los cristianos lo eran? ¿Lo hubieran recibido los *cristianos* como partícipe de su estricta y aun un tanto secreta sociedad? ¿Hubiera sido considerado por algún hombre en el Imperio, como uno de los integrantes del cuerpo cristiano?

La respuesta es rotundamente, *no.*

Ningún cristiano de los tres primeros siglos, hubiese considerado a ese hombre como acorde con su doctrina. Ningún funcionario imperial, durante la crisis más violenta de una de las espasmódicas persecuciones que debía sufrir la Iglesia, lo hubiera molestado ni aun con una sencilla pregunta. Ninguna congregación cristiana lo habría tratado como a un individuo que la integrara en concepto alguno. Esa especie de opinión, el *cristismo* no tenía nada que ver con la Iglesia. No podemos

decir si estaba muy extendida, porque carecía de importancia. Y tanto cuanto existiera, tenía el mismo valor que cualquiera de las vagas opiniones sustentadas aquí y allá en el culto mundo romano de entonces. Ahora bien; el término *Cristiandad* usado como punto de vista, como mera actitud mental, incluiría a un tal hombre, y es asimismo evidente que sólo hemos de imaginarle para advertir que nada tenía que ver con la *religión* cristiana de la época. Porque la religión cristiana era entonces (y lo es) una cosa y no una teoría. Tenía su expresión en lo que he llamado, un organismo, y ese organismo era la Iglesia Católica.

Puede objetar aquí el lector: *"Pero las herejías se habían sucedido una tras otra, y miles de personas habrán reclamado en todo momento, el nombre de cristianos para sí, siendo como eran, rechazados por la iglesia ortodoxa. Más aun, algunos sufrieron el martirio, antes que renunciar a ese nombre"*. Es verdad: pero la misma existencia de esas sectas sería suficiente para demostrar el punto en discusión.

Estas sectas surgieron precisamente porque dentro de la Iglesia Católica, su doctrina exacta, su tradición ininterrumpida y su unidad absoluta, eran consideradas como características distintivas de la institución. Las herejías se sucedieron unas tras otras debido a la acción de los individuos dispuestos a definir la verdad con precisión más escrupulosa y a reclamar con mayor insistencia, la posesión de la tradición viva, y el derecho de ser considerados como el centro de la unidad. Ninguna herejía pretendió que la verdad fuese cosa vaga e indefinida. El fondo y el significado de la herejía, fueron que ella, la herejía, o él, el hereje, se hallaban en condiciones de dar doctrina aún más profunda, y a hacer valer su propia definición.

Pero en este período de fundación no vemos a la Iglesia Católica afirmando y defendiendo algo que poco después el hereje negara; los procedimientos heréticos son completamente distintos. Lo que sucede en la Iglesia naciente es que una parte de la doctrina que aun no se ha definido enteramente, es formulada de tal o cual modo por un individuo, que su opinión difiere de la de otros, y que después del consiguiente debate y consejo, y de la sentencia de la autoridad, por parte del obispo, se resuelve desechar la solución de ese hombre, y se publica una solución ortodoxa. Desde ese instante, el hereje, si no se pone a tono con la opinión definida, deja de estar en comunión; y tanto su rechazo como su insistencia primera con respecto a la doctrina condenada, son pruebas de que él y sus jueces, consideran a la unidad y a la definición como a dos notas necesarias de la verdad católica.

Ningún hereje ni ninguna autoridad ortodoxa de los primeros tiempos hubiera pensado en decirle a su contendiente: "*¡Puede que tengáis razón!* Convengamos en diferir de opiniones. Que cada uno de nosotros forme su parte en la *sociedad cristiana* y mire a las cosas desde su propio punto de vista". Siendo como era la Iglesia naciente, en el momento en que se suscitaba una cuestión, esta debía ser definida de un modo u otro. Bien; ¿qué era entonces el cuerpo de doctrina sostenido por la tradición común, y presente en todas partes, en los primeros años del siglo III?

Señalaré sumariamente lo que sabemos sostuvo la Iglesia en este período, como materia histórica y documentalmente cierta. Lo que sabemos es cosa muy distinta de lo que podemos suponer. Podemos ampliar la esfera de nuestro conocimiento, de acuerdo a las concepciones de lo *probable,* que podemos aventurar teniendo en cuenta las circunstancias y detalles que rodearon a aquella sociedad; como si dijéramos, por ejemplo, que *probablemente* hubo un obispo en Marsella antes de mediados del siglo II. O podemos ampliarle mediante conjeturas, suponiendo en la carencia de evidencias, cosas posibles pero muy improbables, como ser, que se haya perdido un importante Evangelio canónico. Hay un gran campo propicio para las conjeturas, ya sean ortodoxas o heréticas. Pero los hechos simples y conocidos que se basan en la

evidencia histórica y documental, y contra los cuales no hay documentación adversa, son escasos y ciertos.

Tomemos a un escritor como Tertuliano, sentando las cosas que acontecieron en su época.

Tertuliano contaba unos cuarenta años en el 200. La Iglesia enseñaba por ese entonces, como tradición ininterrumpida, que un condenado a muerte, diez décadas antes, en Palestina, y a sólo 130 años del nacimiento de Tertuliano, había resucitado al tercer día. Este hombre había sido un individuo real y conocido, y con quien habían conversado numerosas personas. En la niñez de Tertuliano aun vivían algunas que habían tenido ocasión de hablar con testigos oculares de esa afirmación.

Este hombre (enseñaba la Iglesia) era el supremo Dios creador. Se tiene, pues, una aparente contradicción en los términos, pero de todos modos un misterio, lleno de oportunidades para teorizar, y de hecho, destinado a determinar durante tres siglos, una definición cada vez más precisa. Este hombre, que era también Dios Mismo, había fundado mediante el concurso de compañeros escogidos, denominados Apóstoles, una sociedad severa y disciplinada, llamada la Iglesia. En las doctrinas que la Iglesia enseñaba se hacía constar que eran sus doctrinas. Incluían entre sus puntos la

inmortalidad del alma humana, su redención, y su alternativa entre la salvación y la condenación.

La entrada en la Iglesia se hacía por medio del bautismo con agua en nombre de la Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Antes de su muerte, este hombre que era también Dios, había instituído cierto rito y misterio denominado *Eucaristía.* Había tomado pan y vino y los había convertido en su Cuerpo y su Sangre. Además ordenó que ese rito se continuara. El acto central de adoración de la Iglesia Católica, era por lo tanto la consagración del pan y el vino, por los sacerdotes, en presencia de los cristianos iniciados y bautizados del lugar. El pan y el vino así consagrados eran llamados (universalmente) el Cuerpo del Señor.

Los creyentes comulgaban, esto es, comían el Pan y tomaban el Vino, transmutados del modo indicado, en el Misterio.

Era pues el rito central de la Iglesia, la ingestión del Cuerpo del Señor. Había ciertamente a la cabeza de cada comunidad cristiana, un Obispo considerado como el sucesor directo de los Apóstoles; era el agente principal del ritual y el guardián de la doctrina.

El cuerpo creciente de las comunidades locales se mantenía en contacto por medio de sus Obispos, sostenía una doctrina, y practicaba lo que era substancialmente ritual.

Todo esto es historia, pura y simplemente.

La proporción numérica de la Iglesia en la ciudad de Cartago, donde escribió Tertuliano, era lo suficientemente apreciable para que su supresión general se hiciera imposible. Podríamos deducir de una de sus expresiones que constituía la décima parte de la población. Es igualmente cierto que la unidad de la Iglesia y sus Obispos, enseñaban la Institución de la Eucaristía, la Resurrección y la autoridad de los Apóstoles cuyo poder se transmitía tradicionalmente por medio de los Obispos. Notábase un gran número de conversos, y (volviendo a Tertuliano) la mayoría de los cristianos de su tiempo, según su testimonio, eran reclutados por conversión, no siéndolo de nacimiento.

Este fué, de acuerdo con mi breve reseña, el modo de ser de la Iglesia Católica en aquellos primeros años del siglo III. Y así la hubiera conocido un cristiano o un pagano curioso, de los años 160 o 200, en adelante.

He escogido este ejemplo deliberadamente, porque es el momento en el que la evidencia cristiana surge por vez primera en modo considerable. Muchos de los puntos que he señalado, son *demostrativamente* anteriores al siglo III. Y diciendo *demostrativamente* quiero dar a entender que se prueban con testimonios documentales anteriores. Es manifiesto al sentido común que el ritual y la doctrina firmemente definida sean muy anterio-

res a la época en la cual se las encuentra arraigadas. Pero también hay documentos al respecto.

Tenemos así a Justino mártir. Era mayor que Tertuliano, no menos de sesenta años, y estaba tan próximo a la Crucifixión como mi generación a la ley de reforma electoral —y nos ha legado una descripción completa de la Misa.

Tenemos las cartas de San Ignacio. Era mayor que San Justino, contando tal vez cuarenta o cincuenta años más. En cuanto a la generación contemporánea de Nuestro Señor, era lo que soy yo respecto a la generación de Gladstone, Bismarck y Manning. Certifica ampliamente, ya en su época, sobre la organización de la Iglesia con sus Obispos, su doctrina eucarística, y la Primacía dentro de la Iglesia, de la sede romana.

La literatura que conocemos del siglo I, y medio después de la Crucifixión, es reducida. Los escritos de los llamados tiempos *apostólicos*, esto es, documentos procedentes directamente de personas que pudieran recordar el tiempo de Nuestro Señor, forman no sólo en su cantidad (que es de destacar) sino también en su calidad, un núcleo de evidencia superior al que nos legó la generación siguiente. Hay más en el Nuevo Testamento que en los escritos de los hombres que vivieron con posterioridad a la muerte de los apóstoles. Pero lo que queda, es muy convincente. Surgió desde la fecha de la Ascensión de Nuestro Señor al Paraíso, aproximadamente en el año 30 de nuestra era, antes de la muerte de Tiberio, y largo tiempo después de la ocupación romana de la Galia, una *sociedad* definida, severamente regida, sumamente singular, con doctrinas fijas, misterios especiales y una fuerte disciplina propia: dotada de una personalidad muy vívida y distinta: inconfundible. Y esta sociedad era, y se llama, *la Iglesia*.

Ruego al lector que observe con precisión, tanto la tarea a que nos abocamos como las fechas exactas de que hacemos mención porque no hay punto alguno en el que la historia haya sido más deformada por la inquina hacia la religión.

La tarea a que nos abocamos es el juicio de una parte de la historia, tal cual fué. No escribo aquí un alegato, sino que me propongo la exposición de un hecho. Actúo como testigo o como copista, no como abogado ni jurisconsulto. Y digo que la conclusión a que podemos arribar acerca de la comunidad cristiana de acuerdo con estos delineamientos fundamentales, es la conclusión a la que llegaría cualquier hombre, independientemente de un credo.

Negará estos hechos sólo en el caso de que su aversión a la fe haya llegado a turbarle la razón. La creencia de un hombre en la misión de la Iglesia Católica, y su confianza en el origen divino de la misma, no lo inducen a formular estas sencillas conclusiones históricas, del mismo modo en que no

lo llevan a establecer conclusiones sobre la existencia, doctrina y organización de los mormones contemporáneos. Si la Iglesia dijo la verdad, es cuestión que a la filosofía toca resolver. Lo que la Iglesia enseñó, *de hecho,* es historia pura. Pudo la Iglesia haber enseñado tonterías, y pudo su organización ser un burdo producto del ingenio humano. Pero eso no afectaría a los hechos históricos.

Hacia el año 200 la Iglesia era, en todas partes, en forma manifiesta y en modo evidente a través de todo el mundo romano, lo que ya he descrito, y enseñaba las doctrinas que he enumerado; pero su origen se remonta a 170 años de esa fecha, y hay evidencias de ello en todo el transcurso de su período de crecimiento.

Para notar que el estado de cosas, difundido y manifiesto hacia el año 200 tenía arraigo en los mismos orígenes de la institución, a unos 170 años de distancia, para entender que el conglomerado de doctrina, ritual y disciplina tenía un principio muy distante del primer tercio del siglo I, y que la Iglesia había sido la Iglesia desde su nacimiento, el lector debe considerar las fechas.

Sabemos que nos hallamos en posesión de documentos originales de contemporáneos al origen de la religión cristiana, contenidos en el *canon* que la Iglesia ha autorizado como *Nuevo Testamento.* Aun la erudición moderna con su amor a la fantasía, está de acuerdo respecto de este punto. Los

autores de los Evangelios, de las Actas y las Epístolas, Clemente e Ignacio (que habían conversado con los Apóstoles) pueden haber sido engañados y pueden haber engañado. No me interesa ahora este detalle, pues su discusión pertenece a otro campo de disputa. Pero eran *contemporáneos* de las cosas, de las cuales decían serlo. En otras palabras, sus escritos eran lo que se dice *auténticos.* Si leo en los cuatro Evangelios (no sólo en los primeros tres) de uno que otro milagro, puedo creerlo o no. Pero leo la versión que da un hombre que vivió en la época que *se decía* que el milagro se había producido. Si se leen las siete cartas auténticas de san Ignacio sobre el Episcopado y la Eucaristía, se le podrá creer un fanático errado. Pero se sabrá que se están leyendo los trabajos de un hombre que fué testigo *personal* de los orígenes de la Iglesia; se sabrá que las costumbres, las maneras, las doctrinas y las instituciones que menciona, o cuya existencia da por sentada, son realmente las de su tiempo, esto es, del *origen* del catolicismo, aunque se juzgue que las costumbres son tontas y las doctrinas disparatadas.

San Ignacio, hablando del origen y carácter de la Iglesia Católica, se halla exactamente en el mismo plano —en cuanto a las fechas— que un hombre de nuestros días, disertando sobre el surgimiento y carácter de los socialistas, o del surgimiento y carácter del reinado de Leopoldo de Bélgica, o a los

de la moderna Italia. Habla de lo que es virtualmente su propio tiempo. Ahora bien; a este período del que contamos con evidencias documentales (es decir, del principio y surgimiento de la Iglesia, procedente de sus fundadores) sucede una laguna cuya duración sobrepasa la de la vida de un hombre. Es muy difícil de llenar el vacío. Ha perecido el conjunto de evidencia documental, como ha perecido el vasto conjunto de escritos antiguos. Lo poco que se conserva, ha sido preservado, por lo general, bajo la forma de citas y fragmentos. Pero después de este lapso, desde poco antes del año 200, nos encontramos ante la iniciación de un suministro regular, contínuo y creciente de pruebas documentales. Repito que no se trata de una evidencia en cuanto a la *verdad* de las doctrinas sobrenaturales , sino de la evidencia en cuanto a lo que fueron esas doctrinas, y el ritual, y la organización que les acompañaban; evidencia del modo en que la Iglesia fué constituída, de la forma de encarar su misión que empleó, de las cosas que juzgaba importantes, y de la práctica de sus ritos.

Es por eso que he escogido los principios del siglo III, como el instante en el que por vez primera podemos adquirir una visión histórica total de la Iglesia Católica en existencia, panorama que arroja luz de prueba sobre el estado de la Iglesia en sus orígenes, tres generaciones antes.

Vuelvo a decir que es sumamente importante para el lector que desea un cuadro realmente histórico, el percibir el *encadenamiento de las fechas acerca de las cuales tratamos,* su relación con la duración de la vida humana, y por lo tanto, con la sociedad a que se refieren. Es de suma importancia, porque la falsa historia, que ha tenido la vía expedita durante tantos años, se basa en dos sugestiones falsas de primera magnitud. La primera es la sugestión de que el período entre la Crucifixión y la Iglesia en plena expansión, del siglo III, fué una época en la cual podían registrarse grandes cambios, los que pasarían sin embargo, inadvertidos; un período en el que podían medrar con gran celeridad profundas deformaciones de las ideas originarias. La segunda consiste en afirmar que el tiempo en cuyo transcurso se supone se registraron tales cambios, es lo suficientemente largo como para explicarlos.

Mas estas cosas sólo pueden decirse porque estamos muy lejos de los días de que tratamos. Si con un esfuerzo imaginativo nos trasladamos a aquel período, pronto nos será fácil descubrir su falsedad.

No era una época favorable a la interrupción del registro histórico porque fué la suya una gran cultura. La proporción de hombres curiosos, intelectuales y escépticos que aquella sociedad contenía fué tal vez mayor que la de ningún otro período de los que conocemos. Era ciertamente mayor que

hoy. Aquellos tiempos eran menos susceptibles de aceptar la afirmación falsa y novedosa, como lo son las multitudes de las grandes ciudades modernas, influenciadas por el periodismo.

Era un período sorprendentemente *vivo.* El letargo y la decadencia no habían hecho mella aún en el mundo Imperial. Sus individuos construían, leían, viajaban, discutían, y sobre todo, *criticaban,* con gran energía.

En general, no era un período en el cual pudieran surgir modas exóticas dentro de una comunidad como la de la Iglesia, sin que sus contendientes se hallaran incapacitados para combatirlas mediante el recuerdo de la evidencia de un pasado inmediato. El mundo en el que surgió la Iglesia fué uno; y era un mundo intensamente activo. Cualquiera que en un mundo tal hubiese observado que una institución como el Episcopado (por ejemplo) o que una doctrina como la Divinidad de Cristo, fueron una corrupción novedosa de la realidad original, pudo y hubiera protestado de inmediato. Era un mundo que registraba todos los acontecimientos y en el que existía una comunicación permanente.

Aceptada la existencia de este último, veamos el segundo punto, y la distancia en tiempo, entre los principios del siglo III de que hablo, y la época que se llama período apostólico, esto es, el de la generación que recordaba aún los orígenes de la

Iglesia en Jerusalén y la predicación del Evangelio en las ciudades griegas, italianas, y tal vez africanas. Se nos ha dicho a menudo que los cambios se *insinuaron gradualmente;* que el *imperceptible efecto del tiempo causó esto o lo otro.* Observemos cómo se comporta la vaguedad de esas frases ante la prueba de confrontación con la realidad de las fechas.

Situémonos entre los años 200 al 210. Considerad a un hombre de edad madura, de nutridas lecturas, que ha viajado mucho y que presenció en aquellos primeros años del siglo III, la celebración de la Eucaristía. Muchos hombres como éste, si se hubieran encontrado en condiciones de hacerlo, habrían reprobado las novelerías y denunciado las perversiones de la tradición. El hecho de que ninguno lo hizo, es prueba evidente de que los delineamientos principales del gobierno y la práctica católica permanecían incólumes y no habían sufrido alteraciones, por lo menos desde la infancia de nuestro hombre. Un anciano que hubiera sido testigo de la constitución de la Iglesia, y de sus prácticas, como las he descrito en el año 200, correspondería a la generación de ancianos que vive con nosotros, hoy; los viejos nacidos en la segunda o tercera década del siglo XIX; los viejos que recuerdan la primera reforma electoral de Inglaterra, y que llegaron a adultos casi paralelamente a los disturbios ocurridos en 1848 y el establecimiento del Segundo Imperio en París; los ancianos de Estados Unidos

que pueden recordar en su niñez la promoción de Van Buren a la primera magistratura, los viejos cuyo nacimiento no era muy lejano de la muerte de Tomás Jefferson, y que ya eran hombres y mujeres formados cuando se descubrió oro en California.

Ahora bien; continuando este paralelo, consideremos acto seguido la persecusión neroniana. Fué el gran acontecimiento al que los católicos se referirán como a una fecha memorable en los comienzos de la historia eclesiástica. Sucedió en los tiempos apostólicos. Afectó a individuos que pese a la edad podían recordar fácilmente a Judea en los años próximos a la Misión y Pasión de Nuestro Señor. San Pedro vivió para dar testimonio de la fe, en aquella persecución. San Juan la sobrevivió. Se registró no menos de cuarenta años después del Día de Pentecostés. Pero la persecución de Nerón fué para un anciano tal como he supuesto asistiendo a la celebración de la Eucaristía a principios del siglo III, algo así como es la Declaración de la Independencia para la vieja generación de nuestra época.

Un anciano en el año 200 podría ciertamente recordar a muchos que fuesen testigos de la era apostólica, como pueden recordar los que conocemos, a testigos de la Revolución Francesa, y de la guerra napoleónica. Los ancianos que habían conocido en su niñez, eran a San Pablo, a San Pedro y a San Juan, lo que fueron los ancianos que vi-

vieron en 1845, a Jefferson, a Lafayette o a Burke. Habrían hablado y visto a los integrantes de la primera generación, como habrían visto y hablado a los fundadores de los Estados Unidos, sus *antípodas* del siglo pasado.

Es imposible imaginar que el sacrificio de la Eucaristía, el Rito de la Iniciación (el Bautismo en el nombre de la Trinidad) el establecimiento de un Episcopado, la defensa tenaz de la ciudad y la ortodoxia, y todos esos lineamientos generales del catolicismo que hemos visto sean la misma esencia de la Iglesia a principios del siglo III, pudieron surgir sin protesta. No podían provenir en forma inocente, natural, y sin sufrir críticas, de la desviación de un original tan reciente y tan expuesto a toda suerte de exámenes.

Es natural que hubiera discusiones respecto de la definición y significado de algunas doctrinas no sentadas aún, y encuadra a la vez con las fechas y el ambiente del período, y con el carácter de la materia. Pero que un plan íntegro de gobierno y doctrina cristianos, se hayan desarrollado en contradicción con los orígenes cristianos, y sin protestas ni reclamaciones en un período tan brillantemente activo, que contaba con medios tan rápidos de comunicación, y *sobre todo, tan breve,* es absolutamente imposible. Esto es lo que la historia ha de decir sobre la Iglesia naciente en el Imperio Romano. Los Evangelios, las Actas, las Epístolas Canó-

nicas y las de Clemente y de Ignacio podrán referir historia verdadera o falsa; sus autores pueden haber escrito bajo la influencia de la ilusión o engañándose a sí mismos conscientemente: o puede que hayan sido veraces en grado sumo, e inmutablemente sinceros. *Pero son contemporáneos.* Puede un hombre respetar su origen divino o despreciar sus pretensiones de instruír a la humanidad; pero que el Cuerpo cristiano, desde su origen, no fué la *Cristiandad,* sino la Iglesia, y que la Iglesia fué una cosa, una e idéntica, con lo que se había llamado mucho antes del siglo III [1] la Iglesia Católica, es tan sólo historia pura, tan pura y directa, como es la historia, digamos, de las instituciones municipales de la Galia. Es historia infinitamente más cierta que las modernas sobre las imaginarias *Instituciones Teutónicas* antes del siglo VIII, o que las aún más imaginarias hipótesis sobre los orígenes *arios* de la raza europea, o que cualquier otra teoría pseudocientífica que se tratá aún de hacer pasar por verdad histórica. Baste lo dicho cuanto a la Iglesia Católica de principios del siglo III, cuando por vez primera tenemos amplia documentación sobre su existencia. Es un cuerpo dotado de alta disciplina, de fuerza creciente, decidido en la uni-

[1] *El fragmento de Muratori que se remonta a una época anterior al siglo III, y san Ignacio que también usa la palabra católico, se hallaban tan próximos al tiempo del* Evangelio, *como yo al de la Guerra de Crimea.*

dad, regido por Obispos, que cuenta como doctrina principal la Encarnación de Dios en una persona histórica, Jesucristo, y por rito central, un misterio, la Transformación del Pan y el Vino, por los Sacerdotes, en el Cuerpo y la Sangre que los fieles insumen.

Este *estado dentro del estado* existente hacia el 200, afectó pronto y profundamente al Imperio. En la generación siguiente se infiltró en él. Ya estaba tranformando la civilización europea. Hacia el 300 la labor estaba cumplida. Cuando el Imperio caía, la Iglesia Católica lo tomó y lo preservó.

¿Cuál fué el proceso de esta decadencia?

Para responder a tal pregunta, debemos observar tres acontecimientos que siguieron: 1º: el gran incremento de la soldadesca bárbara mercenaria en el Imperio; 2º: el debilitamiento del poder central, comparado con los poderes locales de la clase pequeña pero cada vez más pudiente de los grandes terratenientes; 3º: el ascenso de la Iglesia Católica desde una posición oficial que se le había permitido (y que pronto se convirtiera en predominante) al completo dominio de la sociedad.

Estos tres fenómenos tuvieron lugar a un mismo tiempo; ocurrieron dentro del lapso de unos 200 años, aproximadamente, desde el 300 hasta el 500. Terminado su curso, el Imperio occidental ya no era gobernado como *una* sociedad, desde *un* centro imperial. Los jefes accidentales de algunas fuerzas

auxiliares del ejército romano, obtenidas de reclutamientos entre los bárbaros, se habían establecido en varias provincias, y se hacían llamar *reyes*. La Iglesia Católica era en todas partes la religión de la gran mayoría; estaba ligada y usaba frecuentemente los engranajes oficiales y el sistema impositivo imperial que continuaban intactos. Su proyección se había hecho mucho mayor que la de los demás organismos del Estado Romano, en la entidad central y típica que daba su carácter al mundo europeo.

Este proceso se llama comúnmente *la caída del Imperio Romano*. ¿Qué fué esa caída? ¿Qué fué lo que realmente sucedió durante aquella gran transformación?

CAPÍTULO III

¿Qué fué la caída del Imperio Romano?

El estado social que he descripto, la sociedad ordenada y unida del Imperio Romano, se transformó posteriormente en una situación muy distinta; la sociedad de las llamadas *Edades Oscuras*. De ellas surgió a su vez, después de seiscientos años de aventuras y peligros, el gran fruto de la civilización medieval. Apenas había aceptado el Imperio Romano, el producto de su desarrollo, al llegar a su madurez (por *producto* significo a la Iglesia Católica, cuando comenzó a envejecer y a sufrir una profunda transición). Pero esa transición que amenazaba ser su muerte, resultó finalmente una mezcla de *visión* y *transformación*.

En cualquier sociedad debemos esperar, en analogía con todas las cosas vivientes, la sucesión inmediata de madurez y decadencia: y al finalizar ese ciclo, deberá sobrevenir la muerte. Una planta, después de llegar a la culminación de su fructivi-

dad, decae rápidamente. Es así que podemos imaginarnos el proceso de la larga historia de la civilización mediterránea. Cuando hubo estado en su fase final y más completa, fué justo esperar una religión final y completa que satisfaciera su larga búsqueda resolviendo al mismo tiempo sus antiguos enigmas; pero después de tal descubrimiento, luego que el fruto de tal madurez se hubiese desarrollado, era menester esperar un fin. Pero para fortuna singular de nuestra civilización europea, ese fin no llegó. En modo extraño, fué detenida la disolución. Fué evitada la muerte. Y cuanto más nos acercamos a contemplar la única historia de esa salvación —la salvación de todo lo que podía salvarse en una sociedad antiquísima y fatigada— más advertimos que esta salvación no pudo operarse sino por intermedio de la Iglesia Católica. Todo lo demás, después del año 250 de Nuestro Señor, el vacío fantaseo filosófico, el reclutamiento de los bárbaros en el ejército, las pasiones y la desesperación comunes, no hicieron más que aproximar el desastre.

En toda la historia del género humano no hay paralelo a esta resurrección. Las demás civilizaciones importantes, después de muchos siglos de desarrollo han caído ora en una fija y estéril monotonía, ora han muerto y desaparecido. Nada queda de Egipto, nada queda de Asiria. Permanecen las civilizaciones occidentales; pero permanecen inamovibles; o si cambian, sólo pueden imitar modelos externos y vulgares.

Pero la civilización de Europa —la civilización, esto es, de Roma y del Imperio—, corrió una suerte distinta de la muerte y de la esterilidad; sobrevivió para la resurrección. Sus simientes esenciales fueron preservadas para una segunda primavera.

Durante quinientos o seiscientos años, los hombres no grabaron tan bien; no escribieron tan buenos versos; permitieron que las carreteras se arruinasen; perdieron, o mejor dicho, hicieron más tosco el mecanismo gubernamental; olvidaron o fueron indolentes en gran manera, tanto en las letras como en las artes y en las ciencias. Pero en ese largo período se preservó de la producción de letras y de las artes, no sólo lo suficiente como para construir un puente sobre el golfo entre el siglo V y el XI, si no también, mucho de lo que en ellas era fruto vital de la mente europea, destinado a permitir el reflorecimiento de esa mente después del letargo. Y el intermediario, lo repito, que llevó a cabo la conservación de las simientes, fué la Iglesia Católica.

Es imposible entender esta verdad, y es imposible asimismo dar algún sentido de la historia europea, si aceptamos la relación de esa decadencia que se inculca comunmente en las academias anti-católicas, y que los historiadores anti-católicos han creído acertada.

Su versión es, en suma, la siguiente:

El Imperio Romano, corrompido y enviciado por la expansión del lujo y por una especie de debilidad innata que se descubría en la sangre de las razas mediterráneas, fué por fin invadido y subyugado por las tribus germanas jóvenes y vigorosas. Esas huestes traían consigo la fuerza de sus virtudes, también innatas, que más tarde habrían de rechazar la unidad de la cristiandad y constituírse en principio de las sociedades protestantes modernas, que hoy día son casi ateas, y que pronto lo serán del todo.

Un término genérico han inventado estos falsos historiadores modernos (cuya versión doy aquí) para este proceso que han imaginado. Las tribus vigorosas, jóvenes, incorruptas y virtuosas que, se imaginan, vencieron los límites del cansado Imperio, y entraron en él rejuveneciéndole, se clasifican reunidas en conjunto bajo el nombre de *teutónicas;* un linaje germano muy numeroso, y superior además a lo que había quedado de la civilización romana, en cuanto al poder viril, había aparecido en el panorama universal tomando en sus manos el manejo de los menesteres. Una elevada porción de esos germanos, los Francos, se dice que ocuparon la Galia; otro núcleo, (los Godos en sus varias ramificaciones), Italia y España. Pero más completa, más fructífera y más satisfactoria (nos expresa) fué la irrupción de estos paganos sanos y vigorosos en la extrema provincia de Bretaña, que

conquistaron íntegra, exterminando a sus habitantes autóctonos y colonizándola con su casta superior.

"*Fué inevitable* (admite el historiador anti-católico) *que la presencia de esos hombres incultos aunque superiores, acelerara la declinación de las artes, en la sociedad que habían conquistado. También es de lamentar que sus virtudes innatas y más simples, fueron contaminadas por el arte del Clero Romano, y que en cierta medida la religión oficial de Roma, se adueñase de sus almas nobles; porque esa religión oficial permitió que la ponzoña de la declinación romana afectara a todas las mentes europeas, —aún a la mente germana— durante varios siglos. Pero al mismo tiempo este pésimo efecto fué contrarrestado por la fuerza indestructible y por las virtudes de la sangre bárbara de los nórdicos. La Sagrada Sangre Teutónica fué la que trajo a Europa Occidental el hechizo de las historias románticas, la justa nota lírica de la poesía, la profunda reverencia que ha sido (hasta hace poco) el matiz característico de su religión, el amor a la aventura de que carecía la vieja civilización, y un profundo respeto por la mujer. Al mismo tiempo, su espíritu guerrero impulsó la gran estructura del feudalismo, dió lugar al modelo caballeresco y bosquejó íntegramente el ideal militar de la civilización medieval.*

"¿Es de asombrarse entonces que cuando a fines del siglo XV se abrieron nuevos campos al conocimiento humano, debido al subitáneo incremento de los viajes, por la imprenta, y por los inesperados adelantos de la ciencia física, la emancipación de la mente europea haya llevado a esta raza pura y bárbara, al lugar que le correspondía?

"Y en proporción a la potencia de la sangre teutónica, la jerarquía de la Iglesia Católica, y la influencia sobre los hombres, de la tradición católica, fueron sacudidas a principios del siglo XVI; y antes del fin de ese siglo, la estirpe viril de Alemania del Norte, de Holanda, de Escandinavia y de Inglaterra habían desarrollado la civilización protestante; una sociedad en marcha, sana y señora ya de todas sus rivales; destinada a llegar a ser pronto, si no lo era ya, suprema".

No es exagerado ese resumen de la doctrina que en las universidades católicas e inglesas, nos imparte la escuela histórica anti-católica durante los dos primeros tercios del siglo pasado, (y con la ayuda parcial de las fuerzas académicas anti-católicas que operan en los países de esa religión.

Juntamente con esta extraña manera de reescribir la historia, iba un torrente de hipótesis descabelladas, que se presentaban como hechos reales. Es así que los Parlamentos (objeto hasta hace poco de admiración) se imaginaron (y por lo tanto eso fué afirmado) como de origen teutónico, no-romano, y

por ende, no-católicos en su principio. La desaparición gradual de la esclavitud se atribuyó a ciertos poderes milagrosos de los paganos del norte; y en general cualquier cosa que fuera buena en sí misma o que concordara con las ideas modernas, se vinculaba a esta fuente originaria de bienes en los negocios europeos: las tribus germanas.

Mientras tanto, el odio a la civilización que fanatizaba a esos falsos historiadores, el odio a la tradición Romana, y a la Iglesia, se manifestó de cien modos distintos: la conquista de España por los mahometanos se representó como la victoria de un pueblo superior sobre uno degradado y despreciable; la reconquista de España, por nuestra raza y el triunfo sobre los asiáticos, como un desastre; su instrumento final de victoria, la Inquisición, que salvó a España de una venganza mora, fué dada a conocer como una monstruosidad. Toda revuelta, aunque oscura, contra la unidad de la civilización europea, en la Edad Media (especialmente la peor de todas, de los albigenses) fué presentada a los ojos del mundo como un valioso alzamiento de la mente humana contra las condiciones serviles en que se la había sumido. Más aún la vida diaria de la Europa Católica, su costumbre, su hábito de pensamiento y las maneras de sus individuos durante el período de unidad, desde el siglo VIII hasta el XV, fué llanamente *omitida.*

En el instante en que la historia lucha por llegar a ser un estudio científico, esta escuela de autoalabanza a sus propios cuentos de duendes, toma posesión del campo. Pero cuando por último la historia venció en esa pugna, y se convirtió en un estudio científico, esa escuela se derrumbó. Más aún, retiene a modo de heredad de su antigua hegemonía un poder singular en la forma más baja y más popular del escrito histórico, y en los lugares de habla inglesa, es aún hoy día casi la única visión del desarrollo de la vida de Europa, disponible y asequible al estudiante común.

Ha de notarse, desde el principio de tal relación de los hechos que el panorama fantástico ofrecido por esta teoría en la actualidad desacreditada, se basa en una determinada concepción de lo que sucedió al caer el Imperio Romano.

A menos que estas tribus germanas bárbaras *entraran* y administraran; a no ser que *fueran* realmente muy considerables en número; a menos que su carácter en verdad *haya sido* lo que esta escuela afirma que fué —vigoroso, joven, virtuoso, y todo lo demás— a no ser que *haya tenido lugar realmente* una lucha entre esta gran nación germana imaginaria y la civilización mediterránea, pugna en la cual la primera triunfó y gobernó como conquistadora sobre pueblos sujetos; a no ser que estos axiomas primarios contengan en sí alguna verdad

histórica, la teoría que de ellos se deduce no tiene ningún valor histórico.

Puede un hombre tener preferencia, como protestante, o simplemente como habitante de Alemania del Norte o Escandinavia, por el tipo humano que vivió originariamente su vida miserable, fuera de los límites imperiales. Puede también, como anti-católico de cualquier especie, juzgar que la civilización decaía por causa del catolicismo hacia el fin del Imperio Romano Unido, y puede que le agrade imaginar que la coincidencia de lo que era en su origen, bárbaro, con lo que es ahora la Europa alemana protestante, constituye una prueba de la proeza cumplida por esos antecesores de la actual. Más aún, puede que hasta desee que el tipo no-católico y no-tradicional de nuestra civilización llegue a un grado de supremacía que hasta ahora no ha alcanzado (2). Pero todo eso no es más que un sueño agradable (o desagradable), algo de imaginar y no de descubrir, a menos que tengamos un sólido fundamento histórico para la teoría, a saber: la destrucción del Imperio Romano llevada a cabo por los individuos en la forma que la teoría presupone.

La consistencia del andamiaje depende de nuestra respuesta a esta pregunta: *¿Qué fué la caída del Imperio Romano?* Si fué una conquista, tal como

(2) *He escrito esta frase, antes de la fragmentación de Prusia, cuando ésta aún era el ídolo de Oxford.*

hemos visto que se juzgó, y una conquista operada por los hombres que hemos descripto, la antigua escuela anti-católica, aunque incapaz de sostener sus exageraciones (porque por ejemplo no podría vincular las instituciones representativas con los bárbaros germanos), sería, pese a todo, substancialmente veraz.

Ahora bien, desde el momento en que se comenzó a examinar y comparar seriamente los documentos, desde el instante que la investigación moderna llegó a algo así como una conclusión en el estudio del período en que el Imperio Romano Unido del Oeste fué reemplazado por diversos reinos locales, los estudiantes de historia (y en proporción a su imparcialidad) se convencieron más y más de que esta pose anti-católica se basaba tan sólo en aserciones.

No hubo conquista de pueblos mediterráneos decadentes, por bárbaros vigorosos. El gran número de bárbaros que vivían en calidad de esclavos dentro del Imperio, el número muy menor de los reclutados a la fuerza o voluntariamente para el servicio militar del Imperio, la cantidad menor aún de los que penetraban en el Imperio como merodeadores, aprovechando la debilidad del gobierno central próximo a su fin, no fueron de la especie que esta teoría católica presupone trocando sus deseos por realidades.

Los bárbaros no fueron *germanos* (un término difícil de definir). Estaban constituídos por varias razas, que si juzgamos por el lenguaje (mala guía en cuanto a la raza) eran, unos, de la germana; otros de la eslava, algunos aún mongoles, otros bereberes; otros de las viejas razas —los pictos, por ejemplo, y los individuos oscuros del extremo norte y oeste.

No tenían ese respeto sorprendente por la mujer, tal como el que hubiera podido engendrar el ideal caballeresco.

No formaban sociedades libres, sino de dueños de esclavos.

No deseaban, no intentaban, ni soñaban con la destrucción del poder imperial; esa desgracia —que fué gradual y nunca total— en tanto que sobrevino, no fué en absoluto debido a los bárbaros, y sobrevino a pesar de ellos y no por sus esfuerzos conscientes.

No eran numerosos; por el contrario, se agrupaban en puñados de hombres aún cuando aparecían en las fronteras como invasores y salteadores triunfantes. Cuando venían en gran número, eran eliminados.

No introdujeron nuevas instituciones ni nuevas ideas.

Además no se encontrará en esa mutación fundamental, desde la civilización antigua hasta las Edades Oscuras, que el surgimiento de leyenda y del

espíritu romántico y aventurero (siembra de la simiente moderna) coincida con los lugares en que se hallaban establecidas las grandes masas de bárbaros esclavos, o con aquéllos por donde pasaron los menos numerosos salteadores o los regulares enganchados en el Ejército Romano. El romance aparece siglos después, *y aparece más inmediata y próximamente, en conexión precisamente con aquellos distritos por los cuales se había hecho sentir menos el paso de los pocos teutones, eslavos y otros bárbaros.*

No hay ligazón entre la sociedad bárbara y el feudalismo de la Edad Media: no hay rastros de tal ligazón. Por el contrario, existe una secuencia histórica muy definida y demarcada entre la civilización romana y el sistema feudal, según atestiguan innumerables documentos que una vez leídos y comparados en orden no dejan lugar a dudas de que el feudalismo y la civilización del medioevo provienen de orígenes puramente romanos.

En una palabra, el cese gradual de la autoridad imperial en la Europa del oeste, la caída del poder y la costumbre impuestos por una organización unida, con asiento en Roma, para señalar, definir y administrar las vidas humanas, fué una revolución interna; no vino del exterior. Fué un cambio *de adentro;* ni remotamente parecido a una conquista externa, y mucho menos, a una conquista bárbara.

Todo lo sucedido fué que la civilización romana, habiendo llegado a muy vieja, no pudo mantener por más tiempo el método vigoroso y universal del gobierno local, subordinado al capital, que había sido suyo durante cuatrocientos o quinientos años. El mecanismo impositivo fué debilitándose gradualmente; también se debilitó la acción burocrática central; los grandes en las localidades comenzaron a adquirir cierta independencia; y varios militares beneficiados por el lento (y enorme) cambio, ocuparon los *palacios* locales (que así se les llamaba) de la administración romana; se aseguraron para sí los ingresos que los restos de las disposiciones impositivas romanas les aseguraban, y en reciprocidad tomaron sobre las cargas del deber gubernamental que podían aun mantenerse en la decadencia de la civilización.

Eso es lo que sucedió, y es todo lo que sucedió.

Como fenómeno histórico, es lo que lo he denominado: *enorme.* Impresionó profundamente la imaginación humana. Los estremecimientos y cataclismos locales, síntomas de este cambio de base, de la vieja civilización, a las Edades Oscuras, dejaron sentir su impresión en los numerosos y prolíficos escritores de la época. Sus terrores, su asombro, sus conjeturas sobre los resultados futuros, nos han llegado muy acentuados. Después de tantos siglos sentimos la conmoción sufrida en el mundo literario de aquel entonces, a raíz del saqueo de

Roma por Alarico, o por la marcha de las tropas auxiliares romanas, llamadas *visigodas,* a través de la Galia hacia España, o por la aparición de la horda mixta denominada de los *vándalos* —por sus *cabecillas*—, frente a Hipona, en el Africa. Pero lo que *no* sentimos, lo que *no* obtenemos de los documentos contemporáneos, lo que sólo fué una mera ficción de la mente académica de la generación que va muriendo, es esa predisposición anti-católica y contraria a la civilización que nos presentaba a la antigua civilización como conquistada por individuos de raza distinta y mejor, quienes han desarrollado desde entonces el tipo supremo de la civilización moderna, y cuyo contraste con el mundo católico y con la tradición católica, se aplaude a una, como el principio de la vida en Europa y se destaca como el hecho fundamental de la historia europea.

El lector no quedará conforme con una simple afirmación de una verdad histórica, pese a que ella se basa sobre lo que realmente vale, de la erudición moderna.

Preguntará: entonces, ¿qué fué lo que sucedió, a la verdad? Después de todo, Alarico saqueó a Roma. Los Reyes de los francos, eran cabecillas belgas, que al principio hablarían tal vez el flamenco como el latín. Los de los burgundios hablaban probablemente una mezcla de vocablos originariamente bárbaros, celtas y romanos, a los que después se con-

vino en llamar *dialectos teutónicos* y también el latín. Los oficiales del ejército, llamados (por el origen de su reclutamiento) *godos,* del este y el oeste, estaban en la misma situación. Aun la masa variada de los eslavos y bereberes escapados, y los demás que, por sus primeros jefes, eran llamados en el Africa del Norte *vándalos,* tenían quizá un considerable núcleo germano.

La historia falsa tiene un terreno superficial para trabajar. Muchas familias cuyo origen se remonta a lo que es ahora la Europa central de habla alemana, regidas por el gobierno local durante la transición, y tribus distintas aunque pequeñas, principalmente de habla alemana, sobrevivieron por un corto lapso en el Imperio. Como toda falsedad la de la *teoría teutónica,* no podía vivir sin un elemento veraz para argumentar, y es deber de todo aquel que escribe historia verdadera, aun en un ensayo tan corto como éste, el mostrar qué cosa fué ese terreno y cómo se ha deformado su concepción.

Con el objeto de entender lo ocurrido debemos ante todo, recordar claramente el hecho de que la estructura sobre la cual reposó nuestra civilización unida en sus primeros cinco siglos, fué el *Ejército Romano.* Por ello no quiero significar que el número de los soldados era muy elevado en comparación con la población civil, sino que el órgano vital en el Estado, lo que realmente tenía importancia, la institución a cuyo alrededor giraba el pensamiento

humano, y que se juzgaba como el fundamento de todo lo demás, era la institución militar.

La ciudad-estado original del Mediterráneo cayó poco antes del principio de nuestra era.

Cuando (como sucede siempre, a la postre, en una civilización compleja de muchos millones) el gobierno autónomo se hubo derrumbado, y cuando fué necesario, después de las desesperadas luchas de facción que ese derrumbe ocasionó, establecer un fuerte centro de autoridad, la persona indicada y necesaria para ejercer tal autoridad (en un estado constituído como el romano), era el comandante en jefe del ejército; *Emperador*, la palabra latina *Imperator*, no significa otra cosa que *comandante en jefe*.

El ejército hacía y deshacía emperadores; el ejército diseñaba, ordenaba y aun prestaba su apoyo para la construcción de las grandes carreteras del Imperio. Era en relación a las necesidades del ejército que las carreteras se construían. Era el ejército el que aseguraba (muy fácilmente, pues la paz era popular) el orden civil de tan vasto organismo. Era el ejército especialmente el que guardaba sus fronteras contra el incivilizado mundo exterior — desde los términos del Sahara y del desierto árabe; desde el extremo de las montañas de Escocia; desde el extremo de las tierras pobres e incultas entre el Rin y el Elba.

En esas fronteras las guarniciones formaban un muro detrás de cuya protección podían desarrollarse los bienes y el bienestar, y en cuyas afueras, núcleos pequeños y empobrecidos de hombres desconocedores de las artes (especialmente de escribir) salvo en lo que copiaban toscamente de los romanos, o de lo que imitaban de los comerciantes aventureros de Roma, vivían en condiciones que, en lo que a los montes celtas se refiere, podemos apreciar parcialmente mediante la analogía con la antigua Galia, y por la leyenda; pero que en cuanto a las arenosas llanuras, los pantanos y los bosques germano y eslavos no sabemos absolutamente nada.

Ahora bien; este instrumento principal, el Ejército Romano —el instrumento, recordadle, que no sólo preservó la función civil, sino que creó en realidad al jefe de todas ellas, el Gobierno—, debió atravesar tres situaciones de metamorfosis claramente delimitadas en los primeros cuatro siglos de la era cristiana, hasta el año 400 A. D. aproximadamente. Y es la transformación del Ejército Romano durante los primeros cuatro siglos, la que explica el cambio, de otro modo inexplicable, que se produce en la sociedad, de inmediato, en el siglo V y en el VI, desde el 400 hasta el 600 A. D.: la conversión de toda la civilización romana en el principio de las Edades Oscuras.

En su primera etapa, a principios del Imperio, y justamente cuando se fundaba la Iglesia Católica y cuando ésta empezaba a crecer, el Ejército Romano era aún teóricamente un ejército de verdaderos ciudadanos romanos ([3]).

De hecho, el ejército era ya ante todo profesional, y se reclutaban sus componentes, aun en esta primera etapa, de los territorios conquistados por Roma.

Tenemos así a César reclutando a una legión gala casi contemporáneamente a la conquista de la Galia. Pero por mucho tiempo después, y ya bien entrada la era cristiana, se concibió al ejército como una especie de institución universal arraigada en la ciudadanía cuya proclamación constituía aún el orgullo de los que la poseían, y que pertenecía tan sólo a una minoría de sus habitantes; porque la mayoría eran esclavos.

En la segunda fase (que correspondió al principio de un decaimiento en las letras y en las artes, que nos lleva a través del tumulto de guerras civiles en el siglo III, y que nos presenta a su término, al Imperio remodelado) el ejército devenía una

([3]) *El soldado fué siempre técnicamente un ciudadano, en absoluto. La concepción de un soldado como ciudadano, y la imposibilidad, por ejemplo, de que fuera un esclavo, estaba en la misma médula del pensamiento romano. Aun cuando eran reclutados en su totalidad, de los bárbaros, es decir, entre los esclavos, fueron en cuanto soldados, ciudadanos libres.*

entidad puramente profesional y extraída del elemento más desafortunado de la sociedad romana. Su reclutamiento era encarado como una especie de cobranza de impuestos; a los grandes propietarios de tierras (quienes en desarrollo paralelo a esa declinación devenían el factor económico principal en el estado romano) se les obligaba a enviar cierto número de reclutas procedentes de sus posesiones.

Los esclavos deseaban ir a menudo, pues por duras que fueran las condiciones del servicio militar, éste les proporcionaba libertades cívicas, ciertos honores, la paga y un futuro para sus hijos. Los libertos más pobres iban también respondiendo al mandato de su señor (aunque por supuesto en cierta proporción, ya que la conscripción era muy leve comparada con los sistemas modernos, y aun la hacían más leve los realistamientos, los largos servicios, la carencia de reservas y el uso de veteranos).

Durante esta segunda etapa, mientras el ejército se hacía por momentos menos cívico, constituyéndose cada vez más en una profesión para el desheredado y el desafortunado, la impopularidad y la ignorancia del servicio militar entre el resto de la población, iba en aumento. El ciudadano común se distanciaba cada vez más del ejército, y sabía menos sobre las condiciones de su vida. Llegó a considerársele, en parte como una fuerza policial necesaria para la defensa fronteriza, y en parte co-

mo una molestia doméstica. También llegó a considerársele como una cosa sin objeto. Vivía una vida apartada del ciudadano. Gobernaba (por intermedio del poder del Emperador, su jefe), y sostenía, o reformaba, la Corte Imperial, de la que dependía. Pero al caer el Imperio, era extraño a la sociedad en general.

Mientras tanto el reclutamiento se hacía más difícil, y *se acostumbró a ofrecer a las tribus hambrientas allende los límites imperiales, la ventaja de la residencia, con la condición de que sirvieran en el ejército romano.*

El concepto de los territorios situados dentro del Imperio, que se hallaban asociados y aliados a él, antes que absorbidos, era muy antiguo. Ese concepto ya no era valedero en cuanto a los territorios afectados otrora; pero trazó el camino para la concepción de las tropas afiliadas o aliadas al ejército romano, que formaban parte de la institución con respecto a la disciplina y a la organización, pero poseedoras a la vez de una libertad considerable dentro de sus propias divisiones.

Tenemos a esta altura no sólo un uso constante y creciente de tropas bárbaras atraídas al ejército regular, sino también *la aceptación cada vez más frecuente* en block *de cuerpos enteros bajo el mando de sus conductores locales, en calidad de auxiliares de las fuerzas romanas.*

Parece que algunos de esos cuerpos fueron establecidos en tierras próximas a las fronteras, y que a otros en cambio se hicieron idénticas concesiones pero en regiones muy distantes de aquéllas. Sabemos así, de un pequeño núcleo de bárbaros germanos ubicados en Rennes, en Bretaña, y además, dentro de las legiones (que eran todas técnicamente de ciudadanía romana, y en teoría reclutadas en plena civilización de Roma) el bárbaro que se encontraba dentro de la civilización, manifestaba una tendencia mayor que su conciudadano (oncoesclavo) a aceptar el servicio militar. Casi siempre sería más pobre; a menos que su experiencia de la civilización fuese larga, sentiría menos la dureza del servicio militar; y en la segunda etapa, cuando el ejército devino más sedentario (es decir, más unido en sus divisiones, a las guarniciones particulares), cuando se hizo más permanente, más hereditario, más *de padre a hijo* y distinguido por la abundancia de lo que llamamos *cuarteles de casados,* también se estaba convirtiendo en un ejército de hombres que ya sea como auxiliares o como verdaderos soldados romanos, eran en cuanto *a la sangre, a la descendencia, y hasta cierto punto en sus costumbres, aunque no en cuanto al lenguaje, bárbaros.* Había negros, probablemente había celtas, había eslavos, mongoles de las estepas, más numerosos eran los germanos, y otros.

En la tercera etapa, que fué la destinada a ver la gran convulsión del siglo V, el ejército, aunque no enteramente bárbaro aun, lo era ya en su parte vital. Cumplía por supuesto las órdenes impartidas por el Estado Romano, pero grupos considerables de sus integrantes sólo hablaban a medias el latín y el griego, y eran estimados por sus señores romanos como no-romanos, tanto por sus costumbres como por su sangre.

Debe destacarse claramente que no sólo no cruzó por la mente de estos soldados un ataque al Imperio, sino que la misma idea de ello les hubiera sido inconcebible. Si se lo hubieran propuesto, no habrían comprendido lo que se les quería dar a entender. El hecho de que luchara una sección del ejército contra un pretendiente al Imperio (y por lo tanto, y necesariamente, en favor de otro) lo juzgaban muy natural; pero hablar de un ataque contra el Imperio mismo, les hubiera sido similar a una proposición agresiva contra el pan y la carne, el aire, el agua y el fuego. El ejército era todo el método y el motivo de su vida.

En ocasiones, la elevada y rica civilización del Imperio Romano, era objeto de intentonas de pillaje por parte de bandas pequeñas y hambrientas del exterior, pero eso nada tenía que ver con el reclutamiento de bárbaros para el ejército, salvo en los casos en que los integrantes de esas bandas eran prendidos e incorporados. El ejército estaba listo

para aniquilar, a una orden, a los invasores extranjeros, misión que siempre cumplió exitosamente.

La parte del ejército destinada a repeler, eliminar y vender como esclavos a los componentes de una banda de merodeadores eslavos, alemanes o celtas, siempre tenía eslavos, alemanes o celtas en gran número incorporados a su soldadesca. Pero ningún lazo sanguíneo se inmiscuía. Tener eso en cuenta hubiera sido inconcebible para los contendientes de ambas partes. La distinción no era entre lengua y lengua, y aun menos entre costumbres raciales. Era entre el Servicio Imperial por un lado, contra los salvajes no reconocidos del exterior.

Al debilitarse el mecanismo gubernamental a causa de la vejez, y como el reclutamiento del ejército de entre los bárbaros y la gran proporción de fuerzas auxiliares regulares comenzaran a debilitar la base del todo estatal, se acrecentaron los intentos de las bandas exteriores de irrumpir a través de los límites nacionales, rumbo a las tierras cultivadas y la riqueza de las ciudades; pero nunca se les ocurrió agredir al Imperio como tal. Todo lo que deseaban era que se les permitiera gozar de la vida que transcurría en su interior, y abandonar las miserables condiciones de la existencia que se llevaba allende sus fronteras.

A veces, mediante un ofrecimiento de las autoridades romanas, eran transformados de bandole-

ros que eran, en soldados; ejercían la rapiña con más frecuencia cuando no había por el momento ninguna buena guarnición en las inmediaciones. En tales circunstancias marcharía sobre ellos una hueste romana, y si no huían con la debida rapidez, se los destrozaba. Pero a medida que progresaba la disolución central, los ataques de las pequeñas bandas se hicieron más frecuentes. Los pueblos fronterizos llegaron a considerar tales ataques como un peligro constante y a defenderse por sí mismos contra ellos. Grupos reducidos de invasores atravesaban en ocasiones, distritos inmensos, de punta a punta, y ya sea como piratas, desde el mar, o en bandas guerreras, en tierra, se hicieron más y más persistentes los incesantes esfuerzos para gozar de las condiciones de vida de la civilización, o para saquear sus bienes (aunque principalmente para lo primero).

No debe imaginarse, claro está, que la civilización no tenía que sufrir ocasionalmente, en aquella época, como había tenido que sufrir esporádicamente durante mil años antes, los ataques de ejércitos bárbaros, numerosos y bien organizados [4]. Así, en el año 406, compelidos por la presión de invasores orientales en sus propios bosques, una

[4] *Un siglo y medio antes de la caída del gobierno central, por ejemplo, los godos, un grupo bárbaro en su mayoría germano, había irrumpido dentro del Imperio, cometiendo desmanes mayores que los de sus sucesores del siglo V.*

horda de bárbaros al mando de Radagaiso, se introdujo en Italia. Sólo los portadores de armas, de esa fuerza, se calculaban en 200.000 (en una época acostumbrada a tratar asuntos militares y a cálculos de esa especie).

Pero esos 200.000 hombres fueron barridos. Y siempre fueron barridos los bárbaros cuando llegaban con ínfulas de conquista. Stilicho (una figura típica, ya que pese a militar en el servicio romano regular era de ascendencia bárbara, despedazó a gran número de los invasores, y los demás se rindieron, siendo dispersados y vendidos como esclavos.

Inmediatamente después, tenemos una violenta pugna entre varios soldados que desean para sí el poder imperial. La historia es fragmentaria y un tanto confusa —ya se culpa a uno de los usurpadores, ya al otro; pero el hecho común a todos es que, con el objeto de usurpar el poder, un general romano llama a su servicio a varias bandas bárbaras (compuestas por pequeños grupos francos, suevos y vándalos), los hace cruzar el Rin, entrar en la Galia, *no* como *conquistadores* bárbaros, sino como aliados, para ayudarle en la guerra civil.

La generación siguiente nos ha dejado amplia documentación sobre los resultados. Ella no nos ofrece el cuadro de una provincia arruinada, sino el de una provincia que ha sido atravesada en ciertas direcciones por los bandoleros bárbaros, que

han desaparecido luego, en la mayoría de los casos, en luchas intestinas.

Más tarde se nos presenta el caso mucho más serio del mongol Atila y sus hunos conduciendo las masas germanas y eslavas al interior del Imperio, en una invasión enorme. A mediados del siglo V, cincuenta años después de la aniquilación de Radagaiso, esos asiáticos, dirigiendo a otros bárbaros más numerosos que dependían de ellos, oriundos de las germanias y de las tierras eslavas, penetraron en dos breves ocasiones en el norte de Italia y en las tierras eslavas del este. El fin de esa situación —aunque mucho más grave que las anteriores— es justamente el que había de esperarse. Las fuerzas regulares y auxiliares del Imperio, destruyen el poder bárbaro cerca de Chalons, y la última y más feroz de las invasiones es barrida tan enteramente como lo habían sido las demás.

En general las irrupciones bárbaras fracasaron rotundamente apenas se tenía tiempo de trasladar las tropas imperiales para combatirlas.

¿Qué fueron, entonces, los supuestos éxitos bárbaros? ¿Cuál fué la naturaleza verdadera de la acción de Alarico, por ejemplo, y su saqueo de Roma, y cómo es que más tarde encontramos *reyes* locales ocupando el lugar de los gobernadores romanos?

La naturaleza real de la acción de individuos como Alarico, es completamente diferente del cuadro imaginario que nos ha proporcionado recientemente la pintoresca historia popular. Esa falsa historia nos da la impresión de un cabecilla bárbaro reuniendo a su clan para llevar a cabo un asalto victorioso sobre Roma. Considerad la verdad sobre Alarico y contrastadla con ese cuadro imaginario.

Alarico fué un joven noble de sangre goda, pero romano de nacimiento; a los dieciocho años fué destinado por la Corte Imperial a mandar una pequeña fuerza romana auxiliar, reclutada *originariamente* de los godos. Era tan oficial romano, tan incapaz de sentir de sí mismo en otros términos que no fueran los del ejército romano, como cualquier otro de sus colegas que rodeaban el trono. Recibió su cargo del Emperador Teodosio, y cuando Teodosio marchó sobre la Galia contra el usurpador Eugenio, contó a la división de Alarico entre las más fieles de su ejército.

Aconteció que los pocos auxiliares —en su mayoría godos— perecieron casi todos en esta campaña. Alarico sobrevivió. La división fué reconstruída por reclutamiento —no sabemos con quiénes, pero probablemente con gran variedad de individuos— y llevada a su potencia anterior. Aun se la llamaba *goda* pese a la diversidad de sus actuales integrantes, y todavía era conducida por él mismo, en su carácter de General Romano.

Alarico, después de este servicio al Emperador, fué recompensado con otras dignidades en la jerarquía militar romana. Como todos los soldados, ambicionaba los títulos militares y la extensión de su jurisdicción de mando.

Aunque menor de 20 años aun, y siendo tan sólo comandante de los auxiliares solicitó el título de *Magister Militum,* con las dignidades que acompañaban al más alto de los puestos militares. El Emperador se lo niega. Uno de los ministros comienza entonces a conspirar, juntamente con Alarico y le sugiere que reuna a su mando más tropas auxiliares y estorbe con ello a sus superiores. Alarico se rebela, marcha a través de la península balcánica hacia Tesalia y Grecia, descendiendo hasta el Peloponeso; los regulares marchan contra él (de acuerdo a ciertas versiones) y le obligan a retroceder a Albania.

Termina aquí su primera aventura. Es exactamente igual que las de cien generales romanos en el paso, y así serán las futuras. Permanece en Albania a la cabeza de sus fuerzas, y firma la paz con el gobierno, siempre desempeñando el cargo oficial que le confiriera el Emperador.

Intenta una nueva aventura para conseguir lo que ambiciona en Italia, pero sus huestes son diezmadas en Pollentia por el ejército italiano al mando de un general, de ascendencia tan bárbara, di-

gamos de paso, como Alarico, pero como él, enteramente romano en su educación y en sus ideas.

La cuestión no es en realidad más que una guerra civil entre varias ramas del servicio romano, y la motivan, como a todas las guerras intestinas romanas de cientos de años atrás, las ambiciones de los generales.

Alarico no pierde su cargo, aun después de esta su segunda aventura. Empieza a sembrar cizaña entre los poderes oriental y occidental del Imperio Romano. La gran invasión de Radagaiso interrumpe esa guerra civil. Esa invasión fué para Alarico, por supuesto, como para todos los demás oficiales romanos, una invasión de enemigos bárbaros. La circunstancia de que estos enemigos sean llamados por tal o cual nombre, le es indiferente. Vienen de las afueras del Imperio, y son en consecuencia, a sus ojos, nada más que la canalla. Ayuda a destruirles y son destruídos pronta y concienzudamente.

Finalizada la primera invasión, Alarico tuvo oportunidad de reiniciar las guerras civiles dentro del Imperio, y pidió se le pusiera al día su paga atrasada. El general Estilicón, su gran rival (vándalo por ascendencia) admitió el derecho de Alarico a tal cobranza, pero en esas circunstancias se produjo una oscura intriga palaciega motivada como todos los verdaderos movimientos de la época, no por diferencias raciales sino religiosas. Estili-

cón, de quien se sospecha que intentara restaurar el paganismo, fué muerto. En la confusión general que se origina, algunas familias de los auxiliares con guarnición en Italia son masacradas por la población civil. Y como Alarico es un general que se halla en rebelión parcial contra la autoridad imperial, a él se unen los auxiliares.

El número total de los hombres de Alarico era en aquel momento muy reducido; tal vez 30.000. No había en ellos ni rastro de nacionalidad definida, tratándose simplemente de un grupo de soldadesca descontenta, que no procedía del exterior; no eran invasores; formaban parte de las guarniciones regulares mucho tiempo atrás establecidas en el Imperio, y en lo que respecta a la situación, muchas guarniciones y tropas del mismo origen racial bárbaro, se pusieron de parte de las autoridades regulares, en el conflicto. Alarico marcha sobre Roma al mando de este ejército romano descontento, sosteniendo que ha sido defraudado en la paga que se le adeuda, y apoyándose en la popularidad de Estilicón, cuya muerte —expresa— ha de vengar. Sus 30.000 hombres reclaman la libertad de los esclavos bárbaros que se encuentran en la ciudad, y ciertas sumas de dinero que habían sido el motivo y el pretexto de la rebelión.

Como resultado, Alarico obtiene del Emperador la promesa de que percibirá su salario de general, y que se le concederá un distrito donde no

sólo podrá mandar sino también establecerse con los pocos que le seguían. Aun en la culminación de su triunfo, Alarico vuelve a solicitar el objeto del deseo más profundo de su corazón, el título supremo y enteramente romano de *Magister Militum,* el puesto más alto en la jerarquía del escalafón militar. Pero el Emperador se lo niega nuevamente. Alarico vuelve a marchar sobre Roma, en calidad de oficial romano seguido por tropas romanas rebeldes. Compele al Senado a designar a Atalo, Emperador nominal de occidente, y a Atalo, a que le confiera el deseado título. Su anhelo por poseerle denota el carácter eminentemente romano de la cuestión. Riñe luego Alarico con su títere, lo despoja de las insignias imperiales y las envía a Honorio; riñe con Honorio nuevamente, vuelve a entrar en Roma y la saquea; marcha hacia el sur de Italia, muere, y su pequeño ejército se dispersa.

He ahí la historia de Alarico, tal como aparece en los documentos, y tal como fué en realidad. He aquí la verdad que se oculta bajo la falsa imagen que el prejuicio anti-romano de la historia moderna ofrecía hasta hace poco al hombre culto.

Indudablemente, la historia de Alarico, su descontento por el salario y las condiciones de su cargo, sus correrías y el saqueo de la capital del Imperio, muestran cuán distinto fué el comenzar del siglo V, de la sociedad de trescientos años antes.

Es circunstancia sintomática de ese cambio, y sólo pudo operarse en un momento en que el gobierno central estaba decayendo. Pero es completamente distinto en su motivo y en su carácter social, del vago concepto al que se acostumbra al estudiante, de una enorme *invasión* bárbara, dirigida por un *señor de la guerra* germano, que se vuelca sobre los Alpes y se apodera por la violencia de la sociedad romana y de su capital. No hay tal cosa.

Si todo esto es verdad respecto de la dramática aventura de Alarico que ha afectado tan profundamente la imaginación humana, es más cierto aun en lo que respecta a los otros acontecimientos contemporáneos que la falsa historia pretende transformar en una *conquista* del Imperio por los bárbaros.

No hubo tal conquista. Lo sucedido fué una transformación interna de la sociedad romana, durante la cual las funciones principales del gobierno recayeron en los jefes de las fuerzas auxiliares del ejército romano. Y como tales fuerzas se componían entonces de elementos en general bárbaros, locales.

Sólo he tratado el caso particular de Alarico como si fuera una prueba para mi tesis, porque es el más familiar y el que generalmente más se deforma.

Pero lo que con respecto a él es cierto, lo es asimismo para los demás auxiliares en los ejércitos romanos —aun los vándalos probablemente eslavos—. Estos saquearon una provincia, Africa del Norte, y fueron ellos (ellos tan sólo, entre todas las tropas auxiliares) los que se rebelaron contra el sistema imperial y lo desafiaron durante un siglo. Pero antes de su aventura los vándalos ya formaban parte de las fuerzas imperiales; no eran sino un núcleo de la hueste mixta compuesta por los demás elementos rebeldes del país; y su experimento de separación se derrumbó para siempre frente a los ejércitos imperiales. Entretanto la sociedad del Norte de Africa, en la que vivían los rebeldes, y a la que casi arruinaron con su pésima administración, y sus variados reclutas, moros, esclavos prófugos y criminales, era y siguió siendo romana.

En lo referente al gobierno local de Italia, el caso es muy claro. Jamás hubo problema de *invasión* ni de *conquista*.

Odoacro desempeñaba un cargo regular romano; era soldado romano. Teodorico lo suplantó con permiso y órdenes del Emperador. El último y el mayor de los ejemplos, el de la Galia, nos manifiesta la misma verdad. Los burgundios eran auxiliares establecidos regularmente después de solicitar la ayuda del Imperio y la concesión para hacerlo. Clovis, el belga flamenco, no lucha contra un ejército imperial. Sus contendientes fueron oficiales romanos; su pequeña banda, quizá de

8.000 hombres, venció en una guerra civil reducida y particular que lo hizo señor del Norte sobre otros generales rivales. Defendió al Imperio contra las tribus bárbaras germánicas del Este. Se complacía en sus títulos de *Cónsul* y *Patricio*.

No hubo destrucción de la sociedad romana; no hubo solución de continuidad en las principales instituciones, de lo que es ahora el mundo occidental cristiano; no hubo mezcla considerable (en estas guerras civiles locales) de sangre germana, eslava o celta; ningún aumento apreciable al menos, de la cantidad de esa sangre que por intermedio de los numerosos soldados y mucho más numerosos esclavos había sido incorporada con anterioridad al mundo romano.

Pero en el curso de esta transformación en los siglos V y VI, el gobierno local cayó en manos de los que se encontraban al mando de las principales fuerzas locales del ejército romano, y éstos eran bárbaros por ascendencia porque el ejército se había convertido en bárbaro por reclutamiento.

Examinaremos a continuación la causa por la que el gobierno local sucedió al antiguo gobierno imperial centralizado, y cómo, en consecuencia, crecieron lentamente las naciones modernas.

CAPÍTULO IV

Los comienzos de las Naciones

La civilización europea, creada y continuada por la Iglesia Católica, es todavía, merced a su influencia, una. En la actualidad (como desde hace trescientos años), su unidad sufre la herida profunda y fiera de la Reforma. Las anteriores han sido curadas; pero la lesión moderna aun no, y deseamos que sea sanada porque la alternativa es la misma muerte. De todos modos la unidad, herida o íntegra, constituye aún la nota de la Cristiandad.

Forman hoy día esa unidad, varios grupos nacionales. Los del oeste, en forma especial, se hallan particularmente diferenciados. La Galia (o Francia, como la llamamos ahora) es una cosa separada. La península ibérica o hispánica (aunque dividida en cinco regiones particulares, y tres principales, cada una con su idioma, de las cuales Portugal es independiente en el orden político, del resto) es

otra cosa separada. El antiguo distrito europeo y romano del norte de Africa, ha sido casi totalmente reocupado por la civilización europea. Hace poco Italia apareció como otro grupo nacional unido. La provincia romana de Inglaterra (al sud de la frontera) formó una nación unida por un período más largo que cualquiera de las otras. A Inglaterra se ha anexado Escocia.

¿Cómo surgieron estas naciones modernas en la metamorfosis del Imperio Romano, de su simple condición pagana antigua a una compleja civilización cristiana? ¿Cómo se formaron las naciones exteriores al Imperio, viejas naciones como Irlanda, naciones nuevas como Polonia? Debemos hallarnos en condiciones de responder a estas preguntas si deseamos entender, no sólo el hecho de que la civilización europea ha sido continua (esto es, una en tiempo, como una en espíritu y espacio) sino también *porqué* y *cómo* fué preservada su continuidad. Porque una cosa somos y seremos todos los europeos. Desde el instante en que algo amenaza nuestra ética común, desde el interior, lo encaramos aunque tardíamente. Hemos olvidado la amenaza exterior; pero puede venir.

Nos es ya familiar la vieja y falsa explicación sobre el surgimiento de las naciones europeas. Ella nos impone de que los vigorosos bárbaros entraron en el Imperio Romano en gran número, lo con-

quistaron, se establecieron allí como señores y se dividieron sus varias provincias.

Hemos visto que tal descripción es fantástica, y que una vez aceptada, el sentido histórico de Europa queda destruído para el hombre.

Hemos visto que los bárbaros que irrumpieron a través de las defensas de la civilización en varias épocas (desde antes de los comienzos de nuestra historia documental; durante el período pagano anterior al Nacimiento de Nuestro Señor; durante el auge del Imperio en el siglo III, y nuevamente en los siglos IV y V) no tuvieron jamás la fuerza suficiente como para afectar esa civilización en su médula, y, en consecuencia, fueron invariablemente derrotados y absorbidos con facilidad. Eso debía ser así, porque estaba en el curso natural de las cosas.

Digo *en el curso natural de las cosas,* porque por espantosa que fuera la irrupción de los bárbaros en los lugares civilizados, aun en pequeña escala, la *conquista* de la civilización a sus manos será siempre y necesariamente imposible. Pueden contar los bárbaros con la fuerza necesaria como para *destruir* la civilización que violan, y haciendo tal, se destruyen conjuntamente a sí mismos. Pero es inconcebible que puedan imponer sus puntos de vista y su modo de ser a los hombres civilizados. *Dare leges,* es decir, *dar las leyes,* que es imponer

sus puntos de vista y su modo de ser, eso y no otra cosa es el conquistar.

Más aún: salvo condiciones muy excepcionales, un ejército civilizado, contando con su preparación, su disciplina y el conocimiento de las tradiciones guerreras, siempre concluirá por dominar a una horda. En el caso del Imperio Romano, los ejércitos de la civilización llevaron siempre la mejor parte, de hecho, en su lucha contra las hordas. Mario venció a los bárbaros, cien años antes del Nacimiento de Nuestro Señor, aun cuando los bárbaros no fueron deshechos antes de sufrir 200.000 bajas mortales. Quinientos años después, los ejércitos romanos vencieron a otra horda similar, la de Radagaiso, en su ataque a Italia, y esta vez también la enorme multitud perdió unos 200.000 hombres entre muertos y prisioneros, vendidos como esclavos. Hemos visto cómo los destruyeron los generales romanos, Alarico, y los otros.

Pero también hemos visto que dentro del ejército romano, ciertas tropas auxiliares (que probablemente conservaran en una ligera proporción, restos de su carácter tribal originario, y que en su lenguaje emplearon durante una o dos generaciones una mezcla de habla romana, jerga militar y las lenguas bárbaras originarias) asumieron una importancia cada vez mayor, al finalizar el período imperial —esto es, hacia el fin del siglo IV y al comenzar el V (de 350 a 450).

Hemos visto porqué estas fuerzas auxiliares continuaron acrecentando su importancia dentro del ejército romano, y hemos visto que sólo en cuanto *soldados romanos,* y como *parte de las fuerzas regulares de la civilización,* fué que adquirieron ese predominio y que sus oficiales y generales sólo actuando en calidad de oficiales y generales *romanos* pudieron representar el papel que representaron.

Los jefes de estas fuerzas auxiliares estaban educados invariablemente según la idiosincrasia romana. No conocían otra vida distinta de la que disfrutaban en el Imperio. Se consideraban soldados y políticos del Estado *en* el cual, y no *contra* el cual luchaban. Su actuación estaba circunscripta en el marco de las cosas romanas. Los auxiliares no conservaban recuerdos ni tradiciones de su vida bárbara allende las fronteras del Imperio, pese a que su raza provenía en parte de esas regiones. No tenían inclinación hacia la barbarie ni comunicación activa con ella. Los soldados auxiliares y sus generales, vivían y pensaban exclusivamente dentro de esos límites morales imperiales que defendían a las carreteras pavimentadas, a la arquitectura monumental uniforme, a las ciudades grandes y populosas, a la vid, al olivo, a la ley romana, y a los Obispados de la Iglesia Católica. Afuera estaba la selva, con la que nada tenían que ver.

Armados de ese conocimiento (que pone punto final a cualquier teoría fantástica sobre una presunta *conquista* bárbara) expliquemos el panorama que un hombre nacido cien años después que la última de las correrías con Radagaiso fué frustrada, hubiera contemplado en su edad madura.

Sidonio Apolinario, el famoso Obispo de Clermont Ferrand, vivió y escribió sus clásicas páginas en una fecha tal que el lapso que media entre ella y la aventura de Alarico y la derrota de Radagaiso podría ser llenado con la vida de un hombre; transcurrieron casi setenta años entre esos acontecimientos y su madurez. Un nieto suyo correspondería a nuestro espectador imaginario; un nieto de esa generación podría haber nacido antes del año 500. Ese hombre se hallaría respecto a la invasión de Radagaiso, el último atentado bárbaro, como se hallan hoy los ancianos de Inglaterra, respecto al motín de la India, a la Guerra de Crimea, a Napoleón II en Francia, y a la Guerra Civil en los Estados Unidos. Si ese nieto de Sidonio hubiese viajado por Italia, España y la Galia, he aquí la descripción de lo que hubiera visto: en todas las grandes ciudades, la vida romana transcurría tal como había transcurrido siempre, por lo menos en el aspecto exterior. El mismo idioma latino, por entonces un tanto degenerado, la misma vestimenta, la misma división en una minoría de hombres libres, una mayoría de esclavos, y unos pocos

señores ricos, a cuyo alrededor se agrupaban, en dependencia directa, no sólo los esclavos, sino también el conjunto de hombres libres.

En cada ciudad, asimismo, hubiese hallado un Obispo de la Iglesia Católica, miembro de esa jerarquía que reconocía que su centro y jefatura estaban en Roma. Por doquier la preocupación popular principal sería la religión, y la solución de las divisiones y dudas religiosas. Y por todas partes además, *excepto al norte de la Galia,* habría advertido la presencia de reducidos grupos de hombres ricos, relacionados con el gobierno, con nombres bárbaros y a veces, quizá, medianamente conocedores de las lenguas bárbaras.

Ahora bien, esos pocos pertenecían por regla general, a una secta especial: se les llamaba *arrianos,* herejes que se distinguían por su religión de la masa de sus conciudadanos, casi tanto como la minoría protestante de un condado irlandés se diferencia de la gran masa de sus conciudadanos católicos; y este era un punto de importancia fundamental.

Las pequeñas cortes principales estaban encabezadas por individuos que aunque cristianos (con la Misa, los Sacramentos y las otras prácticas cristianas) no estaban aún en comunión con el grueso de sus oficiales y sus contribuyentes. Habían heredado esa extraña posición religiosa debido a un incidente ocurrido en la corte imperial. En la

época en que sus abuelos recibieron el bautismo, aquélla aceptaba la herejía. En consecuencia, y por tradición familiar, habían llegado a considerar a su secta (que intentaba explicar racionalmente la doctrina de la Encarnación) como un motivo de jactancia. La juzgaban un raro título de preeminencia, y esa vanidad tuvo dos efectos: los separó de la masa de sus conciudadanos en el Imperio y determinó la incertidumbre de su tenencia del poder, destinada a pasar pronto a manos de los simpatizantes del gran núcleo católico, las tropas conducidas por los gobernadores locales del norte de Francia.

Hemos de tratar luego esta cuestión del arrianismo, pero primero es menester contemplar el estado de la sociedad a los ojos del supuesto nieto de Sidonio al comienzo de la Edad Oscura.

Escasas serían las fuerzas armadas que habría encontrado en los caminos durante el transcurso de su viaje; sus equipos, su disciplina, sus voces de mando, eran aún, pese a que en forma corrompida, los del antiguo ejército romano. No se habría registrado una ruptura en las tradiciones de ese ejército ni en su vida colectiva. Muchos de los cuerpos militares que encontrara a su paso, llevarían aún al frente la vieja insignia imperial.

La moneda que usaba y con la que pagaba sus consumiciones en las posadas, llevaba el cuño del Emperador que reinaba en Bizancio o la de uno

de sus predecesores, exactamente igual que un viajero en una colonia británica lejana usará hoy en día monedas con la efigie de los reyes ingleses, por más que esa provincia sea virtualmente independiente. Pero aun cuando el sistema monetario fuera enteramente imperial, vería a menudo en los pasaportes o en los recibos de los peajes y en otros documentos oficiales que tendría ocasión de utilizar, que junto al nombre imperial y subordinado al mismo figuraba el nombre del *jefe del gobierno local.*

Esto me lleva a la consideración de una característica distintiva de la sociedad del lugar, que no debemos exagerar pero que la distinguía enteramente de la forma de gobierno unida y realmente *imperial* que había abarcado a toda la civilización, cien o doscientos años antes.

Los descendientes de los oficiales que 200 ó 100 años antes sólo estaban encargados de las fuerzas regulares o auxiliares del ejército romano ocupaban ahora cargos casi independientes en calidad de administradores locales en las capitales de las provincias romanas.

Digamos, por fijar fecha, que en el año 550, esos funcionarios se consideraban aún como meros poderes provinciales dentro del único gran imperio de Roma. Ahora, en cambio, no había en Roma ningún poder central positivo que pudiera controlarlos. El poder central estaba lejos: en Constan-

tinopla. Se le aceptaba universalmente, pero no trataba de actuar.

Supongamos a nuestro viajero, interesado en algún asunto comercial que lo llevara a los centros del gobierno local en todo el imperio occidental. Visita París, Toledo, Ravena y Arles. Supongamos que ha concertado con buen éxito un negocio en España, lo que le ha obligado a obtener documentos oficiales. Debe ponerse en contacto, por lo tanto, con los *funcionarios* del verdadero *gobierno* de España. Doscientos años antes hubiera visto a los funcionarios y hubiera obtenido sus papeles, de un gobierno dependiente directamente de Roma. En los documentos no hubiera aparecido otro que no fuese el nombre del Emperador, y en los sellos, únicamente su efigie. A la sazón, en el siglo VI, los documentos se redactan de la misma manera que antes, y (por supuesto) en latín; todas las fuerzas públicas son aún romanas, la civilización posee aún el mismo carácter romano sin alteraciones: ¿no ha habido cambio? Veamos:

Para conseguir sus documentos en la capital, se le indicará que concurra al *Palatium*. Esta palabra no significa *palacio*. Hoy día, al decir *palacio* significamos la casa donde vive el gobernador real o nominal de un estado monárquico. Decimos el Palacio de Buckingham, el Palacio de St. James, el de Madrid, etc.

Pero el vocablo original *Palatium* tenía un significado muy diferente en la antigua sociedad romana. Significaba la *sede oficial* del gobierno, y en particular, el centro desde donde se impartían las órdenes relativas a los impuestos imperiales, y al que se pagaban esos impuestos. El nombre se tomó originariamente del Monte Palatino, en Roma, donde estaba ubicada la residencia particular de los Césares. Y a medida que la máscara de la ciudadanía privada iba siendo quitada por los emperadores, 600 ó 500 años antes, y a medida que los comandantes en jefe del ejército romano, eran cada vez más los verdaderos y absolutos soberanos, su residencia se hizo en proporción creciente, el centro oficial del Imperio.

El término *Palatium* se consagró así a un uso particular. Cuando el centro del poder imperial se trasladó a Bizancio, la palabra *Palatium* lo siguió; y finalmente fué aplicada tanto a los *centros locales* como a la ciudad imperial. En las leyes imperiales, en sus dignidades y honores, y en toda su vida oficial, el *Palatium* significa pues, el organismo del gobierno local o imperial. Y nuestro viajero imaginario de mediados del siglo VI llega así al *Palatium* español desde el cual, durante el transcurso de cinco siglos de régimen imperial, había sido gobernada localmente la península ibérica. ¿Qué encontraría allí?

Por empezar, se hallaría ante un numeroso grupo de empleados y funcionarios, igual al que siempre había ocupado los mismos cargos, extendiendo la misma clase de documentos extendidos muchas generaciones antes, usando ciertas fórmulas fijas, y en latín. Ningún dialecto local tenía aún importancia alguna. Pero también habría advertido que el edificio era utilizado para actos de autoridad, y que esos actos se cumplían en nombre de *cierta persona* (que ya no era el antiguo gobernador romano) *y su consejo.* Por lo común (al menos cada vez con más frecuencia) era el nombre de ese personaje local el que aparecía en los documentos, con prioridad sobre el del Emperador.

Consideremos con detenimiento a este nuevo personaje que ejercía su autoridad en España, y a su Consejo: porque de hombres como él y de los distritos que gobernaban, habrían de surgir luego las naciones de nuestro tiempo y sus familiares reinantes.

Lo primero que se notaría al llegar a la presencia de este personaje que gobernaba a España, sería que conservaba aún todas las insignias y costumbres del gobernador romano.

Ocupaba un trono similar al que había ocupado el delegado del Emperador, el delegado provincial. En los actos oficiales llevaría los ornamentos romanos; el orbe y el cetro eran ya símbolos suyos

(podemos suponer) como lo habían sido del Emperador y de los subordinados locales al Emperador que le habían antecedido. Pero este funcionario central difería del antiguo gobernador local al que había sucedido y en cuyo mecanismo impositivo sostenían su poder, en dos puntos esenciales.

Y eran: el primero, que estaba rodeado por un núcleo muy poderoso y hasta celoso, de *grandes;* y el segundo que no se le daba habitualmente el título imperial romano, sino que se le llamaba *Rex.*

Consideremos estos puntos separadamente.

Con respecto al primero, el emperador de Bizancio, y antes que él, del de Roma o Ravena, operaban (como se ve obligado a hacerlo aún el poder absoluto) por intermedio de una multitud de hombres. Se encontraba rodeado de dignatarios y de él descendían en la escala jerárquica, un grupo de funcionarios, a los más preeminentes de los cuales consultaba de continuo. Pero el Emperador no estaba ligado en forma oficial y regular a ese Consejo. Sus fórmulas administrativas eran fórmulas personales. De vez en cuando mencionaba a sus altos funcionarios, pero tan sólo por propia voluntad.

Este nuevo mandatario local que en forma gradual y casi inadvertida había sustituído a los anteriores gobernadores romanos, el *Rex,* era por el

contrario, parte integrante de su propio Consejo, y en todas sus fórmulas administrativas mencionaba al Consejo como a su coadjutor y asesor en las tareas de la administración. Esto se hacía necesario sobre todo (y es un aspecto muy importante) en todos los asuntos vinculados a los fondos públicos.

No debemos imaginarnos ni por un instante que el *Rex* dictaba leyes o edictos o (lo que es mucho más común y mucho más vital) que imponía contribuciones, dominado o sujeto al consentimiento de los *grandes* que lo rodeaban. Al contrario, su palabra era pronunciada con el carácter absolutista que había distinguido a los gobernadores imperiales en el pasado, y en realidad no hubiera podido hacerlo de otro modo, porque toda la organización heredada suponía como fundamento, el poder absoluto. Pero sin embargo ya se decía que algunos menesteres se habían llevado a cabo *con* el concurso de los *grandes,* y la palabra *"con"* tiene en este caso una gran importancia. Las fórmulas de los documentos oficiales de la época, componían una media docena de frases usuales que se basaban todas en esa idea de Consejo, y que estaban encabezadas por lo general, así: *"N. N.* Rex *ordena y manda* (de acuerdo con sus principales) *que tal cosa... sea hecha".*

En cuanto al segundo punto, notamos el cambio del título. La autoridad del Palatium es un *Rex;*

no es ni un Legado ni un Gobernador, ni un enviado del Emperador, ni un hombre designado directa y necesariamente por él, sino un *Rex.* ¿Y cuál es el significado del vocablo *Rex?* Se lo traduce comúnmente por *"rey".* Pero no significa nada de lo que significa *"rey",* tal como lo aplicamos hoy, o como se aplicó durante varios siglos. No significa tampoco *gobernante de un extenso territorio independiente.* Cuando se usa para nombrar a esos gobernantes locales de fines del Imperio Romano tiene dos significados combinados: 1º: el de *jefe* de un *grupo de soldados* auxiliares que tiene una misión imperial, y 2º: ese mismo individuo en cuanto actúa como gobernador local.

Muchos siglos antes, mil años antes sin duda, *"Rex"* designaba al principal en la pequeña ciudad de Roma y su distrito circundante, o de algún reducido estado vecino análogo. En el latín había conservado siempre una lejana connotación con ese significado. A menudo se la usaba en la literatura latina como usamos la palabra *"rey"* para significar al jefe de un estado grande o pequeño. Pero aplicada a los gobernantes locales del siglo V, en la Europa occidental, no tenía ese empleo. Significaba, repito, el *Jefe,* o *Cabecilla* u *Oficial Jefe de Auxiliares.* Un *Rex* no era pues, en España o en la Galia, un *rey* en el sentido moderno de la palabra. Era tan sólo el jefe militar de cierta fuerza armada. Originariamente era comandante

(hereditario, electo, o designado por el Emperador) de una fuerza auxiliar que prestaba servicios como parte del ejército romano. Luego, cuando las tropas —reclutadas en un principio quizá en algún distrito bárbaro— devinieron lentamente un cuerpo mezcla de policial y de noble, su nombre original se extendería a todo el ejército local. El *Rex,* verbigracia, de los auxiliares bátavos, el comandante del cuerpo bátavo, sería probablemente un individuo de sangre bátava, tal vez con cargo hereditario, y se le llamaría *Rex Batavorum.* Después cuando se mezcló el reclutamiento, conservaría el título, y finalmente a pesar de la desaparición de los bátavos, permanecería con su título estable.

No había posibilidad de similitud entre las palabras *Rex* e *Imperator,* como no la hay entre *Unión Minera* o *Junta del Trabajo,* e *Inglaterra.* No había, claro está, ninguna especie de equivalencia. Un general romano, en la primera parte del proceso, al planear una batalla, consideraría a un *Rex* como nosotros consideramos a un General de División. Diría: *"Pondré a mis regulares en el centro. A mis auxiliares* (hunos, godos, francos, o lo que fuesen) *los pondré aquí. Llamaré a su* Rex *y le daré sus órdenes".*

En tal sentido, un *Rex* era súbdito, y a veces un súbdito poco importante, del *Imperator* o Emperador, siendo éste, como recordamos, el Comandante en Jefe del Ejército Romano, institución en la que durante tantos siglos se había apoyado el estado romano, o el Imperio, o la civilización.

Cuando al ejército romano se comenzaron a anexar tropas auxiliares (ejercitadas, eso sí, a la manera romana, y formando un todo indistinto con las fuerzas romanas, pero contratadas por así decirlo *a granel),* los jefes [5] de estos cuerpos bárbaros, a menudo reducidos, fueron llamados en el lenguaje oficial *reges.* De ese modo, Alarico, oficial romano y nada más que oficial romano, era el *Rex* de su fuerza auxiliar designada oficialmente; y desde que el núcleo de esa fuerza había sido *otrora* un pequeño grupo de godos, y en razón de que Alarico tenía un puesto hereditario de oficial de esa fuerza auxiliar, porque sus ascendientes habían sido jefes de los godos, la palabra *Rex* se unía a su designación oficial en el ejército romano, y se le añadía el nombre de la tribu bárbara a la cual su nombre se hallaba vinculado. Era *Rex* de las tropas auxiliares romanas llamadas *godas.* El *Rex* en España, era el *Rex Gotorum,* y no el *Rex Hispaniae,* que fué concepto muy posterior. El *Rex* en el norte de Francia no era el *Rex Galliae,* sino el *Rex Francorum;* en cada caso era el *Rex* de la fuerza auxiliar determinada que había recibido de sus antepasados —a veces muchas generaciones an-

[5] *O cabecillas (N. del T.).*

tes— la misión imperial y el derecho de ser oficiales del ejército romano.

Tendremos así al *Rex Francorum,* o rey de los francos, titulado de ese modo en el Palatium de París, aproximadamente en el año 700 de Nuestro Señor. No porque a la sazón sobreviviera algún cuerpo de *francos* separado —hubo un par de regimientos (6) doscientos años antes, desaparecidos hacía un tiempo— sino porque el título original derivaba de una fuerza auxiliar romana, integrada por francos.

En otras palabras, el antiguo poder legislativo e impositivo local romano, cuya realidad se basaba en el viejo mecanismo romano sobreviviente, compuesto por una jerarquía de funcionarios con sus títulos, decretos, etc., estaba en manos de un hombre llamado *Rex,* esto es, el *Comandante* de tal o cual fuerza auxiliar; Comandante de los francos, por ejemplo, o Comandante de los godos. En el 550 mandaba aún una pequeña fuerza militar de la que dependía el gobierno local, y en este reducido ejército, los bárbaros probablemente predominaban todavía, porque como hemos visto, hacia el fin del Imperio el elemento humano del ejército era ya bárbaro, y la fuerza armada se reclutaba principalmente entre los bárbaros. Pero aquel pequeño cuerpo militar estaba también muy mezclado. Más de un esclavo o liberto romanos, compelidos por su mala situación se alistarían en vista de los privilegios y grandes ventajas que podían obtener (7); a nadie le interesaba en lo más mínimo si las fuerzas que amparaban a la sociedad, fueran romanas, galas, italianas o germanas, por su origen racial. Eran de toda clase y origen. Poco después —el año 600 a lo más— el ejército se hallaba convertido en una leva universal de cualquier hombre, y las restricciones raciales habían sido olvidadas, salvo en algunas raras costumbres que tenían ciertas familias por derecho hereditario, y que llamaban sus *leyes.*

Es más: ningún *Rex* concibió la idea de rebelarse contra el Imperio. Todos sin excepción ejercían su cargo y su autoridad militar por encargo del Imperio. Todos derivaban su poder, de los funcionarios nombrados oficialmente en calidad de mandatarios imperiales. Cuando, de hecho, cayó el poder del Emperador, el *Rex de hecho* administró todo el mecanismo gubernamental, sin control.

Pero no hubo *Rex* alguno que intentara emanciparse del Imperio, o luchara por independizarse

(6) *Hay constancias documentales. La mayor parte de los auxiliares francos fueron bautizados con su general. No eran más de 4.000 hombres.*

(7) *De ahí las* leges *o códigos que regulaban especialmente la situación legal de estas tropas romanas, llamados en los documentos,* leyes de los godos *o* de los burgundios, *según el caso. En algunas de ellas perduran restos de antiguas costumbres bárbaras, a veces una regla exclusiva sobre el matrimonio. Pero en conjunto, estaban compuestas, lo que es obvio, de privilegios romanos.*

del Emperador. El *Rex,* el hombre local, tomó en sus manos los hilos del gobierno, porque el gobierno antiguo del que había dependido, el gobierno central, faltaba. Jamás un *Rex* se llamó a sí mismo *Imperator,* ni soñó en tal cosa; y este es el hecho más significativo en la transición entre la civilización plena del antiguo Imperio y la Edad Media. Los ejércitos romanos que habían invadido la Galia, España, Alemania Occidental y Hungría, lucharon por conquistar, por absorber, para ser dueños y hacedores de las naciones ocupadas. Pero en la transición operada más tarde, ningún *Rex* de tropas vándalas, godas, hunas, francas, bereberes o moras soñó nunca en tal cosa. Pudo luchar contra otro *Rex* local para obtener parte de su poder impositivo o de su tesoro. Pudo tomar parte en las grandes luchas religiosas (como sucedió en Africa) y comportarse tiránicamente con la mayoría disidente, pero no entendió jamás una lucha contra el *Imperio* como tal, ni el *conquistar* y *regir* una *población sometida;* en teoría, el Imperio dependía aún de un solo control.

He aquí, pues, la imagen del que manejaba el mecanismo gubernamental durante el período de su corrupción y transformación, que siguió a la caída de la autoridad central. Clovis, en el Norte de Francia, el caudillo burgundio en Arles, Teodorico en Italia, más tarde Atanaguildo en Toledo, España, ocuparon todos un cargo en la ininte-

rrumpida administración romana, que trabajaba en un todo de acuerdo con sus normas, y cuyo instrumento de administración era conocido por todas partes con el nombre oficial romano de *Palatium.*

Sus familias eran de ascendencia bárbara; contaban como fuerza armada con una institución militar derivada de las fuerzas auxiliares romanas; frecuentemente y en especial, durante los primeros años de su poder, hablaban un idioma mixto y en parte bárbaro (8) con más facilidad que el latín puro; pero cada uno de ellos era un soldado del Imperio decadente, y se consideraba parte de él; nunca, ni aun en concepción, un enemigo.

Cuando apreciamos estos detalles podemos comprender cuán insignificantes eran esos cambios de frontera que producen un efecto tan grande en los atlas históricos.

El *Rex* de una u otra fuerza auxiliar, muere y divide su *reino* entre dos hijos. ¿Qué quiere decir? No que una nación con sus costumbres y su forma administrativa haya sido dividida repentinamente en dos, y mucho menos hubo lo que hoy se llama *anexión* o *separación* de estados; significa, senci-

(8) *Los dialectos bárbaros que se hablaban fuera del Imperio, ya se hallaban en gran parte latinizados debido al comercio romano y su influencia, y por supuesto, los que llamamos* idiomas teutónicos, *son en realidad semiromances, desde mucho tiempo antes de la época de nuestros primeros documentos completos de los siglos VIII y IX.*

llamente, que el honor y la ventaja de administrar se repartían entre los dos herederos, que toman, uno, una parte, y el otro, la otra; partes donde cobrarán los impuestos y de las que tendrán beneficios personales. Debe recordarse siempre que el privilegio personal recibido de ese modo era siempre muy pequeño si se le compara con el monto total de la renta que había de administrarse, y que el conjunto de las cargas públicas manejado por la magistratura, los funcionarios de la tesorería, y los demás, seguía siendo impersonal y fundamentalmente imperial. Esta esfera gubernamental de funcionarios y empleados públicos vivía su propia vida, y sólo "in abstracto" dependía del *Rex*, que no era más que el sucesor del principal funcionario romano local (9).

Por otra parte, el *rex* siempre se nombraba con un título romano *inferior*, tal como *Vir Inluster*, y nunca con uno superior; tal como un inglés puede ser llamado *Sir Charles N. N.* o *Lord N. N.*; y frecuentemente como en el caso de Clovis no sólo aceptaba directamente del Emperador romano un cargo determinado, sino que además observaba las

(9) *Los atlas históricos populares rinden un flaco servicio a la educación, con su estilo de colorear esos distritos como si fueran naciones modernas independientes. La división real hasta la culminación del feudalismo, fué entre Cristianos y Paganos, y entre los primeros, de Oriente y Occidente, griego y latino.*

antiguas prácticas populares romanas, tales como las dádivas y el desfile, al asumir el cargo.

Ahora bien: ¿por qué este hombre, este *Rex* no permaneció en Italia, en la Galia, o en España, en su cargo de Gobernador romano local? Si no se conociera algo más sobre esta sociedad, uno se imaginaría que debió haberlo hecho.

Las pequeñas fuerzas auxiliares de las que fuera caudillo se fundieron rápidamente en el cuerpo del Imperio, tal como lo hicieron siglos antes las muy mayores de esclavos y colonos también bárbaros en su origen. El cuerpo de la civilización era uno, y nos asombramos al principio de que esta unidad moral no continuó siendo representada por un monarca central. Pese a que la civilización proseguía decayendo, sus formas —pensaríamos— pudieron permanecer inmutables, y la unión teórica de cada uno de esos subordinados al Emperador romano en Constantinopla, deberían haber durado indefinidamente. De hecho, el recuerdo de la vieja autoridad central del Emperador, se fué olvidando gradualmente; y el *Rex* y su gobierno local en tanto que devinieron más débiles, devinieron al mismo tiempo, entidades más aisladas. Llegó a acuñar su propia moneda, y a tratar directamente como un gobernante independiente en absoluto. Por fin, esbozóse en la mente humana, la idea de los *reyes* y de los *reinos*. ¿Por qué?

Es en el Consejo permanente de los grandes que rodean al *Rex,* organismo mediante cuyo intermedio se hacen todas las cosas, que debe buscarse la razón de ese lento cambio en la naturaleza de la autoridad, de la disolución gradual en el oeste de los lazos del Imperio Romano del este —o sea, con el gobierno supremo de Constantinopla— y del surgimiento de la *nación* moderna en torno de los gobiernos locales de los *reges.*

Este Consejo permanente era la expresión de tres fuerzas que estaban transformando la sociedad: primero, cierto vago sentimiento nacional subyacente, más antiguo que el Imperio: el galo, el británico, el íbero; segundo, la fuerza económica de los grandes terratenientes romanos; y, finalmente, el organismo viviente de la Iglesia Católica.

En el aspecto económico o material de la sociedad, los grandes terratenientes constituían la realidad principal de la época.

No conocemos estadísticas que nos sirvan de guía. Pero los hechos de aquel período, y la naturaleza de sus instituciones, son tan convincentes como las estadísticas más detalladas. En España, en la Galia, y en Italia, como en Africa, el poder económico se había concentrado en manos de muy pocos hombres. Unos pocos cientos de hombres y mujeres, varias docenas de corporaciones (especialmente las sedes episcopales) habían llegado a poseer en propiedad la mayor parte de las tierras

donde vivían millones y millones de personas, y junto con la tierra, la mayor parte de los enseres y los esclavos.

En cuanto a la ascendencia de los grandes terratenientes, nadie la inquiría ni a nadie le preocupaba. A mediados del siglo VI, tal vez sólo una minoría era aún de sangre pura, pero ciertamente ningún individuo era enteramente bárbaro. Las tierras abandonadas o confiscadas, ya por el decrecimiento de la población o por efectos de las guerras interminables y las plagas, estaban en poder del *Palatium,* que volvía a adjudicarlas (con el acuerdo expreso del *Consejo de los grandes)* a nuevos poseedores.

El reducido grupo que había venido en calidad de séquito y de dependientes del *cabecilla* de las fuerzas auxiliares, se beneficiaba enormemente; pero lo que realmente interesa a la historia de la civilización, no es el origen de estos propietarios inmensamente ricos (que era mixto), ni su sentido racial (que después de todo, no existía), sino el hecho de que fueran tan pocos. Ello explica lo que había sucedido y lo que iba a suceder.

La clave de la declinación material del Imperio, es la circunstancia de que un puñado de hombres, porque no eran más que un puñado, tuvieran en sus manos el control de los destinos económicos de la humanidad —resultado de siglos de evolución romana en tal sentido—. Si la consideramos con

sensatez, será una lección objetiva para nuestra propia política actual.

La decadencia del poder imperial se debió principalmente a esta extraordinaria concentración del poder económico, en manos de unos pocos. Fueron estos pocos grandes terratenientes romanos, quienes en cada gobierno local dotaban a cada uno de los nuevos administradores, a cada nuevo *Rex,* de una tradición del poder imperial, les inspiraban el temor aparejado al viejo nombre del Imperio, y a la fuerza armada que connotaba: por doquier el *Rex* había de tener en cuenta la potencia de esta riqueza reconcentrada. Fué ese el primer elemento del *Consejo de grandes* permanente, característica distintiva de la época, en cada localidad, y que consumió al antiguo poder local oficial, imperial y absoluto.

Había sin embargo, como he dicho, otro elemento mucho más importante en el *Consejo de los grandes,* además del constituído por los terratenientes: fué la Jerarquía de la Iglesia Católica.

Cada ciudad romana de la época contó entre sus habitantes con un personaje principal, que conoció la vida ciudadana mejor que ningún otro, y que por sobre todos tuvo el predominio de la influencia en la moral y en las ideas, y que en muchos casos fué el *administrador* real de sus asuntos. Esa persona era el Obispo.

En toda la Europa occidental de aquel momento histórico la preocupación y el interés humanos no versaban ni sobre las cuestiones raciales ni aun sobre la prosperidad material, sino acerca de la religión. El gran duelo entre el Paganismo y la Iglesia Católica, después de dos largos y arduos siglos de lucha, se había decidido en favor de esta última. La Iglesia Católica, de pequeña pero definida y tenaz organización dentro del Imperio, y de él enteramente antagonista, se había convertido, *primero,* en el único grupo de hombres que sabía lo que quería (A. D. 200); luego en religión oficial (A. D. 300); y *finalmente,* en el principio político cohesivo de la gran mayoría de los seres humanos (A. D. 400). El hombre moderno podrá apreciar con claridad el fenómeno, si sustituye *credo* por *capital,* y *fe* por *civilización industrial.* Porque así como el hombre moderno se interesa en especial por lograr la gran fortuna, y en persecución de su objeto deambula de un país a otro, desechando sin concederles importancia, los otros problemas de su época, así el hombre de los siglos V y VI, volcaba su inquietud y su ansiedad, en la *unidad* y en la *exactitud* de la religión. Su única preocupación era que triunfase la religión de la Iglesia Católica, la religión a que se había convertido el Imperio. Por *eso* se exilaban; por *eso,* hubieran corrido y corrían grandes riesgos, y todas las demás cosas eran secundarias, ante *eso.*

La Jerarquía católica, que contaba a la sazón con un enorme poder civil y económico al par que religioso, no fué la creadora de ese espíritu sino tan sólo, su conductora. Y vinculados a esa preocupación de la mente humana, aparecen en el siglo IV para desarrollarse en el V y el VI, dos factores. El primero es el deseo de que la Iglesia viviente sea tan libre como pueda serlo; en consecuencia, la Iglesia Católica y sus ministros aclaman el acrecentamiento del poder local en cuanto se opone al centralizado. Lo hacen en forma inconsciente, pero no por eso menos enérgica. El segundo factor es el arrianismo, del que vuelvo a ocuparme.

El arrianismo que tanto por su éxito material y su larga duración, como por su concepto de la religión y la naturaleza de sus concesiones se asemeja en modo singular al movimiento protestante de los últimos siglos, se desarrolló en calidad de herejía oficial, y de moda, en la corte, opuesta a la ortodoxia de la Iglesia.

La corte imperial —luego de muchas variantes— la abandonó finalmente, pero persistió la tradición por mucho tiempo después, y (en muchos lugares de que el arrianismo representaba a las personas *pudientes* y de vida *respetable*).

Además, la mayor parte de los bárbaros que habían tomado servicio como auxiliares en las fuerzas romanas (los *godos,* por ejemplo, aunque ese término genérico todavía en uso no tenía ya significado alguno de nacionalidad) había recibido el bautismo de fuente arriana, a fines del siglo IV, cuando el arrianismo estaba *de moda.* Así como en el siglo XVIII los colonos e inmigrantes de Irlanda, aceptan el protestantismo como *aristocrático* y *progresista* (los hay aún algunos tan provincianos que piensan así), del mismo modo, el *Rex* en España y el *Rex* en Italia tenían una tradición familiar; ellos, y los descendientes de sus camaradas provenían del que había sido el modo *superior* y *cortesano* del pensamiento.

Eran *arrianos,* y eso los enorgullecía. El número de estos poderosos herejes en la pequeña corte local era reducido, pero su efecto pernicioso en demasía.

Era la gran disputa y el gran problema de la época.

Nadie se preocupaba por la raza, pero los ánimos estaban caldeados al extremo con respecto a la forma definitiva de la Iglesia.

El populacho tenía la sensación de que si el arrianismo triunfaba, Europa se perdería; porque al arrianismo le faltaba visión. Era en esencia el vacilar en la aceptación de la Encarnación, y en consecuencia habría inducido tarde o temprano a negar el sacramento; y a la larga se hubiera perdido como se ha perdido el protestantismo, en la nada. Esa decadencia de *imaginación* y voluntad, hubiese sido fatal a una sociedad decadente en la

faz material. Si el arrianismo hubiera triunfado, la añeja sociedad europea habría perecido.

Mas aconteció que entre todos los administradores locales que se estaban independizando rápidamente rodeados de una corte poderosa, sólo *uno* no era arriano.

Y fué el *Rex Francorum,* o caudillo de la pequeña fuerza bárbara auxiliar de los *francos* introducida en la trabazón romana, desde Bélgica y los bancos del bajo Rin. Este cuerpo, en la época en que se operó la transformación del antiguo sistema imperial en los comienzos de las naciones, tenía sus cuarteles en la ciudad romana de Tournai.

Un joven cuyo nombre romano era Clodovicus, y a quien sus padres llamaban por un nombre que sonaría algo así como Clodovig (no tenían lenguaje escrito) sucedió a su padre, un oficial romano [10], en el generalato de este pequeño cuerpo de tropas, a fines del siglo V. Al contrario de otros generales auxiliares, era pagano. Después de rechazar junto con otras fuerzas del ejército romano, a uno de los últimos invasores bárbaros, cerca de la frontera en el pueblo romano de Tolbiacum, y de llegar al poder de la administración local en el norte de la Galia, no pudo sino asimilarse a la civilización con la que se había mezclado, siendo bautizados él y la mayoría de sus hombres. Con

(10) *Era probablemente jefe de auxiliares. Su tumba, que ha sido hallada, es enteramente romana.*

anterioridad había contraído enlace con una mujer cristiana, la hija del *Rex* burgundio; pero de todos modos esa conclusión era inevitable.

El punto histórico que reviste verdadera importancia no es precisamente el hecho de que haya sido bautizado; porque el bautismo de un general auxiliar, era a fines del siglo V algo tan común como que un comerciante oriental de Bombay que ha recibido el título de Lord o Baronet en Londres, en nuestros días, lleve saco y pantalón. Lo importante es que fué recibido y bautizado por *católicos* y no por *arrianos,* en el tráfago de aquella lucha enorme.

Clodovicus —conocido en la historia por Clodoveo— provenía de un lugar remoto, de la civilización. Sus hombres no estaban contaminados por la atracción corriente hacia el arrianismo; no entendían estuviese *de moda* o que fuera *elegante* el adoptar para sí la vieja herejía cortesana que ofendía a las masas de los pobres de Europa. Y cuando el *Rex Francorum* se estableció en París —hacia el año 500— y comenzó a administrar la Galia del norte, el peso de su influencia fué volcado con el sentimiento popular contra los *reges* arrianos de Italia y España.

Las nuevas fuerzas armadas del *Rex Francorum,* compuestas con un reclutamiento general, siguiendo la vieja tradición romana, y decididas a lograr una solución definitiva mediante la batalla, llevan

la administración católica ortodoxa por toda la Galia. Echan al *Rex* arriano de Toulouse, ocupan el valle del Ródano. Y por un momento parecía que estaban dispuestas a apoyar en sus demandas al pueblo católico contra los oficiales arrianos en Italia.

De cualquier modo, su defensa de la religión popular y general contra los pequeños cuerpos administrativos arrianos del *Palatium* de esta o aquella región, de perniciosa influencia, constituía una razón de mucho peso para que el pueblo encabezado por los obispos no bregara por la independencia del *Rex Francorum*. Fué por lo tanto, e indirectamente, un arma de enorme potencia para terminar con la ya (500-600) decadente y casi olvidada unidad administrativa del mundo romano.

Bajo el influjo de esas fuerzas —el poder episcopal en cada pueblo y distrito, la creciente independencia de los pocos e inmensamente ricos terratenientes, y la ocupación del *Palatium* y de su mecanismo oficial por los caudillos de las antiguas fuerzas auxiliares— la Europa Occidental desplazó con lentitud extrema su base política.

Durante tres generaciones más, las casas de moneda continuaron acuñando con la efigie imperial. Los nuevos gobernantes locales no tomaron nunca, ni soñaron en tomar el título imperial; aun se conservaban las carreteras, y la tradición romana y las artes de la vida, aunque corrompida,

no se perdió jamás. En la cocina, en el vestido, la arquitectura, la ley, y en todo lo demás, el mundo era romano. Pero la unidad visible del Imperio occidental o latino no sólo carecía de un centro civil y militar, sino que poco a poco fué perdiendo la necesidad de tenerle.

Hacia el año 600, aun cuando nuestra civilización era todavía una, como lo ha sido siempre, desde el canal hasta el Desierto del Sahara, y aun cuando (por intermedio de misioneros) extendía su efecto algunas millas al este de la antigua frontera romana allende el Rin, los hombres ya no pensaban con respecto a esa civilización, como de una extensión perfectamente definida en cuyo interior pudieran encontrar la autoridad civil de un solo organismo. Los hombres ya no hablaban de nuestra Europa como de la *Res publica,* o *cosa pública.* Se estaba convirtiendo en un conjunto de divisiones pequeñas y a menudo superpuestas. Las cosas más antiguas que las instituciones políticas claramente definidas, y que yacen bajo ellas como fundamento, las leyendas populares y los sentimientos comunes hacia la localidad y sus alrededores, surgían por doquier; los grandes terratenientes aparecían como gobernantes casi independientes, cada uno en sus propias posesiones (aun cuando las numerosas de un solo hombre se hallaran a veces muy separadas).

El lenguaje diario se dividía ya en infinidad de jergas.

Algunos de estos dialectos eran de origen latino; otros, como en Alemania y en Escandinavia, mezclas de Teutón y Latín; algunos, como en Bretaña, eran Celtas; otros, en los Pirineos occidentales, Vascos; al norte de Africa suponemos que la lengua original de los Bereberes volvió a dominar; también el Púnico puede haberse conservado allí en algunos pueblos y villorrios [11]. Pero el hombre no se preocupaba del origen de esa diversidad. La unidad común que sobrevivía, tenía su expresión en la lengua latina fija, la lengua de la Iglesia; y la Iglesia, suprema ya en todas partes, por la decadencia tanto del arrianismo como del paganismo, era el principio vital en esta enorme extensión occidental.

Así aconteció en la Galia, y en la pequeña franja a ella anexada que surgía en las Germanias al este del Rin; así aconteció con casi toda Italia y Dalmacia, y lo que hoy llamamos Suiza, y con parte de la que hoy conocemos por Baviera y Baden; con lo que hoy llamamos España y Portugal; y así aconteció (después de aventuras locales de carácter similar, seguidas de una reconquista contra los arrianos, por los oficiales y ejércitos imperiales) con Africa del Norte y una franja de Andalucía.

(11) *Hay pruebas de que perduró hasta el siglo V.*

Pero *una* parte de *una* provincia *sufrió* un cambio limitado y local, pero agudo. En una faja fronteriza larga y angosta ocurrió algo mucho más similar a un éxito bárbaro con sus consiguientes resultados, que lo que podía mostrar todo el continente [12]. Hubo allí una verdadera solución de continuidad con la cosa romana.

Esta zona excepcional fué la franja costera oriental de la provincia británica; y hemos de preguntarnos a continuación: *¿Qué sucedió en Bretaña, cuando el resto del Imperio se transformaba, después de la caída del poder imperial central?* Si no podemos responder a esta pregunta no podremos tener una imagen exacta de la continuidad de Europa y de los primeros peligros pese a los cuales, esa continuidad ha perdurado.

Me dedicaré, pues, a contestar esa pregunta: ¿Qué sucedió en Bretaña?

(12) *Lo que sucedió en el Danubio fué similar, pero no tan marcado. Allí también decayó la Iglesia.*

CAPÍTULO V

Lo ocurrido en Gran Bretaña

He escrito hasta ahora cuatro secciones de este ensayo. Mi objeto fué el de demostrar en él, que el Imperio Romano no pereció nunca, sufriendo tan sólo una transformación; que la Iglesia Católica aceptada por el organismo imperial en su madurez fué la causa de su supervivencia, y que ha sido en aquel origen de Europa, y desde entonces lo es para siempre, el alma de nuestra civilización occidental.

En el primer capítulo esbocé la naturaleza del Imperio Romano; en el segundo, la naturaleza de la Iglesia dentro del Imperio Romano, antes de que la civilización ya madura hubiera aceptado la Fe; en el tercero traté de exponer al lector la transformación y la decadencia material (era también una *resurrección)* llamada erróneamente la *caída* del Imperio Romano; en el cuarto presenté un cuadro de la sociedad ante los ojos de un ob-

servador colocado, en el tiempo, después de la crisis producida por esa transformación, y a principios de lo que hoy se llama la Edad Oscura —los comienzos de las modernas naciones europeas que se han diferenciado superficialmente de la vieja unidad romana.

Desearía haber contado con espacio suficiente para describir cientos de otros hechos y detalles contemporáneos que facilitaran al lector la comprensión de la magnitud y la significación de la metamorfosis de los tiempos paganos en tiempos cristianos. Hubiera tratado, en particular sobre la transformación de la mente europea, con su aumento de seriedad, su creciente desprecio por las cosas materiales, y su resolución sobre el último destino del alma humana, que sellaba en su firme conclusión sobre su inmortalidad y su sujeción a un destino consciente.

La doctrina de la inmortalidad *personal* constituye la nota preponderante del europeo y el mayorazgo del europeo sobre el mundo todo.

Su sede original —mucho antes del principio de la historia— fué tal vez Irlanda, luego Bretaña, siendo definida después ya en Bretaña, ya en la Galia. Ejerció una influencia creciente en Grecia, y aun entre los judíos antes de ser subyugados por los romanos. Pero perduró bajo la apariencia de una opinión, de una idea que asomaba entre las sombras, hasta que fué contemplada en toda su

fuerza y esplendor en la plena luz de la Iglesia. Es extraño que Mahoma, que en la mayor parte de su doctrina reaccionó contra la debilidad de la carne y del espíritu, adoptara en su integridad esta doctrina occidental; y vigorizó su sistema. Por doquier la doctrina de la inmortalidad es el signo distintivo de la inteligencia y voluntad superiores, especialmente en contraste con el débil panteísmo y las negaciones asiáticas. Por doquier acompaña a la salud y a la decisión.

La única razón contraria valedera (también europea pero rara, sin fundamento y particular) consiste en la afirmación audaz de la muerte total y final. La transformación del Imperio Romano, fué, pues, a la sazón, su misma conservación, en el peligro del derrumbe total, por intermedio de su aceptación de la Fe.

Pudiera yo haber agregado a todo esto la continuada negligencia en las artes plásticas y en las letras, el continuo crecimiento en santidad, y todas esas a guisa de *salazones* que conservaron a la civilización y la mantuvieron unida hasta que después del largo retiro de la Edad Media, descubrió una oportunidad para revivir.

Pero la carencia de espacio no me ha permitido estas descripciones. Y debo tornar ahora al último, y para mis lectores el principalísimo de los problemas históricos que presenta el comienzo de la Edad

Oscura; ese problema es el del destino de Gran Bretaña.

La importancia de dejar bien sentado lo ocurrido en Gran Bretaña, cuando cayó el gobierno central romano, no radica en el hecho de que una conclusión histórica pueda de un modo u otro afectar a la verdad. Vean o no los hombres su unidad, la civilización europea es todavía una. La Iglesia Católica es su alma, aunque los hombres lo sepan o no. Pero el problema que representa el destino corrido por Gran Bretaña, en ese momento crítico en el que las provincias del Imperio Romano se independizan de todo poder secular común, tiene la siguiente importancia en lo práctico: que aquellos que lean en versión errónea, y den a sus lectores una solución falsa (como la escuela protestante alemana y sus secuaces en el país, Freeman, Green, y los demás, lo hicieron) no sólo suministran argumentos contra la unidad propia de nuestra historia europea, sino que provocan una desviación mental. Los engañados por las versiones falsas sobre la suerte que cupo a Gran Bretaña a principios de la Edad Oscura, dan por ciertas a la vez muchas otras cosas que son históricamente falsas. Sus presunciones confunden u ocultan otras verdades históricas —por ejemplo, el carácter de los Normandos; y aun la verdad contemporánea e importante, la verdad que tenemos ante nosotros—, como por ejemplo el abismo existente

entre el inglés y el prusiano. No sólo son causa de la ignorancia del inglés respecto de su propio país, y por lo tanto, de sí mismo, sino que son culpables de la ignorancia de todos los hombres con respecto a Europa; *porque el conocimiento de Gran Bretaña en el período 500-700 y en el período 1530-1630, es la piedra de toque de la historia europea.* Y errando en uno de esos dos puntos, se yerra en el todo.

El hombre que quiera llegar a la conclusión de que el Imperio —esto es, la civilización europea— fué *conquistada* por los bárbaros, no puede, hoy día, y a la luz de la investigación moderna, probar su tesis ni en cuanto a la Galia, ni Italia, ni España, ni en el valle del Rin. La vieja teoría germana sobre una *conquista* bárbara del continente, que fué posible sustentar en la época en que la historia moderna estaba en los primeros pasos, fué abandonada necesariamente, cuando ésta llegó a su madurez. Pero esa tesis pretende aún afirmarse en el baluarte de Gran Bretaña, porque constituye su último asidero a causa de las grandes pérdidas documentales sufridas allí que dan pábulo para mayor cantidad de fantaseos. Justificado el embuste de una Inglaterra germana y bárbara, este resultado falso afectaría profundamente las conclusiones modernas e inmediatas sobre nuestra civilización común, sobre nuestras instituciones y

su naturaleza, y en particular, sobre la Fe, y su autoridad en Europa.

Porque si *Bretaña* es otra cosa distinta que *Inglaterra*, si lo que hoy sabemos de esta isla, no es suyo original, sino producto de la barbarie de la Alemania norteña, si en la caída del Imperio Romano Bretaña fué la sola provincia excepcional que devino en realidad una cosa bárbara separada, cortada de raíz del resto de la civilización, entonces aquellos que deseen creer que las instituciones de Europa no tienen un efecto universal, que las antiguas leyes del Imperio —como son las de la propiedad y el matrimonio— fueron locales, y que en particular, la Reforma fué la sublevación de una raza —de una raza fuerte y conquistadora— contra las tradiciones decadentes de Roma, tendrán una base y un apoyo en qué cimentar su opinión. No los ayudará sin duda a demostrar que nuestra civilización es mala, o que la fe no es verdadera; pero les permitirá desesperar de la unidad europea, o despreciarla, y a juzgar al mundo protestante moderno como a un algo destinado a suplantar esa unidad. Tal punto de vista es erróneo en el orden histórico, tanto como en el orden moral. No tendrá base de éxito militar en el futuro, como no lo ha tenido jamás en el pasado [13]. Y se derrumbará finalmente si alguna vez se intenta poner en práctica su teoría sobre la superioridad en las cosas bárbaras. Pero mientras tanto, como teoría confiada en sí misma, puede hacer mucho daño, desviando un gran sector de la opinión europea; invitándola a referir el carácter europeo a imaginarios orígenes bárbaros, y divorciándola así del majestuoso espíritu de la civilización occidental. La escuela *teutónica* de historia popular falsa, oriunda de Alemania del norte, puede crear su pasado imaginario propio, y dar a tal patraña la autoridad que dan la antigüedad y la prosapia.

[13] *Estas palabras fueron escritas por mí, e impresas por primera vez en 1912. Las sostengo con mayor energía en 1919.*

Demostrar cuán falsa ha sido esta escuela moderna de la historia, y cuántas oportunidades ha tenido de presentar su tesis, es el objeto de los párrafos que siguen.

Debe recordarse que Bretaña, es hoy día el único lugar del mundo romano donde existe un antagonismo consciente contra la civilización antigua y perdurable de Europa. Las Alemanias norteñas y Escandinavia que han tenido, desde la Reforma, un acuerdo religioso con todo aquello que es aún poderoso en el orden político en Bretaña, están al margen de la civilización antigua. Si Bretaña hubiese resistido el cisma del siglo XVI, no hubieran sobrevivido a él. Cuando tratemos la historia de la Reforma en Gran Bretaña, veremos a la vez cómo la fuerte resistencia popular estuvo a punto de avasallar a la reducida clase pudiente

que utilizaba el entusiasmo religioso de una activa minoría como instrumento de obtención de ventajas materiales para sí. Pero de hecho, en *Bretaña,* la resistencia popular contra la Reforma, fracasó. Una persecución violenta y cuasi universal, dirigida principalmente por las clases pudientes contra la religión del pueblo inglés y los fondos de que había sido dotada, fué llevada a buen término. En poco más de cien años los nuevos ricos habían ganado la batalla. Y hacia el año 1630 la fe de las masas inglesas había sido desalojada de las montañas escocesas al Canal de la Mancha.

Debemos comprender que este fenómeno, la separación moral de Gran Bretaña, del resto de Europa, ocurrió en el siglo XVI y no en el V, y que Gran Bretaña no estaba predestinada ni por su raza ni por su tradición, a una pérdida tan lamentable y tan trágica.

Asentemos los factores del problema.

El principal es que la historia de Gran Bretaña, desde antes de mediados del siglo V digamos los años 420 al 445) hasta el arribo de san Agustín en el 597, es completamente desconocida.

Y para el que estudia la historia general de Europa, esto es de importancia capital. No aconteció así con ninguna otra provincia romana occidental, y por haber ocurrido así, dió lugar a gran cantidad de afirmaciones vacuas, en su mayoría recientes, y casi todas tan falsas a la demostración,

como creadas evidentemente por una predisposición antirreligiosa. Cuando no hay prueba ni memoria, pueden los hombres imaginar cualquier cosa, y los historiadores contrarios a la Iglesia han llevado su imaginación hasta el límite más extremado para llenar ese vacío con todo lo que pudiera servir contra la idea de la continuidad de la civilización.

Aquellos que aman la verdad histórica, deben librarse de esas especulaciones como de tantos otros desechos, y deben proporcionar al lector los pocos hechos reales sobre los cuales pueda construir sólidamente su opinión y su actitud.

Repito que si Gran Bretaña hubiera permanecido fiel a la unidad europea durante aquella desafortunada opresión del siglo XVI, que culminó en la pérdida de la Fe, si el pueblo hubiese seguido firme o hubiera estado capacitado para alcanzar el éxito en la campaña y bajo las armas, o para aterrorizar a sus opresores por medio de una revolución eficaz, si, en otras palabras, la Inglaterra de los Tudor hubiese seguido siendo católica, la solución del problema no aportaría ningún beneficio inmediato, y el problema mismo no interesaría tal vez al hombre, ni aun en la faz académica. Inglaterra sería hoy día una cosa con Europa, como lo fué durante un milenio antes del surgimiento de la Reforma. Pero en el estado actual de las cosas, la necesidad de corrección es

inmediata, y su éxito tendrá grandes consecuencias. Ningún historiador verdadero, por más agraviado que se sienta por los efectos del catolicismo en la mente europea, podrá dejar de luchar contra lo que hasta hace poco, fué la doctrina predominante respecto del destino de Gran Bretaña cuando decayó el gobierno central del Imperio.

Trataré primero de las pruebas —tal cual son— que han llegado a nosotros sobre el destino de Gran Bretaña, durante los siglos V y VI, y luego consideraré las conclusiones a que tales pruebas nos conducen.

Las pruebas

CUANDO nos encontramos con un vacío histórico (aunque ninguno en la historia occidental europea es tan extrañamente vacío como éste, aunque existen otros menores que nos permiten deducir por su analogía) el historiador cuenta con dos métodos de salvarle. El primero es la investigación de todas las memorias contemporáneas que puedan arrojar alguna luz sobre ese período; el segundo, es el paralelo con lo sucedido en otro lugar y en el mismo caso, o, mejor aun (cuando ello es posible) el ejemplo de lo acaecido en lugares similares y en circunstancias similares, *al mismo tiempo*. Y hay

más: ambos métodos deberán ser sometidos al criterio del sentido común más entera y absolutamente que las pruebas sobre los hechos ocurridos en períodos más conocidos. Porque cuando se tiene evidencia plena aun de un hecho extraordinario se debe admitir esa verdad; pero cuando la evidencia es reducida, se ponen en juego las conjeturas, y el sentido común es el regidor y corrector de la conjetura.

Si, por ejemplo, me entero, como puedo hacerlo por conducto de las memorias contemporáneas y de los testimonios de los que aun viven, que en la batalla de Gettysburg la infantería avanzó con tanta audacia que pudo atacar a bayonetazos a los artilleros al pie de sus cañones, debo creerlo aún cuando el hecho sea asombroso.

Si llego a saber, como puedo hacerlo, que un gobierno imbuído e informado de los principios de una alta civilización como el de Francia en 1870, al iniciar una guerra contra un rival temible, sólo tenía los antiguos cañones que se cargan por la boca, mientras que su enemigo estaba ya equipado con piezas modernas de retrocarga, debo aceptar esa circunstancia ante el cúmulo de pruebas existentes, pese a mi sorpresa.

Cuando aun lo milagroso aparece consignado en una crónica —si su evidencia humana es múltiple, convergente, y exacta— debo aceptar lo milagroso,

no negar en caso contrario el valor de la evidencia humana.

Pero cuando me ocupo de un período o de un acontecimiento respecto del cual carezco de evidencia, o la que tengo, es deficiente, claro está que el sano criterio crítico estriba en aceptar lo probable antes que suponer lo improbable. El sentido común y la experiencia general son más necesarios que en ninguna otra parte, ya en una corte de justicia o en el estudio de la historia, para su aplicación a los problemas cuya dificultad reside en la ausencia de prueba directa ([14]).

Después de recordar todo esto, establezcamos ante todo lo que se sabe positivamente, de las crónicas con respecto al destino de Bretaña en los ciento cincuenta años de la *laguna*.

Notaremos que residían en Bretaña numerosos grupos de soldadesca germana, antes de las incursiones de la piratería, y que el sudeste era llamado —ya debido a incursiones anteriores o a los pobladores sajones, descendientes de soldados romanos—

([14]) *No hay, por ejemplo, crónica contemporánea que mencione a Londres, durante la segunda mitad del V y durante casi todo el siglo VI. Green, Freeman, Stubbs, afirman (inventando a medida que avanzan) que Londres dejó de existir: desapareció. ¡Luego (agregan) después de un largo período de total abandono, el lugar fué limpiado por una raza humana completamente nueva, reedificándose la ciudad exactamente en el mismo sitio! El hecho no es imposible, en el orden físico, pero es tan improbable que causa gracia al sentido común.*

la orilla sajona, mucho tiempo antes de la caída del sistema imperial.

Vayamos a los documentos.

Hay un documento contemporáneo en el cual se declara que referirá todo lo que aconteció en ese período considerable; es un documento escrito por un testigo; y para nuestro propósito no tiene casi ningún valor.

Lleva el título *De Excidio Brittaniae Liber Querulus.* Su autor fué el monje san Gildas. La fecha exacta de su compilación, se discute; y debe ser así, pues todo aquel período es muy oscuro. Pero a la verdad, no es anterior al año 545. Fué escrito así cien años después del comienzo de la oscuridad que envuelve a la historia británica en un lapso de un siglo y medio. En el 410 la mayoría de los regulares romanos habían sido llamados a luchar en una campaña continental. En oportunidades anteriores, y con frecuencia, las tropas habían dejado la isla, pero esa vez los componentes de la expedición no regresaron. Bretaña fué visitada en el año 429 y en el 447, por hombres que dejaron escritos. San Agustín no llegó hasta el 597, tan sólo cincuenta años después, a lo sumo, del tiempo en que Gildas escribió su *Liber Querulus,* en tanto que el rompimiento de los vínculos entre el continente y el sudeste británico se había registrado cien años antes.

Bien, ocurre que este libro, como he dicho, casi carece de valor para la historia. Es bueno en cuanto a la moral; su autor se lamenta como deben hacerlo todos los justos, en todos los tiempos, de la maldad de los poderosos y de los vicios de los ricos. Es una homilía. Su motivo no es histórico sino de reforma de la moral. En los hechos ocurridos más de setenta años antes de la vida del escritor, en todos los órdenes, es decir, aun en aquellos acerca de los cuales no pudiera obtener evidencia personal, se encuentra perdido. Ese libro tiene sólo el valor de presentarnos las luchas militares y sociales, a través del interés de un monje que quiera convertirlas en otros tantos temas de sermón.

Habla con vaguedad sobre los auxiliares sajones del mar del Norte, enganchados (de acuerdo a la tradición romana) por algún príncipe de la Bretaña romana, con el objeto de combatir contra los salvajes procedentes de las montañas de Escocia, y que se dedicaban al saqueo. Expresa que el uso de estos auxiliares nuevos comenzó después del tercer consulado de Aetius (a quien llama *Agitius)* esto es, después del año 446 de nuestra era. Habla con menos seguridad aun sobre la elección de reyes locales destinados a defender la isla de los excesos de estos auxiliares. Y es parecida su relación de las incursiones de los bandoleros irlandeses y escoceses, en la civilizada provincia romana, y sobre los pocos auxiliares sajones que fueron así llamados

para reforzar las huestes de los provinciales romanos.

Habla tan sólo de un puñado de estos auxiliares, trasladados en tres embarcaciones; pero son tan vagas y malas sus noticias sobre todo este primer período —cien años antes de su época— que su versión debe ser admitida como semilegendaria. Nos dice que *vinieron luego compañías más numerosas* y sabemos que en el caso de los auxiliares romanos, ello significa tan sólo varios millares de hombres armados.

Continúa consignando que estos auxiliares, amotinados por cuestiones relativas a la paga (otro paralelo de lo que debíamos esperar considerando la historia de los siglos anteriores en toda Europa) amenazaron con saquear a la población civil. Vienen luego oraciones retóricas en las que manifiesta que arrasaron la campaña *en castigo por nuestros pecados pasados,* hasta que las *llamas* del tumulto llegaron a *lamer el océano occidental.* Todo ello (pues hay mucho más) es exactamente igual a lo que leemos en la retórica de los letrados del continente que observaban las pequeñas, pero no por eso menos destructoras, bandas de auxiliares bárbaros rebeldes, acompañados de esclavos prófugos y de vagabundos que atravesaban la Galia, dejando las huellas de la destrucción y el atraco. Si no tuviéramos otras crónicas sobre los problemas del continente que las de algún religioso que se sirve

del desastre local como de oportunidad para un discurso moral, los historiadores hubieran discurrido sobre la Galia exactamente igual que discurrieron sobre Bretaña con la única autoridad de san Gildas. Todas las exageraciones a que estamos acostumbrados en las crónicas del continente, son estas: la *espada refulgente,* las *llamas crepitantes,* la *destrucción de las ciudades* (¡que después continuaban su vida ininterrumpida con toda tranquilidad!) y otras por el estilo. Sabemos perfectamente bien que se usó en el continente un lenguaje similar para referirse la acción depredatoria de los pequeños cuerpos de bárbaros auxiliares: acciones calamitosas y trágicas, sin duda alguna, pero que no fueron universales, y no tuvieron en modo alguno un carácter totalmente destructor de la civilización. No se debe olvidar que san Gildas nos refiere también el regreso al hogar de muchos bárbaros con el botín (lo que también debía esperarse). Pero al finalizar su crónica, nos proporciona una interesante referencia, mediante la cual, aunque fuera el suyo el único instrumento de juicio, podemos percibir que los piratas bárbaros tenían una especie de posición establecida en las costas orientales de la isla.

Porque después de describir cómo el elemento romano-británico de la isla se organizó bajo las directivas de un tal Ambrosio Aureliano, y se mantuvo en su terreno, nos dice que *a veces, los ciudadanos* (esto es, los hombres romanos y civilizados) *a veces, los enemigos, salían victoriosos* hasta la completa derrota de uno u otro de los cuerpos paganos invasores de un sitio desconocido que llama el *Mons Badonicus.* Esta acción decisiva —agrega— tuvo lugar en el mismo año de su nacimiento.

Ahora bien: la importancia de esta última referencia, es que Gildas desde esa época puede hablar de cosas que realmente conoce. Que cualquiera que lea esta página recuerde algún gran acontecimiento contemporáneo a su nacimiento, o inmediatamente posterior, y verá cuán diferente es su conocimiento de lo ocurrido del conocimiento que posee sobre lo acontecido algunos años antes. Esto sucede aún hoy día con todas las ventajas que proporciona la documentación completa. ¡Cuánto mayor sería el contraste entre las cosas realmente conocidas y las que sólo lo fueron desoídas cuando no había tales documentos!

Gildas llama esta derrota de los piratas paganos en el Monte Badon la última, pero no la menos importante, de las matanzas de los bárbaros; y aunque escribió probablemente al oeste de Bretaña, sabemos ciertamente por su evidencia contemporánea, que *durante todo el lapso abarcado por su propia vida hasta el momento de escribir el libro* —unos cuarenta y cuatro años más o menos— no hubo luchas que merecieran mayor atención. En otras palabras, estamos *seguros* de que los peque-

ños reinos paganos establecidos en la costa este de Gran Bretaña, estaban contrarrestados por un conjunto de civilización romana decadente que perduraba en otros lugares, y que no hubo tentativa de acción semejante a la expansión o la conquista, desde el este hacia el oeste. Sobre ese estado de cosas, recuérdese, contamos con un testimonio directo que se extiende durante el transcurso de la vida de un hombre, hasta cincuenta años a lo sumo del día en que san Agustín desembarcó en Kent y devolvió crónicas y cartas a la costa este.

También tenemos en otros lugares mucha retórica y muchas homilías sobre las *ciudades desiertas y la maldad de los hombres y la vida impía de los reyes,* pero esas cosas pueden oírse en cualquier período. Lo que realmente podemos extraer de los escritos de Gildas es 1º: una tradición confusa sobre una incursión ladrona de grandes proyecciones, dirigida por los auxiliares bárbaros llamados de allende el Mar del Norte, según la costumbre romana, para proteger a la provincia contra los invasores incivilizados escoceses e irlandeses; 2º: (lo que es más importante) la obtención por parte de estas tropas auxiliares y de sus caudillos (aunque en número reducido) de poder político en algún territorio de la isla; 3º: la pronta cesación de toda lucha o conflicto racial entre cristianos y paganos, o entre bárbaros y romanos, en manera tal como pudiera llamar la atención de un

residente en la pequeña área de Bretaña; y el confinamiento de las nuevas y reducidas cortes pagano-piratas, a la costa este durante la primera mitad del siglo VI.

Veamos a la luz del sentido común estos hechos cuya versión nos ofrece Gildas en forma imperfecta, confusa y que adolece de insuficiente parquedad. ¿Qué podría decir un hombre del medioevo que escribe en el período de la decadencia de las letras, que cuenta con datos pobres y probadamente inciertos, sobre una lucha cualquiera, si ese individuo es: *a)* monje y hombre de paz, *b)* siendo su objeto más el sermón sobre la moral, y si *c)* la lucha en cuestión es la entablada entre la fe católica, que es todo para los de su tiempo, y los paganos? Es evidente que trataría de sacar todo el provecho posible de las antiguas y terroríficas leyendas originarias de una época muy anterior a su nacimiento, precisaría más sus conceptos a medida que fuese acercándose a esa fecha (aunque siempre en modo inseguro y exagerando los males) y comenzaría a relatarnos después los hechos concretos y precisos que le fueron contemporáneos, y que pudiese recordar. Ahora bien, lo que san Gildas aporta a nuestro estudio son tan sólo las incursiones depredatorias de los paganos salvajes procedentes de Escocia e Irlanda, mucho pero mucho tiempo antes de su nacimiento; que un pequeño grupo de auxiliares llamados a cooperar con

los provinciales romanos se tornan contra éstos; el establecimiento de esos auxiliares en un lugar u otro de la isla (por otras informaciones sabemos que fué en la costa este y sudeste); y *d)* —circunstancia que es muy importante por ser realmente contemporánea, *la decisión de todo el asunto, al parecer, durante el período abarcado por la vida de Gildas en el siglo VI—,* desde, digamos, el año 500 de Nuestro Señor o un poco antes, hasta aproximadamente el 545, o poco después.

He dedicado tanto espacio a este escritor, cuyas crónicas apenas pudieran ser tenidas en cuenta con respecto a una época de la cual nos hubiera llegado cualquier documento histórico suficiente, porque su libro es *absolutamente el único elemento de prueba que tenemos sobre la incursión en Bretaña del pirata, o del sajón* [15]. Hay referencias interesantes sobre la misma cuestión en los documentos agrupados y conocidos hoy por *The Anglo-Saxon Chronicle,* pero su compilación data de varios siglos después y no se basan más que en los datos conocidos por san Gildas y tal vez, algunas oscuras leyendas.

Sin embargo, contamos a este respecto con un documento que, aun cuando no sea contemporáneo, debe considerarse como una especie de prueba. Es sobrio y completo, y ha sido escrito por uno

(15) *La frase única de Próspero es insignificante, y puede demostrarse su falsedad, tal cual está.*

de los grandes hombres de la civilización católica y europea, ha sido escrito en espíritu de juicio amplio y que ha sido escrito por un fundador de la historia: Beda el Venerable. En verdad, la Historia Eclesiástica de Beda no fué escrita sino *después de trescientos años,* de las primeras incursiones de aquellos bandoleros, doscientos años después de san Gildas, y ciento cuarenta años después de que la lectura y la escritura y toda la corriente de la civilización romana hubiese sido devuelta a la Bretaña Oriental por san Agustín; más ciertas afirmaciones fundamentales suyas, constituyen pruebas.

Así por ejemplo, el hecho de que Beda el Venerable da por sentada la existencia de establecimientos piratas permanentes (en forma de estados regulares aunque pequeños) a todo lo largo de la costa del Mar del Norte, desde la región norteña de Bretaña, lugar donde escribió, y que se extendían hasta el centro de la costa sur por el Southampton, es un argumento poderoso y concluyente en cuanto a la seguridad sobre la existencia de esos estados en épocas anteriores a la suya. No es aceptable que un hombre de su categoría haya escrito sin contar como base con un sólido fundamento tradicional; y Beda nos dice que los ocupantes de esas costas británicas provenían de tres tribus de las tierras bajas, tribus germánicas y danesas: los sajones, los jutos y los anglos.

El primer nombre, el de *sajones* (16) era *en aquel tiempo,* el de ciertos piratas que habitaban dos o tres islas de la costa, entre el Elba y el Rin. Ptolomeo, dos siglos antes, coloca a los *sajones* un poco más allá de la desembocadura del Elba; los romanos los conocían como piratas dispersos del Mar del Norte, que molestaron durante varias generaciones las costas de la Galia y de Bretaña. Más tarde el nombre se hizo extensivo a una gran confederación de tierra adentro, pero esto sucedía habitualmente con los nombres de las tribus germánicas. Los apelativos tribales germanos no se aplican a razas determinadas ni aun a provincias delimitadas sino a agrupaciones humanas que tan pronto surgen como desaparecen. El término local *sajón* de los siglos V y VI nada tiene que ver con el término general *sajón* aplicado a todo el noroeste de las Alemanias doscientos o más años después.

Estos piratas, constituyeron, pues, pequeñas bandas de hombres armados, a las órdenes de caudillos que fundaron pequeños gobiernos organizados al norte del estuario del Támesis, en la cabeza de la rada de Southampton, y sobre la costa de Sussex, donde habrían encontrado o no (pero es más pro-

(16) *El nombre aludido ha conservado durante siglos un significado muy vago, y se aplica hoy día a un grupo de población, en su mayoría eslava, y de religión protestante establecida al sur de Berlín —a cientos de millas de su sede original.*

bable que los hubieran hallado) establecimientos de su propia tribu, instalados con anterioridad por los romanos en calidad de colonias. Es probable que sus jefes se posesionaran de la organización fiscal romana existente en el lugar, pero parece que muy pronto la sociedad sufrió un empobrecimiento debido a su incompetencia bárbara. No aprendieron un idioma nuevo, sino que continuaron en el uso del original de su sede en el continente, lengua que se dividía en numerosos dialectos locales, cada uno de los cuales era una mezcla de un alemán originario, con resabios griegos, latinos y hasta celtas.

Nada sabemos de los *jutos;* como todas las conjeturas modernas, las difundidas a su respecto no tienen valor alguno. Debemos presumir que formaban una pequeña tribu insignificante que mandó para el enganche a unos cuantos mercenarios, pero con la ventaja de que el puñado de mercenarios que los romano-británicos introdujeron en Kent, fué según todas las tradiciones, puramente *juto.* Beda el Venerable atestigua también sobre un establecimiento *juto* aislado en el valle de Meon, cerca de la rada de Southampton, comparable a las pequeñas colonias germanas establecidas por los romanos en Bayeux, Normandía y cerca de Rennes.

Más definidos fueron los anglos; ocupaban la parcela donde el istmo de Dinamarca se une a la

tierra firme de Alemania. Esto lo sabemos con certeza. Inmigraron en proporción lo suficientemente considerable para que se notara su partida de un lugar tan escasamente poblado, y para que Beda asentara el relato de un viajero que manifestaba que su árida tierra parecía *despoblada.* No tenemos por supuesto ninguna referencia sobre el número de barcadas de anglos que llegó, pero a seguir el dictado del sentido común podríamos afirmar que fué insignificante comparándole con la población total, entre libre y esclava, de una provincia romana rica. Sus jefes lograron establecerse mucho más al norte del estuario del Támesis, en puntos dispersos de la costa oriental británica hasta el Firth of Forth.

No hay en este asunto ninguna otra autoridad. No hay más pruebas, salvo las de san Gildas, un contemporáneo, y —dos siglos después de él y *tres* después de ocurrido el primer acontecimiento— el de Beda. Existe, además, un conjunto de leyendas y peores disparates agrupados bajo el título de *Historia Brittonum,* para quienes la consulten, pero esa obra no tiene relación alguna con la ciencia de la historia, ni puede pretender rango alguno en el orden del documento demostrativo. Tal como la conocemos, tiene varios siglos de atraso, y no es menester que la historia sensata se ocupe de ella. Aun en lo que respecta a la existencia de Arturo —cuyo principal testimonio es— constituye

una guía mucho mejor la leyenda popular. En cuanto a las fechas originales de las varias afirmaciones contenidas en la *Historia Brittonum,* también son conjeturas. El conjunto de esa legendaria narración data de un período posterior a Carlomagno, más de un siglo después de Beda y de una época mucho menos culta.

La vida de san Germán, que vivió y predicó en Bretaña después de retirarse las legiones romanas, es contemporánea y trata de hechos acaecidos sesenta años antes del nacimiento de san Gildas. Tendría algún valor si nos proporcionara datos sobre los establecimientos de los piratas en la costa —aclarando si éstos eran la confirmación de las guarniciones romano-sajonas anteriores o qué eran si no— pero nada menciona en tal sentido. Sabemos que san Germán trató militarmente con los pictos y escotos —un disturbio bárbaro frecuente— pero no da indicación alguna sobre establecimientos sajones. San Germán estuvo por última vez en Bretaña en el año 447, y resulta una buena prueba negativa el hecho de que durante esa visita no diga una palabra sobre un posible movimiento armado de los piratas sajones que a juzgar por la leyenda, establecían en esa época su poder en Kent.

Termina así la lista de testigos; y con ella el conjunto de nuestras *pruebas* (17).

(17) *Sobre la base del mismo, que es menos de lo que*

Resumiendo, podemos decir que en lo que se refiere a la historia documentada, todo lo que sabemos es lo siguiente: que probablemente en Gran Bretaña se encontraban reunidas en guarniciones algunas pero pocas fuerzas romanas regulares, después del año 410; que en los ejércitos romanos hubo, desde hacía mucho tiempo, auxiliares de tribus sajonas y germanas, algunos de los cuales podían constituir grupos civiles, y que Roma llegó hasta establecer colonias agrícolas de auxiliares, en forma permanente, dentro del Imperio; que las costas del sud y del este se conocieron bajo la denominación de *la costa sajona,* aun en la época imperial; que los salvajes de Escocia e Irlanda perturbaban seriamente la tranquilidad de la provincia; que los piratas dispersos, que durante dos siglos habían hostigado las costas este y sud, se unieron a las bandas de escoceses e irlandeses; que algunos de entre ellos fueron tomados como auxiliares de los regulares, según la vieja costumbre romana, a mediados del siglo V (la fecha convencional es el año 445); que, así como sucediera en otras provincias romanas, los auxiliares se amotinaban por la paga y saqueaban y devastaban muchos lugares; finalmente que se le ponía coto a la rapiña y que los piratas eran rechazados a sus es-

puede leerse en una mañana, cimentó Green su romántica obra "Making of England" *destinada a la venta al gran público.*

tablecimientos a lo largo de los confines de las costas del este y del sud. Comparado al de la población original su número debe haber sido muy reducido. No se destruyó por entonces ninguna ciudad importante.

Ahora bien, es de suma importancia percibir tres puntos capitales, teniendo en cuenta la parquedad de la información.

En primer lugar que la rapiña no asumió proyecciones mayores, ya sea de acuerdo a la forma en que han sido descriptos o siguiendo otro criterio, que los disturbios registrados al mismo tiempo en el continente, y que (como sabemos) no destruyeron *allí* la continuidad o la unidad de la civilización.

En segundo término, que los dispersos invasores, paganos (como lo eran también algunos de los del continente) e incapaces de un impulso civilizador, obtuvieron, así como también algunos del continente (y especialmente en la margen izquierda del Rin), pequeñas parcelas que retuvieron para sí y gobernaron, y en las cuales después de un corto lapso decayó el viejo orden romano, puesto en manos de los inhábiles recién llegados.

Pero en tercer lugar (y sobre esto girará todo), *la posición en que estas cortes paganas menos civilizadas se mantuvieron en forma permanente, cortaba los vínculos entre la provincia británica ro-*

mana y los restos de lo que había sido el Imperio Romano unido.

Y es esta —ni el número ni la raza— la que constituye el rasgo principalísimo de la historia de Gran Bretaña, entre el 447 y el 597.

Aconteció que el hombre incivilizado a raíz de un accidente geográfico cortó la comunicación de la isla con sus provincias hermanas del Imperio. Era tan insignificante en número, tan improductivo en cuanto a la raza, y tan carente de instituciones provechosas y permanentes, como sus hermanos del Rin o del Danubio. Pero junto al Rin o el Danubio, el Imperio era amplio. Si se destruía una angosta franja de terreno, el hecho no tenía mayor importancia; significaba tan sólo un retroceso de unas pocas millas. Pero las comunicaciones marítimas entre Gran Bretaña y Europa eran estrechas y los bárbaros se habían establecido allende las mismas.

El tránsito de hombres, mercaderías e ideas sufrió una interrupción que duró 150 años porque los reducidos establecimientos piratas (mezclados tal vez con los establecimientos bárbaros colocados ya allí por el Imperio) habían destruído la comunicación con Europa, desde la rada de Southampton hasta más allá del Támesis mediante la ruina progresiva de los puertos romanos.

Es posible que aun la gran ciudad de Londres, cualesquiera que fuesen sus relaciones comerciales,

no negoció oficial ni políticamente con países situados allende el mar. Los piratas no se internaron tierra adentro, pero sin intención de conquista, y tan sólo de pillaje y de establecimiento permanente, cortaron el vínculo que daba vida a Gran Bretaña.

Tal es la evidencia directa, y tal nuestra primera conclusión al respecto.

Pero si se tienen en cuenta las referencias indirectas, la suposición razonable y la comparación con los hechos ocurridos después del establecimiento de los piratas y con los acontecidos antes, hay mucho más para agregar. Uniendo estos datos secundarios a las pruebas directas se puede juzgar tanto de la naturaleza como de los límites del infortunio sobrellevado por Gran Bretaña, después de la caída del gobierno central romano y antes del desembarco de los misioneros romanos que devolvieron la provincia a la civilización.

Podremos entonces llegar a una conclusión y saber qué fué aquella Gran Bretaña a la que volvió la fe, con san Agustín. Y sabiendo esto, sabremos también lo que siguió siendo Gran Bretaña hasta el día de la catástrofe de la Reforma.

Digo que además de las pruebas directas de san Gildas y de las tradiciones posteriores pero asimismo respetables y fidedignas recogidas por Beda el Venerable, el uso de otras e indirectas referencias nos permiten cerciorarnos sobre uno o dos

hechos principales; y mediante un método cuya descripción haremos de inmediato nos capacitará para añadir a estos media docena más. El todo no será suficiente, en verdad, y no nos proporcionará un panorama general de la época, pero servirá para preservarnos de caer en errores fundamentales con respecto al lugar que ocupa Gran Bretaña en la unidad futura de Europa, cuando examinemos esa unidad, según que resurgió en la Edad Media, en parte conservada y en parte reconstituída por la Iglesia Católica.

El método histórico a que me refiero, y al que me propongo introducir al lector, puede llamarse propiamente el de las *limitaciones.*

Puede que no sepamos lo ocurrido entre dos fechas, pero sabemos bien lo que aconteció durante un tiempo antes de la fecha previa, y un tiempo después de la posterior. Tendremos así dos como *puntos de apoyo,* sobre los cuales podemos construir nuestro puente de especulación y deducción para salvar el período intermedio.

Supongamos que todas las crónicas de los hechos registrados en los Estados Unidos, entre el 1862 y el 1880 hayan desaparecido, excepción hecha de algún documento a todas luces insuficiente. Supongamos a la vez que tengamos conocimiento cabal del período que media entre la Declaración de la Independencia y el año 1862, y una documentación aceptable del período que va del 1880

y el año en curso. Por otra parte, convengamos en la existencia de una arraigada tradición y leyendas según los cuales, en ese lapso se entabló una guerra civil, que fué una lucha entre grupos del Norte y del Sud, y que sus consecuencias y violencias, tanto en el orden financiero como en el político se hicieron sentir por espació de una década.

El estudioso, trabado en su acción por la carencia de pruebas directas podrá caer en numerosos errores de detalle, y juzgar como probablemente ciertas algunas cosas ante las cuales un contemporáneo sonreiría. Pero por analogía con los países contemporáneos, mediante el uso de su sentido común y de su conocimiento de la naturaleza humana, del ambiente local, de otras condiciones físicas y de los motivos impulsívos comunes a todos los hombres, llegaría a establecer aproximadamente una docena de conclusiones verdaderas. Los hechos ocurridos después de la *laguna* de su conocimiento, corregirían sus conceptos sobre lo ocurrido antes de ella, y lo ocurrido antes de la *laguna* corregiría su concepción de lo ocurrido después. Su conocimiento sobre la vida contemporánea en Europa, o en los territorios occidentales a los que no llegó la guerra, desde 1862 al 1880, servirían luego para rectificar o ratificar sus conclusiones con mayor precisión. Y si hubiera de limitarse a la consideración de las conclusiones más generales no andaría muy errado. Apreciaría los éxitos del Norte, en-

tendiendo en cuán alto grado ese éxito fué debido al factor numérico. Le asombraría tal vez la posición distinta del abolicionista antes y después de la guerra, pero sabría que los esclavos fueron liberados mientras tanto, y concluiría con veracidad, en que su libertad fué una consecuencia histórica directa y un efecto contemporáneo de esa pugna. Estaría asimismo en lo cierto rechazando cualquier teoría sobre la colonización de los estados del sud por los norteños; notaría la continuidad de ciertas instituciones y la incontinuidad de otras. Y en general, si hubiera de asentar en primer término aquello de lo cual estuviese seguro, y en segundo lugar aquello que buenamente pudiese conjeturar, no habría salido del *encarrilamiento* histórico; no utilizaría un método productor de sandeces históricas como el empleado por tantos de los historiadores modernos, en su deseo de demostrar que el pueblo inglés fué germano y bárbaro en su origen.

Dicho esto, asentaré con todo cuidado los conocimientos que poseemos sobre Gran Bretaña, de la época anterior y posterior a la *laguna* de las crónicas, sobre los ciento cincuenta años desconocidos que median entre la partida de san Germano y la llegada de san Agustín.

Sabemos que antes de que el grueso de las tropas regulares romanas dejara el país en el año 410, Gran Bretaña había sido una provincia romana organizada. Sabemos por lo tanto que contaba con

divisiones regulares, con un pueblo como centro de las mismas y que en muchos pueblos residían las sedes episcopales. Sabemos que las crónicas oficiales se escribían en latín y que el latín era el idioma oficial. Sabemos también que la isla soportaba en esa época, y desde hacía cuatro generaciones, las frecuentes incursiones de los bárbaros del Norte, que venían en gran número a través de la frontera escocesa, y las correrías de los piratas (irlandeses algunos, otros germanos, holandeses y daneses) en proporción numérica menor por ser muy limitada la capacidad transportable de hombres y bagajes en travesías largas realizadas con embarcaciones pequeñas.

Cuatro años antes de finalizar el siglo VI, y aproximadamente doscientos años después de la cesación del gobierno romano regular, los sacerdotes misioneros del continente arriban a Gran Bretaña en cumplimiento de las órdenes del Episcopado romano, y desde ese momento vuelve a escribirse la historia y se reinician las crónicas. ¿Qué nos dicen?

Ante todo que la isla se halla dividida a la sazón en pequeños distritos que luchan entre sí. En segundo lugar que esos numerosos distritos, gobernados cada uno por un reyezuelo o un príncipe, siguen dos divisiones: algunos de los reyezuelos y sus cortes, son evidentemente cristianos, de habla céltica y de tradición social heredada, en un todo, de

la vieja civilización romana. Los restantes, y sus cortes hablan varios dialectos *teutónicos,* esto es, dialectos originarios de una jerga compuesta por palabras de origen germánico mezcladas con latinas. La población de los pequeños establecimientos que se hallan bajo el dominio de estos jefes del este, hablaba al parecer, en su mayoría, el mismo dialecto de sus cortes. En tercer lugar, vemos que esas cortes y sus súbditos, no sólo hablan este idioma en su mayoría, sino que también, en conjunto, son paganos. Puede que haya habido vestigios de catolicismo entre ellos, pero de cualquier modo esos *monarcas* y sus cortes, eran paganos y de habla *teutónica.* En cuarto término, la división de ambas clases de estados, al llegar san Agustín, era más o menos como sigue: los cristianos decadentes se hallaban al oeste y en el centro de la isla, y los paganos en las costas del sud y del este.

Todo esto concuerda con las tradiciones y leyendas antiguas y deformadas, como con la historia directa de san Gildas, y también con cualquier fragmento de historia verdadera que sobrevivía en la cuidadosa compilación de leyenda y tradición realizada por Beda el Venerable.

La *primera* verdad histórica definida que deducimos de este uso del método de las limitaciones es de la misma especie que la que nos ofrece la prueba directa de san Gildas. Sobre las costas del Mar del Norte y la parte oriental del canal, digamos, desde Dorsetshire o sus inmediaciones hasta el Firth of Forth, habían hecho numerosos establecimientos los piratas del Mar del Norte, y sus bases eran firmes.

Usemos ahora el método de las limitaciones para objetos de estudio menos evidentes, inquiriendo en primer término, cuáles fueron los límites de estos dos grupos principales y antagónicos; en segundo lugar, hasta dónde llegaba la cohesión de cada grupo; en tercer lugar, qué perduraba en cada uno de ellos, del antiguo orden, y finalmente, qué novedad se había registrado en el lapso de aquel siglo y medio o dos ([18]).

Tomemos estos puntos ordenadamente:

1) No hay pruebas de la existencia de establecimientos de piratas o de que hayan formado gobiernos locales, más allá de lo que puede cubrirse en un día de marcha, desde las costas o desde los estuarios fluviales, hacia tierra adentro. Es imposible fijar los límites en tal caos, pero sabemos que gran parte del condado de Kent, y la costa marítima de Sussex, también en el radio abarcado por la rada de Southampton y del Avon de Hampshire, la parte marítima de la Anglia este, y del Lincoln-

([18]) *Un siglo y medio desde la última referencia romana, la visita de san Germano en el año 447, hasta el arribo de san Agustín, exactamente 150 años después, (597); aproximadamente dos siglos a contar desde la retirada del ejército romano expedicionario hasta el arribo de san Agustín (410-597).*

shire, en cuanto podemos juzgar, la parte oriental de Yorkshire, Durham, la parte costera, al menos de Northumberland y los Lothians, se hallaban bajo el dominio de numerosos reyezuelos paganos, cuyas cortes hablaban en esa mezcla de germano y latín llamada *dialecto teutónico*.

¿Y los Midlands? Esa región no era más que un cenagal, y un cenagal a cuyo respecto no tenemos en qué extendernos mucho. Constituía una especie de marca o zona fronteriza entre aquellas dos especies de reinos —los de los reyezuelos y cabecillas que conservaban aún una tradición civilizada y los de aquéllos que la habían perdido. Esas tierras fronterizas tenían una tendencia aparente (son pocos los hechos que nos permiten juzgar sobre ese aspecto) a unirse bajo el mando de un jefe único. Se la conoció más tarde no con una denominación germánica o celta, sino con el nombre del bajo latín, de *Mercia,* esto es, la *tierra fronteriza.* Volveré luego a tratar esta línea de demarcación en su faz política.

2) En cuanto a la segunda cuestión sobre la especie de cohesión existente entre los grupos orientales y occidentales de esos insignificantes gobiernos, debemos responder que en ambos casos era muy reducida.

Ciertas costumbres fundamentales distinguían al este del oeste, el lenguaje, por ejemplo, y, mucho más, la religión. Antes de arribar san Agustín, los

reyezuelos occidentales y también probablemente la mayoría de los centrales, eran cristianos, mientras que los de las costas orientales, eran paganos.

En el oeste existía, al parecer, una marcada tendencia a la unión, con miras a los intereses comunes, pero no se mencionaba la jefatura única. Es de notar sin embargo este interesante matiz. Los occidentales que sentían una especie de ligazón común, se llamaban a sí mismos el *Cymry,* y eran tan sólo los ubicados en la zona montañosa. Se excluían, distinguiéndose con todo cuidado, de los cristianos de las tierras más fértiles, centrales, del sud y del este, a los que llamaban *Logrians*.

A lo largo de la costa este, hubo algo así como una tradición relativa a la jefatura común, muy vaga, por cierto, pero conocida. Se hablaba de los "Jefes de Bretaña", los *Bretwaldas,* palabra cuya primera parte es evidentemente romana, y cuyo complemento puede ser germano o celta, o de cualquier otro idioma y que debemos suponer sea el título jerárquico de jefe. Pero no había —lo que debe notarse especialmente— cohesión consciente y visible; en el seno de las pequeñas cortes del este y del sudeste no existía una animosidad consciente y deliberada como tal contra los cristianos occidentales en el momento del arribo de san Agustín. No existía tampoco una resistencia organizada como tal, de los cristianos celtas, contra los cabecillas repartidos a lo largo de la costa oriental. Cada reye-

zuelo guerreaba contra su enemigo, pagano contra pagano; cristiano contra cristiano, cristiano y pagano aliados contra cristiano y pagano, —siendo innumerables las divisiones entrecruzadas—. Hubo reyezuelos sobre las costas del este y del sur, con nombres celtas; hubo aliados sajones en las cortes celtas. Hubo reyes cristianos occidentales victoriosos en batallas libradas sobre las costas del Mar del Norte, y reyes orientales que ganaron batallas tan al oeste como el Severn, etc. He dicho que es muy importante advertir la trascendencia de este punto: que toda la nación no era más que un maremagnum de pequeños distritos antagónicos que luchan todos sin distinción de orden alguno, y *no* la pugna entre razas e idiomas. Se nos hace difícil, debido a la experiencia moderna sobre la conciencia política de las grandes naciones contemporáneas, el concebir tal estado de cosas. Cuando pensamos en la lucha y en la guerra, nos podemos imaginar sino una *nación* considerable y consciente, luchando contra otra *nación* similar, y esta costumbre moderna del pensamiento ha sido causa de extravíos en la historia de la naturaleza y carácter de Gran Bretaña, en el momento en el que la civilización retorna a ella por el sud y el este de la isla, con san Agustín. Se publican mapas con límites hipotéticos que muestran las "fronteras" de la "conquista anglosajona" en fechas determinadas, y los historiadores modernos se precian de hablar

sobre la *extensión* de esos *límites,* a tales y tales puntos. No hubo fronteras; tampoco hubo conquista de ningún modo; ni del este sobre el oeste ni del oeste sobre el este. No hubo *extensión de límites* del dominio oriental (u occidental). No hubo ningún *avance hacia Chester* ni "conquista del distrito de Bath". Hubo batallas cerca de Bath y batallas cerca de Chester, el saqueo de una ciudad, un contraataque de los occidentales, y todo lo demás. Pero hablar de una *conquista anglo sajona* gradual, es un anacronismo.

Los hombres de la época no hubieran entendido ese lenguaje, precisamente porque no tenía relación con los hechos de la época.

El reyezuelo que reunía a sus hombres, dispersos en las proximidades de su corte en el valle del bajo Támesis, luchó contra el reyezuelo que reunía a sus fuerzas dispersas en los alrededores de su fortaleza en Canterbury. Un reyezuelo pagano de habla teutónica y oriental sería hallado en franca alianza con un reyezuelo cristiano, de habla celta y occidental, y su séquito; y ambos aliados marcharían indistintamente a entrar batalla con otro cristiano u otro pagano.

Hubo en verdad, *más tarde,* un movimiento dirigido hacia el oeste en lo referente al lenguaje y a las costumbres, del que me ocuparé más adelante: fué esa una obra de la Iglesia. Pero en lo que concierne a la actividad bélica no hubo desplazamien-

to ni hacia el oeste ni hacia el este. La lucha era constante, y en todas direcciones. Desde cientos de centros separados, unos contra otros. Si hay tradiciones fidedignas sobre la expedición de un reyezuelo pagano del este que mandando su hueste mixta llegara alguna vez a una región tan al oeste como para poder saquear el valle del Avon de Wiltshire, y cometer alguna pillería en el Dee, también hay documentos históricos que atestiguan la llegada y las malandanzas de algún reyezuelo cristiano occidental, en los establecimientos orientales ubicados en las mismas costas del Mar del Norte, en Bamborough.

3) Pasemos ahora al tercer punto referente a lo que se conservaba del antiguo orden en cualquier de las dos partes de esta anarquía. Del gobierno romano, del orden romano, de la verdadera civilización romana, de aquel *palatium* del que hablamos en un artículo anterior, no quedaba nada en ninguna parte. La señal de la gran herida de Bretaña, es la desaparición del mecanismo impositivo y judicial romano. Ello distingue su suerte de la Galia. El oeste británico había perdido la tradición gubernativa romana, en grado similar al este. El picto y el escoto (19) y los piratas del Mar del Norte, no sabiendo leer ni escribir ni construir, ni

(19) *Los* Escotos, *es decir, los irlandeses, tenían, claro está, un grado mayor de civilización que los demás invasores de Gran Bretaña, en este incierto período. La Iglesia*

siquiera hacer una carretera ni cosa alguna utilizable, interrumpieron el curso de la vida civilizada, y la ahogaron. Más influyeron las correrías que la decadencia interna, en la destrucción de la vieja sociedad romana. Los cabecillas occidentales que conservaban la religión romana, habían perdido enteramente la organización de la sociedad de Roma, antes del año 600. El idioma romano (probablemente familiar tan sólo en las ciudades) parece haber desaparecido; el método de la arquitectura romana ha desaparecido sin duda. En el oeste, la clase culta podía aún escribir, pero sus integrantes lo deben haber hecho raras veces, a juzgar por la carencia de vestigios. La Iglesia, en forma truncada y miserablemente sobrevivió, es cierto, en el oeste; era la religión a la que se supone se habría aferrado un fragmento imperial separado del resto de las poblaciones romanas. Al parecer, el paganismo muere en el oeste; pero el catolicismo mutilado que ocupa su lugar, se hizo provincial, estuvo mal instruído y quedó fuera de contacto con Europa. Podemos conjeturar, pero sólo a título de suposición, que su nutrimento principal provino del fervor espiritual, indisciplinado pero vívido, de la Bretaña y de Irlanda.

¿Qué elementos se conservaron en la región

Católica llegó hasta ellos temprano. Escribían y poseían otros conocimientos, mucho tiempo antes que san Agustín llegara a la isla.

oriental de Bretaña, sobre las costas y aguas arriba de los estuarios de los ríos navegables? Tal vez el idioma original parcialmente. Es de preguntarse si los dialectos germánicos no se conocían ya en Gran Bretaña oriental mucho antes de la partida de las legiones romanas. Pero de cualquier modo, si suponemos que la lengua principal del este, fué el celta y el latín, antes de las correrías de los piratas, en ese caso el idioma principal había desaparecido. Del mismo modo, y ciertamente en la mayoría, había desaparecido la religión. Del mismo modo, ciertamente, desaparecieron las artes —la lectura, la escritura y todas las demás.

El comercio de ultramar había disminuído aunque no podemos decir, en qué medida. No podemos creer que hubiese desaparecido totalmente; pero por otra parte hay muy pocas referencias sobre contactos entre la Gran Bretaña del sud y del oeste en los escasos documentos del continente, sobre la época.

Por último, y tal vez sea ello lo más importante, las antiguas diócesis también habían desaparecido.

Cuando san Gregorio envió a san Agustín y a sus misioneros para reinstaurar las antiguas sedes en Gran Bretaña, su plan original al respecto debió sufrir una mutación total. Es probable que tuviera a la vista algún antiguo plano imperial mostrando a Londres, la gran ciudad, como metrópoli, y a las ciudades menores como sufragáneas. Pero los

hechos le excedieron. Porque tuvo que restaurar la Iglesia en las costas que separan a Gran Bretaña de Europa, y en haciendo tal, tuvo que operar sobre una base ruinosa. La tradición se había perdido; y Gran Bretaña es la única provincia romana en donde se descubre esa solución de continuidad en las diócesis.

Sólo una cosa *no* desapareció; y fué ella la vida de las ciudades.

Por supuesto, una ciudad romana en el siglo VI o VII no era lo que había sido en el IV o en el V; pero es de notar que en el desgaste general de la estructura romana, se haya conservado su esqueleto (que era y es municipal).

Si fijamos la atención en las principales ciudades que reaparecen cuando la luz de la historia regresa a Gran Bretaña con los misioneros de san Agustín, veremos que todo en ellas es romano de origen. Y lo que es más aún, veremos que la proporción de ciudades romanas *sobrevivientes* siglos después, en épocas de las que contamos con crónicas completas, es aún mayor que en otras provincias que sabemos conservaron la continuidad de la civilización. Exeter (tal vez Norwich), Chester, Manchester, Lancaster, Carlisle, York, Canterbury, Lincoln, Rochester, Newcastle, Colchester, Bath, Winchester, Chichester, Gloucester, Cirencester, Leicester, Old Salisbury, y la misma Londres, la Grande —clavijas sobre las cuales se esti-

raba la red de civilización romana, se mantuvieron firmes a través del caos bélico de todos los caudillejos, los piratas del Mar del Norte, los montañeses de Gales, Cumbria y los Peninos, los irlandeses y los escoceses.

Los suburbios crecieron lentamente, registrándose en algunas ocasiones la substitución de nuevos centros suburbanos por los de antiguas ciudades, como en Southampton, Portsmouth, Bristol, Huntingdon, etc.; es lo que se encuentra en toda Europa. Pero el plan de ciudades no sufrió alteración real hasta que la revolución industrial de los tiempos modernos determinó la disminución de la importancia inmemorial de las ciudades romanas, suplantando sus funciones económicas, por las aglomeraciones enormes de los Potteries, los Midlands, el sur del Lancashire, las minerías y los puertos modernos.

El que estudie este importante problema de la historia europea, el destino de Gran Bretaña, debe detenerse a considerar el fenómeno aquí descripto. Es la prueba más concluyente de que la Gran Bretaña romana, pese a sufrir las profundas consecuencias de las invasiones anglas, sajonas, escocesas e irlandesas, sobrevivió al fin.

Los que prefieran juzgar a Inglaterra como una colonia de bárbaros donde había sido destruída la vida europea, deberán suprimir muchas verdades para poder concebir muchos absurdos que sosten-

gan su tesis. Pero de todos sus absurdos no hay uno *peor* que esa ficción respecto de las ciudades inglesas.

En forma solemne, la escuela de Oxford y sus maestros alemanes han sostenido que las ciudades romanas, una después de otra, fueron ante todo destruídas totalmente por los piratas del Mar del Norte, abandonadas en ruinas luego, durante varias generaciones, y finalmente *reocupadas,* por mero y espontáneo capricho de los forasteros. No es preciso tener gran instrucción histórica para reirse de tales fantasías; porque la instrucción histórica demuestra que son más imposibles que lo que alcanza el límite de lo risible.

Por supuesto que algunas ciudades aisladas, decayeron en el curso de los siglos; en ese orden tenemos ejemplos tanto en España, como en la Galia y en Italia. Algunas, contadas (lo mismo que muchas en España, en la Galia y en Italia) puede que hayan sido destruídas durante la acción bélica. Existen tradiciones sobre un hecho parecido registrado en Pevensey (el viejo puerto de Anderida en Sussex) y durante mucho tiempo, siguiendo una falsedad se dió el mismo destino a Wroxeter, en las laderas del Wrekin. Además gran número de ciudades (así como en las demás provincias del Imperio) fueron perdiendo importancia debido a la acción del tiempo. Dorchester, sobre el Támesis, por ejemplo, fué al parecer un lugar

importante durante siglos después de las primeras alteraciones del orden por parte de los piratas, y sin embargo, hoy día es tan sólo una aldea; pero su decadencia no fué efecto de la guerra. Varias ciudades pequeñas se empequeñecieron más aún, y en el correr de las generaciones algunas descendieron al nivel de los caseríos; pero encontramos las mismas metamorfosis en la Picardía, en el Roseelon, en Lombardía y Aquitania. Pero en Gran Bretaña *no* hubo subversión del sistema municipal romano.

Asimismo, las agrupaciones de extramuros cercanas a las ciudades, crecieron a menudo a expensas de las municipalidades de las mismas. He dado a Huntingdon como ejemplo de ello, y podría dar también a St. Albans y Cambridge. Pero éstas tienen también su paralelo en todas las otras provincias del oeste. Aun en la lejana Africa encontraréis lo mismo. Lo veréis en el mismo suburbio situado al norte de la propia ciudad romana de París. Ese suburbio se convierte en cabeza de la ciudad medioeval —y sin embargo París es el mejor ejemplo de la continuidad romana en toda Europa.

Los puertos de mar cambiaron naturalmente de aspecto y muchas veces, hasta de lugar, especialmente en las costas del este, planas y por lo tanto mudables, y lo mismo ha ocurrido en circunstancias similares en todas las aguas del continente su-

jetas a la marea. No hay sombra ni rastros de la destrucción total de las ciudades romanas en Gran Bretaña. Por el contrario, es evidente, tanto o más que en otras partes del Imperio, el hecho innegable de su supervivencia.

Este fenómeno se hace más notable si consideramos en primer término que los nombres de las ciudades romanas, dados más arriba, no constituyen una lista completa (podríamos añadir inmediatamente y de memoria, Dorchester del sur, Dover, Doncaster, etc.), y, en segundo lugar, que poseemos una lista muy imperfecta de los pueblos de la Gran Bretaña romana.

Un método que es común a quienes se empeñan en desmerecer el concepto de la continuidad de nuestra civilización, consiste en negarle su origen romano a cualquier ciudad en cuyos restos los anticuarios no han notado aún restos de objetos romanos. Y aun de acuerdo con esa prueba, podemos estar seguros de que Windsor, Lewes, Arundel, Dorking y una veintena más, *fueron asiento romano,* aun cuando los documentos que conservamos, de los primeros cuatro siglos, nada nos digan sobre su existencia. En nueve casos de diez, la carencia de vestigios romanos clasificados, nada prueba. El suelo en las ciudades sufre movimientos y mutaciones continuas a través de las generaciones. Y el anticuario no presencia cada excavación para cimiento, ni cada apertura de pozos,

ni cada colocación de desagües, ni las pavimentaciones de las calles. Sus métodos son recientes. Hemos perdido siglos de investigación, y aun imbuído de nuestro moderno interés en tales cosas, el anticuario puede no tener informaciones ni una vez entre cien sobre los descubrimientos ocasionales, a no ser que se trate de monedas. Y cuando consideramos además que durante quince siglos ese suelo ha sido movido y removido, resulta ridículo afirmar que Oxford, por ejemplo —ciudad importante a fines de la Edad Oscura— no tiene origen romano, sólo porque el anticuario no posee todavía reliquia romana alguna que se haya descubierto recientemente allí; puede que no haya existido una ciudad en ese lugar, antes del siglo V; pero es cosa improbable.

Otro aspecto más debe considerarse antes que dejemos esta cuestión principal: y es que si hubo alguna destrucción de grandes proyecciones, de las ciudades romanas en Gran Bretaña, deberíamos suponerla en un lugar que hubiese sido afectado por las incursiones piratas, allí donde cayeron primero y con mayor fiereza. Deberíamos comprobar que las ciudades próximas a las costas del este y del sud, han desaparecido. La verdad histórica es fundamentalmente contraria. La guarnición de Anderida (Pevensey) si hemos de fiarnos de una oscura frase escrita cuatrocientos años después, fué masacrada durante una guerra. Pero Lincoln,

York, Newcastle, Colchester, London, Dover, Canterbury, Rochester, Chichester, Dover, Portchester, Winchester, los principales ejemplos de supervivencia, todas ellas están situadas ya sobre las costas este y sud, o a un día de marcha de las mismas.

En cuanto a la decadencia, el centro donde acampaba la segunda legión, en el corazón del país, y al que nunca llegaron los piratas invasores, vino a ser, con el correr del tiempo, la insignificante Caerleon-upon-Usk, como le pasó a Dorchester, junto al Támesis. Esta, de ciudad pasó a ser aldea, como Richborough, isla situada en la costa pirata, que decayó en modo similar. Tal la destrucción, tal la decadencia; no existe proporción creciente del oeste al este, hacia los establecimientos piratas.

Pero no es preciso que nos extendamos más. No puede sostenerse por más tiempo la suposición de que las ciudades romanas desaparecieron y asombra pensar que una afirmación tan sorprendente haya podido subsistir todavía en el transcurso de una generación más. Las ciudades romanas sobrevivieron, y con ellas, aunque mutilada, sobrevivió Gran Bretaña.

4) Y ahora, la última cuestión sobre las novedades registradas en Gran Bretaña a raíz de la caída de la autoridad imperial central, en los siglos V y VI. Contestar esa pregunta es, por supuesto, la respuesta a la pregunta principal y más difícil.

He dicho que es probable que en el sud y en el

este la lengua fuera nueva. Antes de la desaparición de las legiones había siempre en Gran Bretaña numerosas tropas germanas, existiendo un constante intercambio con los auxiliares germánicos; hubo también probablemente, colonias en parte militares y en parte agrícolas. Algunos han pensado que las tribus *belgas,* ya sea en la Galia o en Gran Bretaña, hablaban dialectos teutónicos; pero resulta más seguro creer, teniendo en cuenta la prueba combinada de los nombres de lugares y de las tradiciones posteriores, que se registró un verdadero cambio en el habla común de la mayoría de los habitantes que se encontraban dentro de la distancia comprendida por un día de marcha, desde el mar oriental o desde los estuarios de sus ríos.

Este cambio del lenguaje, si ocurrió (y debemos presumir que así fué, aunque no tengamos una certeza absoluta ya que pudo haber habido una gran proporción de habla germánica mezclada entre el pueblo, antes de la partida de los soldados romanos) este cambio de lenguaje, digo, fué la principal novedad. La decadencia de la religión no tiene tanta importancia; porque cuando comienzan las correrías piratas, aun cuando el Imperio era ya cristiano, oficialmente, en su centro, la Iglesia recién comenzaba a arraigarse firmemente en la periferia.

Las instituciones surgidas por doquier en Gran Bretaña cuando decayó el poder central romano, las asambleas de los aptos para el servicio militar, destinadas a tomar decisiones en los asuntos públicos, la satisfacción monetaria por las injurias, la organización de la sociedad por *cientos,* etc., fueron comunes a toda Europa. Sólo por ignorancia se las puede considerar importadas en Gran Bretaña (o en Irlanda o en la Bretaña) por los piratas del Mar del Norte.

Son iniciativas innatas de toda nuestra raza europea, cuando vive con simplicidad. Un conocimiento elemental de Europa nos demostrará que nada de nuevo o de peculiar había en tales costumbres. Aparecen universalmente, tanto entre los íberos como entre los celtas, entre los germanos puros de allende el Rin, los francos y bátavos mezclados, sobre el delta de ese río, y las tierras bajas del Escalda y el Mosa; y hasta entre las poblaciones romanas incontaminadas.

A medida que se acerca el advenimiento de la Edad Oscura, tenemos en todas partes la reunión en consejo, de los hombres capaces de llevar armas; al cabecilla asistido en su gobierno por tales consejos, el asentimiento o disentimiento armados de los grandes reunidos en la conferencia, la división de la tierra y del pueblo, en *centenas,* la multa por homicidio, y todo lo demás.

El hombre que diga (y hubo muchos de la pasada generación) que entre los cambios producidos durante el claro de aquellos doscientos años, figura la introducción de nuevas instituciones propias de los germanos, habla en ignorancia de la unidad europea y de ese vasto panorama de nuestra civilización que todo historiador verdadero debería poseer, aunque sólo fuera vagamente. Las mismas cosas de que se hablaba en una mezcla de palabras germanas y latinas entre Poole Harbour y Bass Rock, eran comentadas en palabras célticas, desde Start hasta Glasgow; y los cronistas las escribían en latín, por doquier, desde el Sahara a los Grampians y desde el Adriático hasta el Atlántico. Los mismos vascos que pronto habían de iniciar la resistencia cristiana contra los mahometanos en España, hablaban también de las mismas cosas, en vascuence. Pero esas cosas —las instituciones— de que se hablaba con palabras latinas, vascas, germánicas o celtas (la multa por el derramamiento de sangre, la escala monetaria, la reparación de las injurias, la división en *cientos,* el Consejo asesor del Jefe, etc.), eran más o menos las mismas a través de toda Europa. Y en todas partes, y siempre, habrán de reaparecer cuando los hombres de nuestra raza europea se vean reducidos a pequeñas comunidades guerreras, ávidas de lucha, celosas de su independencia, organizadas en una aristocracia militar, y celosas de las costumbres.

En todas partes, y especialmente en Gran Bretaña se conservaron las medidas imperiales, las de superficie, las unidades monetarias, de longitud y peso, fueron todas romanas, y en ningún lugar lo fueron más que en el este de Gran Bretaña durante la Edad Oscura.

Por último, considere el lector el curioso punto del idioma. No puede encontrarse un *simulacrum* más notable de unidad racial que un lenguaje común o un conjunto de lenguas; pero será un simulacro y tan sólo un simulacro. No es prueba ni producto de la verdadera unidad. El lenguaje pasa del conquistador al conquistado, en forma casi indiferente. La conveniencia, el accidente, y más de una fuerza misteriosa que el historiador no puede analizar, lo propagan o lo detienen. La Galia, densamente poblada y organizada por unas pocas guarniciones de soldados romanos, y un cuerpo de ejército de ocupación, aprende a hablar en latín, casi en vida de los conquistadores romanos. Sin embargo, dos rincones de la Galia —el uno fértil y rico, el otro desolado—, Armorica y las tierras vascongadas, no aceptan el latín jamás. El Africa, aunque colonizada enteramente por Italia y penetrada de sangre italiana como no lo fué nunca la Galia, retiene el habla púnica siglo tras siglo hasta la terminación del dominio romano —700 años después de la caída de Cartago: ¡400 años después del fin de la república romana!

España, conquistada y ocupada por los musulmanes, y donde se establecieron en gran número los miembros de una raza oriental de un alto grado de civilización, habla hoy día un latín apenas contaminado por la influencia árabe. La Lombardía, de sangre gala y con una fuerte infusión de reiteradas invasiones germánicas (de mayores proyecciones que las de Gran Bretaña) pierde hasta el rastro del acento galo, aun en su idioma, salvo en uno o dos valles alpinos, reteniendo del idioma germánico, pocas palabras, raras y dudosas. Las llanuras húngaras y los montes Cárpatos son un mosaico de lenguas totalmente disímiles —mongólicas, teutónicas, latinas, eslavas—. Los estados balcánicos tienen, *no* en la parte occidental o europea, sino en el extremo opuesto, un pueblo que perpetúa el recuerdo del Imperio en su idioma; y el lenguaje de los rumanos, *¡no es el griego de Bizancio* que los civilizó, sino el latín de Roma!

Los mahometanos más fanáticos, que se hallan ahora bajo el dominio francés en Algeria, hablan y han hablado durante siglos el Bereber, y no el árabe en forma alguna; y el mismo lenguaje reaparece allende una extensa franja donde se habla el árabe, en el lejano desierto del sur.

El pueblo irlandés, en constante contraste con el inglés, habla sin embargo este último idioma, en su mayoría.

Los franco-canadienses, si bien aceptan la unidad política con Gran Bretaña, conservan su idioma y rechazan el inglés.

Doquiera que extendamos la mirada de nuestra consideración, habremos de descubrir con respecto al lenguaje, un algo tan imponderable como la misma voluntad humana, y tan variado como el mismo instinto del hombre. La tentativa deliberada de imponerlo ha fallado casi siempre. A veces sobrevive como consecuencia de una política deliberada. En otras ocasiones se le restaura en calidad de parte integrante de una protesta nacionalista, como en Bohemia, por ejemplo. A veces *prende* naturalmente y recorre cientos de millas, cubriendo los pueblos más diversos y hasta las civilizaciones más diferentes, con un velo común.

Ahora bien, las ciudades romanas no fueron destruídas; la población nativa no fué destruída ciertamente, ni aun en los contados establecimientos originarios de los sajones y los anglos, a las orillas del mar y los ríos del este. La civilización mantenida por las pequeñas cortes de los cabecillas piratas era: o romana degenerada, o no era nada. Pero el llamado *idioma Anglo Sajón* —el grupo de dialectos semi-germánicos [20] que pudo

[20] *Digo semi-germánicos para que el lector no se imagine, por el uso de la palabra* germánico *o* teutónico *que los varios dialectos de esta clase (incluso los de los piratas del Mar del Norte) eran algo original, vírgenes de la influencia romana. Debe recordarse siempre que sus palabras y raíces*

tener arraigo antes de la retirada de las legiones romanas en el este británico y que de todos modos estaba arraigado allí trescientos años después— corrió el albur de dos suertes. Ora desaparecería para ser reemplazado por dialectos de vocabulario semi-celta y semi-latino, o se extendería hacia el oeste. Pudo parecer imposible que los dialectos teutónicos de los reyezuelos orientales se extendieran hacia el oeste; porque el bárbaro iletrado no enseña al hombre civilizado; el pagano no modela al cristiano. Debemos concluir en que los hechos ocurren al revés. Y sin embargo, en rigor de verdad ocurrió como no debía ocurrir. ¿Por qué?

Antes de contestar esta pregunta, consideremos otro punto. Coincidiendo con la entrada de la civilización por conducto de los sacerdotes romanos misioneros en Kent, otro movimiento misionero se llevaba a cabo al norte de la isla británica, y su impulso era irlandés. Como medio común de expresión utilizaba este último varios dialectos célticos, aun cuando el rito del altar era romano. Si los misioneros celtas hubieran sido los únicos, hoy día todos hablaríamos los derivados célticos. Pero triunfó la misión directa procedente de Roma, precisamente porque contaba con la fuerza de to-

originarias, estaban mezcladas con una masa idéntica de vocablos superiores aprendidos de los hombres del sur en el decurso de los muchos siglos durante los cuales los germanos sirvieron a los romanos como esclavos y como soldados, y se encontraron con sus comerciantes.

da la corriente europea. Las letras, el orden, la legislación, la instrucción y las escuelas, todo ello volvió a Inglaterra por conducto de Kent, y no por Northumberland donde predicaban los irlandeses.

Aun así, hubiera sido imposible la divulgación de una serie de míseros dialectos, desde las pequeñas cortes de las costas orientales (desde Cantorbery y Bamborough, etc.), hacia el oeste, de no haber mediado un tremendo accidente.

San Agustín después de su arribo, propuso a los obispos británicos nativos que le ayudaran en las tareas de la conversión de los reyezuelos paganos y de sus cortes en la costa oriental. Se negaron. Separados de Europa durante tanto tiempo, se habían desviado. Rehusaron la comunión. La pacífica misión romana, llegada en el preciso instante en que el Imperio recobraba a Italia, y se estaba rehaciendo plenamente, fué confinada a las pequeñas cortes orientales. De ellas se sirvió. Auspició *su* lengua, *sus* armas y *su* tradición. Los términos empleados para designar los objetos romanos, fueron traducidos cuidadosamente por los sacerdotes a los dialectos teutónicos de esas cortes; y el avance de la civilización bajo la égida de los misioneros fué hacia el oeste, desde las cortes de los reyezuelos del este, recobrando una región cada vez mayor de la provincia británica. Las escuelas, el mundo oficial —todo— se volvía ahora, por la

influencia de la Iglesia contra la supervivencia de las lenguas celtas del oeste, y en favor de las teutónicas del este.

Una vez que la civilización retornó por el sud y el este, y principalmente por la puerta natural de Kent y a través de los estrechos de Dover, bloqueados durante tanto tiempo, fué reforzada de inmediato la tendencia de los dialectos del este, a extenderse en calidad de idioma de una clerecía organizada y de sus cortes de justicia. Pronto y rápidamente lo cubrió todo, menos las montañas occidentales. Pero en cuanto a la colonización, al progreso de una raza, no hubo tal. Una vez más progresó la organización romana y con ella los dialectos de las cortes que favorecía a la sazón.

Lo que sabemos, pues, de Gran Bretaña, en la época en que la civilización retornó a ella, lo sabemos por medio de las palabras latinas o de los dialectos semi-germánicos que finalmente se fundieron en lo que hoy llamamos anglosajón. Un rey de Sussex cuyo nombre ha pasado a la historia tiene nombre celta; pero leemos sobre sus acciones, en latín, y luego en lenguas teutónicas; y su reino, por más débil que haya sido la proporción de sangre de ultramar en sus súbditos, lleva una divisa de ultramar: *el sajón del sur.*

El mítico fundador de Wessex tiene un nombre celta: Cerdic; pero lo que sobre él se lee, está escrito en latín o en anglo-sajón. El término empleado para designar la organización social en Inglaterra en el período en que vuelve a la civilización, es *hundred* y no *cantref;* el nombre del edificio en cuyo interior la nueva civilización oye Misa, no es *eglywys* sino *church* ([21]). El gobernante, cualquiera sea su sangre o la de sus súbditos, es un *Cynning,* y no un *Reg* ni un *Prins.* Su casa y su corte se llaman *hall* ([22]) y no *plâs.*

Tenemos todo un cuadro de la Gran Bretaña renovada, coloreado por esta habla semigermánica. Mas la Gran Bretaña así pintada no es bárbara. Es una Gran Bretaña cristiana de origen mixto, de antiguos municipios separados durante un tiempo por la ocupación pirata del sur y el este, pero reunida ahora con la civilización única cuya raíz está en Roma.

Esta clara conclusión histórica suena tan a nuevo hoy día, que debo recalcar esto y confirmarlo.

La Europa Occidental, en los siglos VI, VII y VIII, era sumamente indiferente con respecto a nuestras ideas modernas sobre la raza. Nada sabía de nacionalidad. Le interesaba mantener la Iglesia Católica, especialmente contra los bárbaros ex-

([21]) *La palabra* church *es un buen ejemplo de lo que significamos por dialecto teutónico. Viene directamente del Mediterráneo. La palabra original germánica, para designar el templo —si es que habían llegado a tenerlo (pues nada sabemos de su religión)— se ha perdido.*

([22]) Hall *es también una palabra romana adoptada por los germanos.*

teriores. Ese solo objetivo ocupaba su atención, y guiaba a las fuerzas dominantes de la época. La Iglesia, esto es, todos los actos de la vida, pero en especial la historia y la cultura general, volvieron a una Gran Bretaña que había sido separada. Volvió a abrir la puerta. Los cristianos a quienes socorrió se rehusaron a ayudarla. Se decidió por las costas del este y del sur, les enseñó los principios de la organización y llevó con ella a sus dialectos por toda la isla, a la que gradualmente recobraba para la civilización.

Podemos ahora resumir nuestras conclusiones sobre el asunto:

Gran Bretaña, unida al resto de la civilización por un corto viaje marítimo a través de los estrechos de Dover, proveyó de grandes ejércitos, durante los últimos siglos de la dominación romana, a los usurpadores o pretendientes al Imperio, dejando en ocasiones a la isla casi desprovista de tropas regulares. Pero cada vez que se concertaba la paz retornaban también los ejércitos y la dominación persistió hasta comienzos del siglo V. En ese entonces —el año 410 de Nuestro Señor— el grueso de las tropas de los soldados adiestrados partió nuevamente a luchar en el extranjero, y a la sazón el poder central romano decaía. Esas tropas regulares no volvieron, permaneciendo probablemente numerosas fuerzas auxiliares.

En este momento histórico, cuando en todas las provincias del oeste se registraban disturbios y eran frecuentes las depredaciones de los bárbaros, agrupados en bandas pequeñas pero no menos destructoras por ello, Gran Bretaña sufrió como todas las demás. Los escoceses, los irlandeses y los germanos la saquearon por doquier.

Estos últimos, los piratas sajones, traídos en calidad de auxiliares según la costumbre romana, fueron establecidos posiblemente en lugares ubicados en la costa oriental, y es probable que sus dialectos semi-germánicos fueran ya comunes en esas zonas. Pero de todos modos, después de la caída del orden romano, surgieron comunidades separadas, bajo el mando de jefes locales. Las ciudades no fueron destruídas. Tampoco desaparecieron los esclavos ni la gran mayoría de población libre. Mas así como había sucedido en la Europa Occidental, la riqueza declinó rápidamente en el caos. Y el cambio del idioma oficial romano por una mezcla de celta y de dialectos semi-germánicos, en el conjunto de pequeñas cortes, se operó paralelamente a esa ruina. La nueva religión oficial romana —que era por cierto, en el momento de la caída, la religión de una pequeña minoría—, desapareció total o parcialmente de los establecimientos piratas del este. El idioma romano desapareció asimismo de los pequeños principados situados al oeste de la isla, que volvieron a su primitivo celta.

No había fronteras entre el primero de los pequeños territorios de habla germánica, del este, y los celtas del oeste. No había más que una vaga animadversión de oeste contra este o del este contra el oeste; todos luchaban entre sí, sin distinciones.

Después de un período que puede ser cubierto en el transcurso de dos largas vidas, y durante el cual la decadencia fué muy rápida y tan notoria en el oeste como en el este, la plena influencia de la civilización retornó en el 597 con el desembarco de san Agustín y de sus misioneros, enviados por el Papa.

Pero acaeció que las pequeñas cortes piratas del este se habían establecido en las costas que bordeaban la entrada a la isla, y así, como por ellos había sido separada Gran Bretaña de la civilización, también por ellos retornó, a juzgar por lo que sigue:

1) Los pequeños reinos tendieron a coaligarse bajo la disciplina uniforme de la Iglesia.

2) La civilización británica unida, que se formaba así, pudo avanzar gradualmente *hacia el oeste* a través de la isla.

3) Aunque las instituciones europeas eran muy similares entre sí, en todos los países que habían sufrido la influencia romana, aun cuando los consejos de hombres de armas, aun cuando la división de la tierra y del pueblo, en *cientos,* fuera común a toda Europa, *aquéllas recibieron en una extensión cada vez mayor, nombres del este, semi-germánicos, porque fué por conducto de las cortes de los reyezuelos del este, que había retornado la civilización.*

A medida que progresaba la civilización, éstos recibían su nutrimento del continente, con ideas, nuevas instituciones, artes y la disciplina de la Iglesia. Así se hicieron más fuertes en el orden político hasta que toda la isla, excepto la península de Cornualles, Gales, y las montañas del noroeste, fué administrada, mal que bien, por las cortes arraigadas en las costas y los ríos del este, y que hablaban dialectos afines a los de allende el Mar del Norte; mientras que el oeste sin haber participado de la restauración latina, perdió su poder político, y vió cómo disminuía la extensión en que se hablaban los dialectos célticos.

Y en la época en que la vieja provincia romana de Gran Bretaña resurge en el siglo VIII como un país cristiano ordenado, sus crónicas no sólo se escriben en latín, sino también en los dialectos *anglo-sajones* de la corte; de ellos el más importante fué el de Winchester. Muchos nombres de lugares y el idioma común de los habitantes, han seguido este camino, y este cambio, superficial pero intenso, es el cambio aparente principal que se opera en Gran Bretaña durante aquellos 300 años (desde 450-500 hasta 750-800).

Gran Bretaña está reconquistada para la civilización, y fácilmente; otra vez, constituye una parte integrante establecida de la unidad europea, con

los mismos sacramentos, la misma ética y con las mismas concepciones de la vida humana que unieron a Europa con mayor firmeza que el viejo gobierno romano central. E Inglaterra había de permanecer en la unidad de la Cristiandad civilizada por el término de 800 años.

CAPÍTULO VI

La Edad Oscura

A esta altura de mi trabajo, hemos descripto ya las vicisitudes sufridas por el Imperio Romano (esto es, por la civilización y por la Iglesia Católica a la que se había identificado) desde los orígenes tanto de la Iglesia como del Imperio, hasta la crisis del siglo V. Y hemos visto el carácter de esa crisis.

Hubo una decadencia gradual en el poder de la monarquía central, un uso creciente de las tropas auxiliares del ejército sobre cuya base estaba fundada la sociedad romana, hasta que finalmente (en los años que van del 400 al 500 de Nuestro Señor) la autoridad, aun cuando siempre romana en todos los detalles de su forma, dejó poco a poco de ser ejercida desde Roma o desde Constantinopla, cayendo imperceptiblemente en manos de los gobiernos locales. Hemos visto que la administración de esos gobiernos estaba a cargo, en general,

de los principales oficiales de las tropas auxiliares bárbaras, quienes eran a la vez sus cabecillas, de acuerdo a una especie de norma hereditaria.

Hemos visto que no se produjo ninguna infiltración considerable de sangre bárbara, que no se produjeron *invasiones* en el moderno sentido de esa palabra (o por lo menos, que las habidas, no tuvieron éxito); que no desapareció nuestra civilización, y que tampoco se pusieron en práctica nuevas instituciones o ideas provenientes de la barbarie.

Las regiones costeras de Gran Bretaña oriental (el ejemplo más vívido, puesto que allí el cambio fué severísimo) fueron reconquistadas para la civilización y la Fe, por san Agustín. El Africa se recapturó para ser regida directamente por el Emperador; y lo mismo sucedió en cuanto a Italia y el sud de España. Al finalizar el siglo VII, las naciones que en conjunto habían de ser llamadas, la *Cristiandad* (y que no era más que la continuación del Imperio Romano transformado) estaban nuevamente reunidas. Fueron las siguientes una serie de generaciones en cuyo seno las formas de la civilización se establecieron y cristalizaron en unos pocos tipos simples, tradicionales y fácilmente apreciables. El *standard* europeo descendió al nivel de sus basamentos. Las artes elementales de las que dependen nuestro alimento, nuestra bebida, vestido y habitación, sobrevivieron intactas. Las artes

secundarias apoyadas en éstas, decayeron y desaparecieron casi en proporción a la distancia existente respecto de las necesidades fundamentales de nuestra raza. La historia pasó a la categoría de simple crónica. Las letras, en su sentido más bello, casi desaparecieron. Habían de pasar cuatrocientos años más para que Europa despertara de esta especie de letargo en el que se había sumido su espíritu, y este pasaje de la civilización plena del mundo romano a través de este período de simplezas, a veces bárbaras, se llama con propiedad, la Edad Oscura.

Para quien desee comprender la historia general de Europa, es muy importante el percibir la naturaleza y el carácter de aquellos siglos oscuros. Podrían compararse a un lago en el cual las actividades del viejo mundo se agitaban y corrían, para calmarse luego, y que a su debido tiempo había de ser agitado nuevamente por las actividades de la Edad Media, propiamente dicha.

También puede compararse la Edad Oscura al suelo vegetal de un bosque, formado por la desintegración de una florescencia anterior, y destinado a ser el lecho en el que surgirá una nueva.

Es este un fenómeno curioso que se presta a nuestra consideración. Fué aquélla una especie de invernada, o un sueño; un descanso de la materia de Europa. Nos induce a pensar en el flujo y el reflujo de la civilización como de un algo más se-

mejante a una pulsación que a un crecimiento. Nos recuerda el *ritmo* que observamos en todas las formas de la energía. Y nos hace dudar de ese mero progreso de la simplicidad a la complejidad que ha sido considerado como la ley principal de la historia.

La contemplación de la Edad Oscura aporta un poderoso elemento crítico de aquella teoría superficial sobre la evolución social, que está en boga entre las plagas intelectuales de nuestra generación. La historia de Europa se asemeja mucho más a la vigilia y al sueño de un hombre maduro que al aumento indefinido de las aptitudes y fuerzas de un cuerpo en crecimiento.

Aunque la característica principal de la Edad Oscura es el recogimiento, y aun cuando se distinga especialmente por ese retraimiento de Europa hacia sí misma, debe extenderse mucho más todavía nuestro conocimiento sobre esa época, antes que estemos en posesión cabal de la verdad, aun en su forma más general.

Clasificaré a modo de categorías los principales puntos que deben tenerse en cuenta.

En primer término, la Edad Oscura fué un período de intensa actividad militar. La Cristiandad sitiada por doquier, era tenida por plaza fuerte, y sus instituciones durante esos siglos fueron moldeadas por las necesidades militares; tanto así, que desde entonces la Cristiandad contó entre sus cua-

lidades individuales, la del soldado. Una serie interminable de ataques: los paganos y mahometanos, por el norte, por el este y por el sur; agresiones éstas que no podían compararse a las antiguas incursiones de hordas, ávidas tan sólo de gozar de los beneficios de la civilización europea, hordas pequeñas en número y prontas a aceptar la fe y las costumbres de Europa. Las incursiones bárbaras de los siglos V y VI —al finalizar el Imperio Romano— habían sido de esa especie. Pero las profundas crisis de los siglos VIII, IX, y especialmente, del X —en la Edad Oscura— fueron muy diferentes. Si en *esa* lucha las instituciones militares de Europa hubieran fracasado, nuestra civilización hubiera sido borrada; y a decir verdad, en uno o dos momentos críticos, como a mediados del siglo VIII contra los mahometanos, y al final del IX contra los piratas del norte, todo el juicio humano hubiera concluído en que Europa *estaba* condenada. Y en rigor de verdad, cómo veremos dentro de un instante, se salvó por un cabello. La salvaron la espada y el profundo ideal cristiano que animaba al brazo armado. Pero se salvó por un cabello.

El primer ataque vino del Islam.

Un elemento nuevo, profunda y fuertemente anti-cristiano, surgió de pronto, como de la nada, de las ardientes arenas orientales, propagándose como un incendio. Arrasó todo el Levante. Llegó a las puertas de Occidente. Y no era una mera

acometida más de la barbarie, porque el mundo mahometano era tan culto como el nuestro en su primera expansión. En la declinación de nuestra cultura mantuvo la suya en un nivel superior que iba en aumento; y su conquista, en los lugares donde nos conquistó, fué la de algo materialmente superior, en ese momento, al remanente de las artes y tradiciones de la Europa cristiana.

Precisamente en el instante en que Gran Bretaña había sido ganada por fin para Europa, y cuando parecía recobrarse la unidad del oeste (aunque su nivel de vida había descendido a un plano muy inferior), perdimos el norte de Africa; fué barrido de extremo a extremo en una embestida arrolladora de esa fuerza nueva que aspiraba a nuestra destrucción. Poco después las primeras fuerzas musulmanas cruzaron el estrecho de Gibraltar; y meses luego, toda la península ibérica, inexpugnable roca para la antigua cultura romana, se desmenuzó, al menos en el orden político, y Asia la tuvo bajo su férula hasta los Pirineos. Sólo en los valles de las montañas y especialmente en la maraña de la región montañosa del ángulo noroeste del cuadrilátero español, algunas comunidades aisladas de soldados, se mantuvieron firmes. De éstas debía venir la reconquista gradual de España por la Cristiandad, pero por el momento estaban acorraladas y apiñadas en Asturias, como un grupo de hombres luchando respaldados en un muro.

La misma Galia fué amenazada; una hueste mahometana llegó hasta su mismo centro, más allá de Poitiers, a mitad de camino de Tours. Pero felizmente fué derrotada; aunque las guarniciones musulmanas se hicieron fuertes en los distritos del sur, en el borde norte de los Pirineos y a lo largo de las costas de Narbona y Provenza.

La Italia del sur, fué invadida y parcialmente ocupada. Cayeron también las islas del Mediterráneo.

La Edad Oscura (y especialmente los franceses de la Edad Oscura) emplearon gran parte de su energía militar contra ese subitáneo y triunfante movimiento que desgajó a medio Occidente. Los caballeros del norte de España y los jefes de las fuerzas que ocupaban los valles no conquistados, reclutaban de continuo sus fuerzas en la Galia, allende los Pirineos; y el valle norte del Ebro y las planicies de Castilla y León, fueron como de adiestramiento del valor europeo durante trescientos años. Los vascos fueron la base inconmovible de todo el avance.

Este acto de rapiña mahometana fué el primero y de mayor éxito, de los tres grandes ataques.

Después vinieron los piratas escandinavos.

Su invasión, poco numerosa pero por ser pirata, capaz de destruir mucho con reducidas fuerzas, fué puramente bárbara, y duró varios siglos. Hicieron incursiones en todos los ríos y costas de Gran Bre-

taña, la Galia y los Países Bajos. Aparecieron en los mares del sud y sus esfuerzos parecían infatigables. Gran Bretaña, en especial (donde los invasores recibieron el nombre de *daneses)* sufrió un saqueo incesante, y los nuevos enemigos no se interesaban en el suelo romano más que con miras al botín. Su obra era puramente destructiva. Rehusaron aceptar nuestra religión. Si el éxito los hubiera acompañado no se habrían asimilado a nosotros, sino que habrían terminado con nosotros.

Tanto al norte de la Galia como en Gran Bretaña, sus caudillos lograron una base; pero ello sólo fué posible después del peligroso momento en el que fueron contenidas sus fuerzas; fueron avasallados finalmente y se les obligó a aceptar la organización social que habían atacado.

Este instante crítico en el que pareció que Europa estaba condenada, fué el de la última generación del siglo IX. Francia había sido asolada hasta las mismas puertas de París. La invasión enorme sufrida por Gran Bretaña, había obligado a ocultarse a Alfredo, su último rey independiente.

Pero tanto en Gran Bretaña como en la Galia triunfó la Cristiandad, y en la misma generación.

París soportó exitosamente un sitio, y la familia que defendió la ciudad estaba destinada a ser la familia real francesa, a principios de la Edad Media. En la misma década, Alfredo de Wessex re-

cobró el sur de Inglaterra. La situación estaba salvada en ambas provincias de la Cristiandad. Los jefes piratas fueron bautizados; y aunque perduró durante un siglo aun la amenaza material de la barbarie del norte, no existía ya el peligro de nuestra destrucción.

Por último, menos señalado por la historia, pero no por eso menos importante y peligroso, se produjo un avance pagano por las llanuras del norte de Alemania y el valle del Danubio.

La frontera de la Cristiandad en aquella región, desde Augsburgo y el Lech hasta el curso del Elba y el Mar del Norte, no era sino una línea ininterrumpida de fortalezas y de sucesivos campos de batalla. Zona aun incivilizada, ya que hasta las generaciones anteriores al 800, no existía aún la civilización allende el Rin, salvo en partes, en el alto Danubio y en una extensión muy reducida más arriba del valle del bajo Meno.

Pero Carlomagno al frente de los grandes ejércitos galos irrumpió en las germanias bárbaras hasta el Elba. Los obligó por la fuerza de las armas a aceptar la religión, las letras y las artes. Aumentó la extensión de Europa hasta esos nuevos límites y organizó aquellas fronteras como a una especie de contrafuerte del este, lo que no había hecho el Imperio Romano pagano.

La Iglesia fué el mortero de este nuevo cinturón defensivo, cuyas imperfectas poblaciones fue-

ron evangelizadas desde Irlanda y Gran Bretaña. Esa infusión en las germanias de la cultura occidental, esa colonización de una *marca* allende los límites del imperio, fueron un experimento. Y no arrojó resultados satisfactorios absolutos, como lo probó la Reforma. Pero tuvo, al menos, la fuerza suficiente, en el siglo siguiente a Carlomagno, su fundador, para contrarrestar y resistir el ataque oriental contra la Cristiandad.

No fué racial ese ataque. Era eslavo-pagano combinado con lo que restaba aún del elemento germano-pagano, y aun mongol. Su carácter era el del avance del salvaje contra el hombre civilizado y siguió siendo un peligro durante dos generaciones, más que el peligro que la Galia y Gran Bretaña habían rechazado del norte.

Es ésta, pues, la primera característica que debemos recordar respecto de la Edad Oscura; la violencia de la lucha física, y el intenso esfuerzo físico que determinó la salvación de Europa.

La segunda característica de la Edad Oscura procede de la primera que fué de índole militar, y puede llamarse el *feudalismo*.

En suma, era lo siguiente: el paso del gobierno, de manos de los antiguos centros provinciales romanos de la administración, a las de cada pequeña sociedad local y su señor. Sobre esa base se operó una reconstrucción de la sociedad, desde abajo; los señores locales se asociaron entre sí bajo el mando

de sus superiores, y éstos se unieron a su vez en grandes grupos nacionales, bajo un señor nacional.

En la violenta pugna transcurrida por la Cristiandad, la ciudad y la aldea, el valle y el castillo habían tenido que defenderse a menudo por sus propios medios.

Los grandes fundos romanos, con su masa de dependientes y esclavos, a las órdenes de un señor o de un amo, no habían desaparecido. Los descendientes de esos *amos* romanos, galos o británicos, formaron la clase guerrera en la Edad Oscura, y en sus nuevas funciones, únicos depositarios de la autoridad en alguna región expuesta al peligro, llegaron a constituirse en unidades casi independientes.

A efectos de lograr la cohesión, la familia que poseía mayor cantidad de propiedades en un distrito, tendía a ser la privilegiada y dirigente del mismo. Se formaron y agruparon así, provincias enteras, y el sentido algo más vago de unidad mayor tenía su expresión en la elección de una familia, una de las más poderosas en cada país, para ser señora sobre todos los demás señores, grandes y pequeños.

Conjuntamente con este desarrollo de la independencia local y de las agrupaciones locales voluntarias, los antiguos cargos imperiales nominales se transformaron en oficio personal y hereditario.

Un *conde,* por ejemplo, había sido originariamente un *comes* o *compañero* del Emperador. La palabra data de una época muy anterior a la caída de la autoridad central romana. Más tarde el *conde* fué un oficial superior; un gobernador local y un juez —el virrey de un distrito extenso (un condado francés o inglés)—. Su designación, como otros nombramientos oficiales, era revocable. Se le nombraba, al principio, a discreción del Emperador, y luego a voluntad del rey, para desempeñar su cargo en un gobierno local determinado. Y en la Edad Oscura el *conde* se vuelve hereditario. Juzga su gobierno como a una propiedad que después de él ha de pasar de derecho a su hijo. Justifica su derecho a su gobierno en la circunstancia de poseer grandes propiedades dentro de la extensión abarcada por ese gobierno. En una palabra, llega a considerarse, no como un funcionario, sino como un *señor de señores feudales,* y toda la sociedad (y las sombras que quedan de la autoridad central) están de acuerdo con él.

La segunda particularidad de la Edad Oscura es, pues, la transición de la sociedad cristiana, formada por un grupo de dueños de esclavos, ricos y propietarios, regidos impositivamente y administrados por un gobierno regular, a una sociedad de *nobles* guerreros y de sus descendientes, organizada sobre una base de independencia y en una jerarquía de señor y señor de señores, que ya no

se apoya en los *esclavos* de los *villorrios,* sino en un conjunto de siervos cuasi libres, o *villanos.*

Más tarde se construyó una compleja teoría con el propósito de racionalizar esta cosa real y viviente. Se pretendió —por medio de una ficción legal— que el Rey *poseía* casi toda la tierra, y que los señores de señores, *tenían* la tierra real, que los señores inferiores eran *tenientes* de la de sus superiores, etc. El concepto de *tenencia* en lugar del de la *propiedad,* daba margen así para el funcionamiento del sencillo mecanismo de la confiscación en períodos de rebeldía, pero era tan sólo teoría legal, y en cuanto se refería a la idea de los hombres sobre la propiedad, no era más que una mera fórmula. La realidad es la ya descripta.

La tercera característica de la Edad Oscura, fué la curiosa fijeza de la ética, de las tradiciones, de las formas de religión y de todo aquello que distingue a la vida social.

Podríamos presumir que toda la civilización surgió originariamente de un suelo en el que la costumbre perduraba, en modo similar.

Sabemos que en las grandes civilizaciones orientales, la fijeza persistente es normal.

Pero en la historia general de Europa, los hechos se han producido de otro modo. Se ha observado un constante flujo en las formas exteriores de las cosas, en la arquitectura, en el vestido y hasta en

la enunciación filosófica (aun cuando no ocurriera lo mismo en su faz fundamental).

Y en esta móvil superficie de la historia europea, la Edad Oscura constituye una especie de isla de inalterabilidad. Huelgan grandes herejías en el oeste, y salvo uno o dos hombres, no hay tampoco movimiento especulativo. Fué como si el hombre no hubiese tenido tiempo para dedicarse a otra actividad que no fueran el negocio de las armas y la defensa de occidente.

Considerad la vida de Carlomagno que fué la figura central de aquellos siglos. Transcurre casi íntegra en la silla de montar. Le encuentra una estación junto al Elba, y la siguiente le halla cabe los Pirineos. Celebra una Navidad en la Galia del norte, y la Navidad siguiente la festeja en Roma. Toda su historia es una marcha perpetua, de golpes de espada parados aquí, dados allá, en una recorrida perenne de todas las fronteras de la Cristiandad aislada y amenazada. Se ocupa de la enseñanza, pero su idea de la enseñanza, es la del repetir y conservar; su pasión es la de mantener lo que ha sido y no la de crear y expandir. En su corte se nota a veces una decisión ansiosa y en ocasiones desesperada, de preservar la memoria del pasado grandioso, pero casi olvidado, decisión que se deja de lado justamente en el instante peor del asalto pagano; decisión que fué la misma de Alfredo, un siglo después, justamente en el instante

en que el último asalto pagano, el peor, ha sido hecho trizas, al fin.

Durante esos siglos la religión, por así decirlo, se estableció y consolidó. Un enemigo diría que se fosilizó; un amigo, en cambio, que fué fortalecida en gran manera por la presión. Pero sea cual fuera la metáfora escogida, la verdad indicada será la siguiente: que la fe católica entre los 600 y 1.000 se unificó profundamente con Europa. Los últimos vestigios de la antigua civilización pagana del Mediterráneo fueron absorbidos.

Y en la mente europea se formó un hábito de certidumbre y de fijeza aun en los detalles del pensamiento.

Debe notarse al respecto que el centro geográfico de la vida de la Edad Oscura había variado. Con la pérdida de España y del norte africano, con las incursiones mahometanas en el sur de Italia y las islas, el Mediterráneo no era ya el vehículo de la civilización occidental, sino su frontera. La misma Roma debe considerarse a la sazón como una ciudad fronteriza. La irrupción de los bárbaros procedentes del este a lo largo del Danubio, había separado al occidente latino de Constantinopla y de la elevada cultura de su imperio. En consecuencia, el centro del elemento occidental resistente, el núcleo geográfico de la isla de la Cristiandad, cercada en derredor, era Francia, y especialmente el norte de Francia. La Italia del norte,

las Germanias, los Pirineos y el valle superior del Ebro eran esencialmente las marcas de la Galia. La Galia debía preservar todo lo que podía preservarse, en la parte material de Europa y también del espíritu europeo. Y por eso, el Nuevo Mundo, cuando surgió, con su arquitectura gótica, sus Parlamentos, y en general con su resurgimiento pleno de la Edad Media, fué cosa gala.

La cuarta característica de la Edad Oscura, fué material, y es la que nos llamaría la atención más inmediatamente si pudiéramos trasladarnos en el tiempo, y poseer una contemplación física de aquel mundo. Esa característica fué una derivación de lo que ya he dicho antes. El contrapeso material de la inactividad moral e inmutabilidad de la época. Consistió en que la forma externa de las cosas permaneció inmutable. El arco semicircular, la columna corta y ancha, a veces (raras) la cúpula, fueron en general el rasgo distintivo de la arquitectura. No hubo cambio ni tendencia al cambio. Las artes se salvaron pero no progresaron y el trabajo de los hombres se desenvolvió y se efectuó siguiendo las más rígidas normas de la tradición. No surgieron ciudades nuevas. Si se menciona a una (Oxford, por ejemplo), por primera vez en la Edad Oscura, ya sea en Gran Bretaña o en la Galia, podemos presumir su origen romano, aunque no tengamos referencias sobre ella, provenientes de la época imperial.

No se construyeron caminos nuevos. El viejo sistema de las carreteras romanas fué conservado y reparado, pero el interés por el mismo decaía. La rueda de la vida europea giraba muy lentamente.

Estas formas permanentes fueron pocas y simples. Un tipo de edificio público y uno de iglesia; un tipo de escritura, reconocible en todas partes, y un tipo de agricultura con muy pocos productos que lo diferenciaran; sólo eso se conservó.

La quinta característica de la Edad Oscura, es aparentemente, pero sólo aparentemente, contradictoria de ese carácter inmóvil y fundamental que he venido describiendo. Y es que la Edad Oscura fué la época en que germinaron y nacieron a la luz de la existencia sensible, las cosas que permanecen aun entre nosotros y que nos ayudan a distinguir a nuestra Cristiandad del pasado de la antigüedad clásica.

Esto es cierto con respecto a varias cosas materiales; la esquela, la doble brida, el estribo, el libro de hojas en contraposición al antiguo rollo, y muchas más. Es cierto respecto del sistema vial europeo, dondequiera que las carreteras se construyen en forma distinta del antiguo plan romano. Fué en la Edad Oscura, con la decadencia gradual de los costosos terraplenes sobre los pantanos, con la declinación gradual de ciertos centros, con los puentes abandonados sin reparaciones, con las alcantarillas obstruídas que formaban un cenagal

contra los caminos, que se fueron desviando las grandes rutas. En casi todos los anchos ríos de los valles ingleses, donde un antiguo camino romano cruza el curso de las aguas y las orillas bajas, puede observarse el legado de la Edad Oscura para nuestro sistema caminero; puede verse al camino moderno desviado de la línea romana, abriéndose paso en las zonas húmedas por un lugar más seco hacia otro, para volver luego a entroncarse en la carretera romana. Ello puede apreciarse en cualquiera de nuestros Strettons, Stanfords, Stamfords, Staffords, etc., que denotan en todas partes el cruce de una carretera romana sobre un curso de agua. Pero mucho más que en el orden de las cosas materiales, la Edad Oscura forjó el molde donde debía crecer la mente europea. Fué ella la que nos dió dos formas de la leyenda. La una, algo más vieja que la historia, más vieja que el orden romano, algo occidental que reaparece cuando la mente se ve liberada de la rigidez de una elevada civilización; y la otra, esa leyenda que conserva la verdad histórica bajo un velo de fantasía.

La historia inglesa de Tristán, es de la primera: un ejemplo entre mil. De la segunda es ejemplo la leyenda de Constantino, que se convierte gradual e inconscientemente en la famosa Donación.

La Edad Oscura nos ha dejado esa riqueza de relatos que colorean y realzan toda nuestra vida europea, y, lo que es más, conservan en gran parte la

verdad histórica; porque para la verdadera historia nada tiene más valor que la leyenda.

También nos legó la ordenación de nuestra habla. Gran cantidad de palabras desconocidas para la antigüedad, surgieron naturalmente del seno del pueblo, cuando flaquearon las fuerzas del centro clásico. Algunos fueron vocablos originarios de las lenguas que se hablan con anterioridad a la llegada de los ejércitos romanos —*casco,* por ejemplo, una vieja voz ibérica.

Algunas provienen de la jerga de la soldadesca: *spade* (pala) por ejemplo, y *épée,* tienen idéntico origen en el lunfardo griego *la ancha,* que habría de significar en francés, espada, y en inglés al objeto que utilizamos para cavar la tierra. Muchas palabras de carácter técnico en el vocabulario romano pasaron al uso popular siguiendo esa atracción que tienen los pobres por las largas frases oficiales: por ejemplo nuestros vocablos ingles *wild* (salvaje) *weald* (campiña), *wold* (bosque), *waste* (derroche), *gain* (ganancia), *rider* (caballero) *rode* (cabalgó), *say* (decir) y otras mil, derivan todas de frases jurídicas empleadas al finalizar el Imperio Romano.

También cristalizó en el cerrado crisol de la Edad Oscura, en un proceso que no podemos percibir, pues de él tan sólo nos han quedado fugaces resplandores, el conjunto de esas joyas, esas costumbres locales europeas y hasta la vestimenta local que distinguen a un lugar de otro cuando declinan

las comunicaciones de una elevada civilización material. En ello la Edad Oscura depara un consuelo al hombre moderno porque por su ejemplo comprueba que el proceso de creciente complejidad llega a su término; que la tensión del desarrollo se alivia al fin, y que la humanidad tarde o temprano vuelve a sí misma; que en el reposo hay un fin, y que el reposo es fructífero.

La última de las características de la Edad Oscura es la que más ha embargado el ánimo, la que más ha confundido y desviado el juicio de los historiadores acatólicos siempre que intentaron presentar un resumen general de la evolución europea: es la segregación, la homogeneidad y el dominio de la organización clerical.

La jerarquía eclesiástica con su sentido disciplinario, fué la institución civil principal, y la fuerza social de unificación, más importante de la época.

Simultáneamente marchaba junto a ella el establecimiento de la institución monástica, que por doquier vivió su propia vida separada del mundo, que conservó lo que pudo conservar en las artes y las letras, secó pantanos, taló bosques y formó la unidad económica ideal para ese período; unidad que fué casi la única en la cual se pudiera a la sazón formar un capital y conservarlo. La gran orden benedictina formó un telar de clavijas vivientes sobre el cual se extendía la vida moral europea.

Las vastas y crecientes fundaciones de las grandes casas religiosas fijas formaron el volante económico de aquellos siglos. Fueron granero y almacén. A no ser por los monjes, las fluctuaciones derivadas de las invasiones y de la decadencia hubieran roto en un punto u otro, con su violencia, la cadena de la tradición económica, y hubiésemos caído en la barbarie.

Mientras tanto, la Iglesia Católica como institución —la he llamado ya usando una violenta metáfora, una institución civil— de todos modos, una institución política, permaneció en su absoluto sobre la desintegración social de la época.

Todas las cosas comunes crecían lentamente, desenfrenadas y perturbando el plan estricto del antiguo orden del gobierno central recordado aún por los hombres. En cuanto al idioma, Europa era una miscelánea de dialectos locales variables hasta el infinito.

Miles de costumbres locales se estaban convirtiendo en las distintas leyes de cada aldea.

La leyenda, como he dicho, estaba oscureciendo la historia. La base triple de donde habíamos surgido, volvía a introducir sus instintos dentro de la construcción latina del estado, estricta y racional. El estatuto se reemplazaba por doquier, por el contrato, y el hábito substituía la razón de ser de las cosas. Y en este maremagnum la única institución absoluta que podía existir, era la Iglesia. El único

centro cuya alteración no podía imaginarse, era el Papado. El idioma latino, en la forma posterior en que lo empleaba la Iglesia era por todas partes, el mismo, y en todas partes convenía a los rituales que sólo se diferenciaban un tanto, de una provincia a otra, si los comparamos con la diversidad infinita de costumbres y habla locales.

Cuando quiera que una civilización elevada hubiese de resurgir del terreno de la Edad Oscura, era seguro que en primer lugar nos había de mostrar una organización completa de la Iglesia bajo el reinado de un Papa de energía excepcional, y luego, a ese Papa o a los depositarios de su tradición, en conflicto con los nuevos poderes civiles.

Y cuando quiera que un gobierno central hubiese de resurgir, en una forma cualquiera, era seguro que había de iniciarse conjuntamente un conflicto entre los nuevos reyes y la organización clerical que se había consolidado durante la Edad Oscura.

Ahora bien: Europa, como sabemos, despertó de su letargo. Y el instante de su despertar fué el siglo XI. Tres grandes fuerzas: la personalidad de san Gregorio VII, la aparición (por un feliz accidente, una gota de sangre escandinava en la estirpe francesa) de la raza normanda y finalmente las Cruzadas, sacaron a luz el vigor enorme de la naciente Edad Media. Habían de producir una civilización propia, intensa y activa; una civilización

que fué indudablemente la más elevada y la mejor que nuestra raza ha conocido, proporcionada a los instintos del europeo, que colmó su naturaleza y le dió esa felicidad que es el fin del hombre.

Como sabemos también, Europa en este gran experimento de la Edad Media, después de cuatrocientos años de gran vitalidad, ascendía a alturas mucho mayores cuando sufrió un desastre.

De ese desastre, el de la Reforma, me ocuparé luego.

En el capítulo siguiente describiré los comienzos de la Edad Media, mostrando lo que fueron antes de que se desvaneciera nuestra esperanza en su existencia.

CAPÍTULO VII

La Edad Media

He dicho en el capítulo anterior que la Edad Oscura puede compararse a un largo sueño de Europa; un letargo que se inicia en la fatiga de la vieja sociedad en el siglo V y que termina en la primavera y surgimiento de los siglos XI y XII. La metáfora, por supuesto, es muy simple, porque ese sueño fué un sueño de guerra, y durante esos siglos Europa se encontraba manteniendo desesperadamente sus posiciones contra el ataque de todas aquellas fuerzas que deseaban destruirlas; el Islam ardiente y refinado por el Sud; los bárbaros paganos analfabetos por el Este y por el Norte. De todos modos, Europa fué relevada o despertada de su sueño.

He dicho que tres grandes fuerzas, humanamente hablando, operaron el milagro; la personalidad de san Gregorio VII, la breve aparición debida a

un feliz accidente del estado normando, y finalmente, por las Cruzadas.

Los normandos de la Historia, los verdaderos normandos franceses que conocemos, se agitan en el panorama histórico, una generación después del año 1000. San Gregorio fué de esa misma generación. Cuando se inició el esfuerzo normando, era un joven. Murió después de realizar una gran obra, en 1085. Y en la medida en que puede hacerlo un hombre solo, *él*, el heredero de Cluny, rehizo a Europa. Inmediatamente después de su muerte, se oyó hablar de las Cruzadas. De estos tres hechos procede el vigor de una Europa joven, fresca y renovada.

Mucho más pudiera añadirse. Esa época fué iluminada y clarificada por la constante carga caballeresca contra el musulmán. El Asia fué rechazada de los Pirineos y a través de los pasos de los Pirineos cabalgaron siempre los grandes aventureros cristianos. Los vascos, —un pueblo pequeño y extraño— fueron el corazón de la reconquista, pero el valle del torrente de Aragón fué su canal. La vida de san Gregorio es contemporánea de la vida del Cid Campeador. Y en el mismo año de la muerte de san Gregorio, Toledo, el sagrado centro de España, fué arrancada de manos de los mahometanos y de sus aliados los judíos, y conservada firmemente. Todo el sud de Europa vivió espada en mano.

En ese preciso instante aparece el romance; las grandes canciones, la mayor de todas, la *Canción de Rolando;* fermentó entonces la mente europea anhelante después del letargo, penetrando en campos inexplorados. Y el escepticismo alerta que flanquea y acompaña la marcha de la Fe cuando ésta se muestra más vigorosa, comenzó también a hacerse oír.

Hubo hasta una expansión allende los límites orientales, y fué reclamada una parte de la infructífera llanura báltica. Despertaron las letras y la filosofía. Había de aparecer pronto el mayor exponente de lo humano: santo Tomás de Aquino. Brotaron las artes plásticas, el color y la piedra. Retornó el humor, y los largos viajes, y la visión. En general ,el momento era de expectación y adelanto: la primavera.

Pero siguiendo el objeto de estas páginas debo dirigir la atención del lector a esas tres fuentes tangibles de la nueva Europa, que, como ya he dicho, fueron los Normandos, san Gregorio VII, y las Cruzadas.

De los Normandos, podemos decir que en la historia desempeñan un rol parecido al de las *mirae* o estrellas nuevas que resplandecen de pronto en la oscuridad del cielo nocturno, por unas horas, semanas o años, y se pierden luego o se confunden en la infinitud de todas las cosas. No será historiador, en verdad, quien pretenda que Guillermo el Con-

quistador, organizador y creador de lo que hoy llamamos Inglaterra, Roberto el Diablo, los conquistadores de Sicilia, o cualquiera de los grandes nombres Normandos que iluminan a Europa en los siglos XI y XII, eran parcialmente escandinavos. Fueron galos; de corta estatura; de lúcido designio; de golpe vigoroso y de filosofía positiva. No tenían relación alguna con el norteño alto, suave y sentimental, de quien sus remotos antecesores llevaban su nombre ancestral. Pero por otra parte, quien pretenda que ese fenómeno sorprendente y efímero, el Normando, fué *meramente* Galo-Romano, caería en un error; error mucho menos grave, pero aun engañoso. En el habla, en el atavío, en su misma destreza de jinetes, en la cocina, en lo que muestra la parte más íntima del hombre, sus bromas, el Normando era total y aparentemente galo. En su físico, duro, corto, cuadrado, de anchos hombros, alerta, el normando era tan sólo un francés. Pero ninguna otra región de la Galia, *por ese entonces,* hizo lo que hizo Normandía; ni hubiese podido ninguna otra provincia francesa, mostrar como Normandía lo mostró, un poder inmediato tal, de organización y creación, durante los pocos años que duró esa maravilla.

Puede explicarse esa maravilla, e intentaré explicarla. Las sórdidas, desatinadas y criminales devastaciones de las costas de la Europa cristiana por parte de los piratas escandinavos (pequeñas en número, vanas en realizaciones) que llamamos en la historia inglesa "las invasiones danesas", fueron denominadas en la orilla opuesta del canal, las "invasiones de los Nordmanni", de "los hombres del Norte". Procedían del Báltico y de Noruega. Formaron parte integrante del asalto universal que la Edad Oscura de la Cristiandad había tenido que sobrellevar; formaban parte de la incesante presión exterior contra la civilización; y no eran sino una parte de ella. Eran pocos, como han de serlo siempre los piratas. Y fué en los estuarios de una media docena de ríos del continente, y en las Islas Británicas, donde pesaron más en la vida de los europeos. Ahora bien: entre los estuarios de los grandes ríos, estaba el del Sena. Los piratas escandinavos lo forzaron una y otra vez. Al finalizar el siglo IX habían sitiado a París, que se convertía a la sazón, con gran celeridad en el centro político de la Galia.

Había quedado tanto de la tradición romana, en esta última fortaleza del Imperio, que el aquietamiento de los invasores por medio de su establecimiento (casamientos mixtos, y una concesión de tierra en la provincia romana) constituyó una política familiar aun a aquéllos que se titulaban a sí mismos todavía *emperadores* de occidente.

En el año 911, tenemos el último ejemplo de este antiguo método consagrado por siglos de tradición, concediéndoles a los bárbaros del mar, una parcela

de tierra con límites fijos, donde podían establecerse. Se les entregó con tal objeto la provincia marítima *Lugdunensis secunda* (23), con la condición de que no podían aspirar a una partición de tierra fuera de sus límites.

Por analogía con todos los experimentos similares, podemos certificarnos de lo ocurrido en ese caso, aunque no haya documentos contemporáneos sobre el asunto de Normandía, que nos proporcionen esos detalles.

Los bárbaros, pocos en número, al llegar a una provincia romana fértil y densamente poblada, afectaron muy poco su sangre, pero sus jefes ocuparon regiones sin dueño; en lugar de los herederos de los señores sin descendencia directa se casaron con las herederas de otros; enfeudaron grupos de hombres menos importantes, tomaron su parte en la renta y ayudaron a responder de las levas militares y ante el gobierno central. Su jefe se hizo responsable ante la corona.

Para la masa de la población, el nuevo arreglo no introducía cambios; ya no había esclavos, pero aún existían los siervos. Seguros de la posesión de sus pequeñas chacras, pero obligados aún a trabajar por su señor, poco les importaba que su señor hubiera casado a su hija con un pirata, o hubiera hecho de éste un heredero o socio en sus posesiones. El único cambio que notaría el siervo después del establecimiento sería el cese de los saqueos y de las devastaciones bárbaras.

(23) *La delimitación de esta provincia data de Diocleciano. Existía desde hacía 600 años, y el nombre posterior,* Normandía, *ocultó el hecho esencial de que era una división romana, como acontece en ese orden probablemente, con nuestros condados de Inglaterra.*

En la clase dirigente que comprendía a una diez o veinte mil familias, la diferencia en cambio hubiera sido muy notable. Los piratas recién llegados, aunque insignificantes en número si se los compara con la población total, constituían una fracción muy grande agregada a ese cuerpo tan reducido. La nueva sangre, aunque en proporción reducida penetró rápidamente en el seno de la comunidad. Los nombres y las costumbres escandinavos tuvieron tal vez, al principio, cierto efecto entre la clase privilegiada, con la que se mezclaron primero los escandinavos. Mas desapareció pronto. Y así como ocurrió siglos antes en los experimentos análogos anteriores, fué el jefe bárbaro y sus descendientes los que tomaron las riendas del gobierno local *teniéndole* como se solía decir, del gobierno central de la Galia.

Estos *hombres del Norte,* el nuevo y sorprendente agregado hecho a la provincia, fueron llamados por los galo-romanos, como ya hemos visto, *Nordmanni.* La provincia romana dentro de cuyos límites fueron establecidos, la segunda Lyonesa, fué llamada *Normannia.* Durante un siglo la leve mezcla sanguínea operó en la masa de la población

galo-romana de la provincia, y pese a ser numéricamente pequeña, influenció su carácter, o, más bien, produjo un algo nuevo, del mismo modo en que en ciertas combinaciones químicas el pequeño agregado de un elemento nuevo transforma el todo. Al empezar el siglo XI, cuando todas las cosas nacían a una vida nueva, ya nacido el gran santo que desde la sede de Pedro había de restaurar la Iglesia, cuando el avance de los habitantes de los Pirineos comenzaba a arrojar resultados positivos, contra el Islam, apareció también ese fenómeno súbito, esa cosa nueva —francesa en el habla, en las costumbres y en la disposición corporal, pero diferente sin embargo del resto de los franceses—: la *raza normanda*.

Poseía estas características: un gran amor por el orden estricto, un temperamento militar alerta, y una pasión por la realidad que hizo de sus construcciones, hasta de barcos (aunque no era, en general, una raza marina) excelentes creaciones, y de sus iglesias y castillos, los más sólidos de su tiempo.

Todas las características de los normandos (una vez formada su raza) los llevaban necesariamente al progreso. Conquistaron y organizaron Inglaterra. Conquistaron y organizaron a Sicilia, y al sud de Italia; hicieron de la misma Normandía el estado ideal en una época de confusión; hicieron planos de las tierras; desarrollaron la táctica de la caballería protegida con cotas de malla. Y sin embargo

la raza normanda no duró en su apogeo más de cien años, y pasado su rápido fulgor se confundió otra vez en la masa de las cosas europeas.

Podemos tomar a los primeros señores aventureros del Cotentin, aproximadamente en el 1030, como los iniciadores de la gesta normanda; podemos tomar a la corte del joven Enrique II y a sus hombres del sur y a su gran cultura, aproximadamente en el 1160, como su término. Durante ese lapso, el normando no sólo reintrodujo la exactitud en el gobierno de los hombres, sino que proveyó también de su espada al nuevo Papado, proporcionando el marco de formación de la hueste cruzada. Pero antes de que su aventura hubiese terminado, el idioma francés y el orden romano se extendían desde los Grampianos hasta el Éufrates.

Hablaré ahora del Papado y de las Cruzadas.

San Gregorio VII, la segunda de las grandes fuerzas recreadoras de la época, era de estirpe toscana campesina, de tipo etrusco, y en consecuencia de habla italiana. Su nombre era Hildebrando. Entender su carrera, es la piedra de toque para saber si el historiador entiende la naturaleza de Europa. Porque san Gregorio VII no impuso nada en Europa. No hizo nada nuevo. Reforzó tan sólo el ideal con la realidad. Provocó una resurrección del cuerpo. Socializó a la Iglesia centralizada y a Occidente.

Por ejemplo, por ese entonces era ideal, de doctrina y tradición, la costumbre más extendida en fin, que el clero fuera célibe. San Gregorio obligó al celibato como disciplina universal.

La tremenda majestad del Papado se tenía presente en la mente humana como una vasta concepción política, desde hacía tiempo inmemorial. San Gregorio organizó esa monarquía y le dió los instrumentos propios de gobierno.

La unidad de la Iglesia había sido la imagen constante sin la cual no podía entenderse la existencia de la Cristiandad: san Gregorio hizo que esa unidad fuera tangible y visible. Los historiadores protestantes que en su mayoría ven en el hombre un fenómeno esporádico, dejan al descubierto por medio de esa errónea interpretación, el origen de su anemia cerebral, y prueban que la fuente de su alimento intelectual no procede de la fuente de la vida de Europa. San Gregorio no fué un inventor sino un renovador. No trabajó sobre su material, sino dentro de él; y su material fué la naturaleza de Europa; nuestra naturaleza.

Llena está la historia de los abrumadores obstáculos que hombres como él habían de encontrar. Están en lucha no sólo contra el mal sino también contra la inercia y con los intereses locales, la visión confusa y los horizontes limitados. Siempre se consideran derrotados como se consideró derrotado san Gregorio, al morir. Y siempre demuestran a la

posteridad que han hecho mucho más que cualquier otro tipo humano. La Europa que dejó san Gregorio al morir, fué el monumento de ese triunfo de cuya consumación no hubo duda. Y el temor de ese fracaso le hizo decir al morir: *He amado la justicia y odiado la iniquidad; por eso muero en el destierro.*

Inmediatamente después de morir, tuvo lugar el estupendo esfuerzo galo de las Cruzadas. Las Cruzadas fueron el segundo de los grandes alzamientos armados de los galos. La primera, siglos atrás, había sido la invasión gala de Italia y Grecia y las costas del Mediterráneo, en los antiguos tiempos paganos. La tercera, siglos después, había de ser la ola de la Revolución y de Napoleón.

El prefacio de las Cruzadas fué escrito en las interminables y ya triunfantes guerras libradas por la Cristiandad contra el Asia, en España. *Estas* habían enseñado el entusiasmo y el método por medio del cual podía rechazarse con lentitud al Asia que durante tanto tiempo y en su plenitud había sitiado a Europa. De *éstas* procedía la ciencia militar y la aptitud para sufrir el cansancio, que hizo posible la marcha de 2.000 millas sobre Tierra Santa. Las consecuencias de este tercer y último factor, en el renacimiento de Europa son tantas, que sólo puedo dar de ellas una lista.

El occidente, aun primitivo, descubrió por conducto de las Cruzadas, la gran cultura, la acumula-

da riqueza, las fijas tradiciones civilizadas del imperio griego y de la ciudad de Constantinopla. Y descubrió también en una nueva y vívida experiencia, al oriente. El solo hecho de recorrer tantas tierras, el solo hecho de ver tantos lugares, tantos hombres, expandió y rompió las murallas de la mente de la Edad Oscura.

El Mediterráneo fué cubierto por naves cristianas, y recobró su puesto, con fértil rapidez, de gran ruta de intercambio.

Europa despertó. Toda la arquitectura se transforma, y surge un estilo totalmente nuevo: el gótico. Aparece entre las instituciones de la Cristiandad la concepción de los parlamentos representativos, de origen monástico, transportada con éxito al orden civil. Surgen las lenguas vernáculas y con ellas, los comienzos de nuestra literatura: el toscano, el castellano, la langue d'Oc, el francés del norte, y algo después, el inglés. Aun las lenguas primitivas que habían conservado siempre su vitalidad desde épocas inmemoriales, el celta y el germano [24] adquieren nuevas fuerzas creadoras y pro-

[24] *Quiero decir en ambos grupos de lenguaje tal como los encontramos registrados por vez primera, porque en esa época ambos y especialmente el germánico, estaba saturado de palabras del sur tomadas del Imperio; pero los originales sólo se conservaron juntamente con este nuevo vocabulario. Nuestra primera noticia del dialecto teutónico, por ejemplo, data del siglo VIII (el llamado Gótico Primitivo, es un fraude) pero ya entonces la mitad o más de las palabras, es realmente germánica, inafectada al parecer por las leyes y el idioma imperiales.*

ducen una literatura nueva. Surge la institución fundamental de Europa, la Universidad; primero en Italia, inmediatamente después en París, que se convierte luego en centro y tipo de todo el sistema.

Los gobiernos civiles centrales comienzan a corresponder a sus límites naturales; se fija ante todo la monarquía inglesa; se une el reino de Francia; pronto han de cambiarse las regiones de España. Ha nacido la Edad Media.

La flor de este experimento fundamental en la historia de nuestra raza, fué el siglo XIII. Eduardo I de Inglaterra, san Luis de Francia, y el Papa Inocencio III, fueron los prototipos de sus dirigentes. Europa se renovaba por doquier; se construían nuevas murallas blancas alrededor de las ciudades, nuevas catedrales góticas en su interior, nuevos castillos en las montañas, las leyes se codificaban, se descubrían los clásicos, volvieron a debatirse activamente las cuestiones filosóficas, produciendo en su primer esfuerzo la cumbre del poder expositivo, con santo Tomás, el más fuerte y viril de los intelectos que la sangre europea ha dado al mundo.

Dos características destacan a la época para los que se hayan familiarizado con su arquitectura, sus letras y sus guerras; una nota de juventud y una de satisfacción. Pudo imaginarse entonces que Europa se había cumplido y el sueño imborrable de una sociedad satisfactoria parecía haberse mate-

rializado para siempre en el seno de la comunidad de los cristianos.

Pero ni esa perduración ni ese bien le son permitidos a la humanidad; y el gran experimento, como lo he llamado, estaba destinado a fracasar.

Mientras floreció, todo lo que es característico de nuestra ascendencia y naturaleza europeas, estaba visiblemente presente en la vida diaria y tanto en las pequeñas instituciones de Europa como en las mayores.

Nuestra propiedad de la tierra e implementos, estaba bien dividida entre muchos o entre todos; produjimos al campesino; mantuvimos la independencia del artesano; fundamos la industria cooperativa. En el orden de las armas surgió el tipo militar que vive de acuerdo a las virtudes propias de las armas y detesta los vicios que de ellas pueden nacer. Y por sobre todo, esas generaciones fueron fortalecidas por un apetito de verdad intenso y viviente, por una gran percepción de la realidad. Vieron lo que tenían ante su vista, y llamaron las cosas por su nombre. Nunca estuvieron tan acordes con los hechos, las fórmulas políticas o sociales, jamás estuvo tan unida la masa de nuestra civilización... Y a pesar de todo, no duró mucho.

A mediados del siglo XIV la decadencia de la flor se hacía evidente en forma trágica. Se toleraban nuevos actos de crueldad, triunfaban las intrigas; la vacuidad se hizo notar en la frase filosófica y en la sofistería del argumento, y eso marcó el cambio en el curso de la corriente. No fué una institución del siglo XIII sino una del siglo XIV, la que ocasionó el relajamiento; el Papado profesional prisionero, los parlamentos que tendían a la oligarquía, las ideas populares que se borraban de la mente de los gobernantes, las órdenes monásticas nuevas, vigorosas y democráticas ya contaminadas por la riqueza y que comenzaban a fluctuar —aunque estas últimas pueden siempre rehabilitarse—.

Y por añadidura sobrevino el terrible accidente de la Muerte Negra. Aquí moría mitad de la población, allí un tercio, más allá un cuarto; y el gran experimento de la Edad Media no pudo reiniciarse después de este golpe.

Los hombres se aferraron a su ideal durante aun ciento cincuenta años más. Las fuerzas vitales desarrolladas llevaban todavía a Europa, de una perfección material a otra; el arte de gobernar, la sugestión literaria, la técnica de la pintura y la escultura (elevadas en algunos lugares por una visión mejor, degeneradas en otros, por una peor) se desenvolvieron y multiplicaron en todas partes. Pero la realización suprema del siglo XIII fué considerada como efímera al finalizar el XIV, y en el XV era ya manifiesto a todos que la tentativa de fundar una Europa simple y satisfecha había fracasado.

Las causas fundamentales de este fracaso no pueden analizarse. Podrá decir alguno que la ciencia y la historia eran muy débiles aún; que la parte material de la vida no era suficiente, que faltaba el conocimiento cabal del pasado, necesario para obtener la permanencia —o se podrá aducir que el ideal era demasiado elevado para el hombre—. Yo, por mi parte, me inclino a creer que otras voluntades distintas de las mortales se disputaban el alma de Europa, como combaten diariamente por la conquista de las almas individuales, y que esa batalla espiritual que se desarrolla perpetuamente sobre nuestras cabezas, fué vuelta contra nosotros por un tiempo, a raíz de algún accidente. Si es fantástica esta sugestión (y sin duda lo es) no hay otra de cualquier modo, que sea completa. Con el siglo XV habían de sobrevenir la prueba y tentación supremas. La caída de Constantinopla y la circulación del griego; el redescubrimiento del pasado clásico, la imprenta, los nuevos grandes viajes —la India al Este, América al Oeste— habían llevado a Europa (en el corto lapso de una vida humana [25], entre el 1453 y 1515) repentinamente, a una tierra nueva, mágica y peligrosa.

(25) *La vida de un gran hombre muy famoso, cubre justamente ese lapso. Fernando, rey de Aragón, el poderoso español, padre de la más noble de las reinas inglesas, nació un año antes de la caída de Constantinopla y murió un año antes de que Lutero se encontrara arrastrado a la cabeza de una ola caótica.*

A las provincias europeas sacudidas por una tempestad intelectual de descubrimientos físicos, perturbadas por una expansión abrupta e indigerida del mundo material, de las ciencias físicas y del conocimiento de la antigüedad, le sería ofrecido un fruto que cada una podría probar, a voluntad, pero cuyo gusto habría de llevar a males que ningún ciudadano europeo había soñado hasta entonces; a cosas que hubieran hecho temblar a los criminales intrigantes y crueles tiranos del siglo XV, si les hubiera sido dado contemplarlas, y a un desastre que casi volcó la nave de nuestra historia, haciendo que se perdiera para siempre su carga de letras, de filosofía, de artes y del resto de nuestra potencialidad.

Ese desastre se llama comúnmente *la Reforma.* No pretendo analizar sus causas materiales, porque dudo de si alguna de ellas fué íntegramente material. Prefiero más bien analizar el suceso y demostrar cómo los antiguos límites de Europa se mantuvieron firmes, aunque resquebrajados, resistiendo los embates de la tempestad; cómo esta tempestad pudo no haber arrasado sino las partes en grado suficiente por la Fe y las costumbres propias de los hombres ordenados —las Alemanias exteriores y Escandinavia—.

El desastre no hubiera sido de magnitud tan considerable, y Europa hubiera podido rehacerse una

vez pasada la tormenta, si una excepción de importancia fundamental no hubiera determinado la crisis más intensa del temporal. Esa excepción fué la apostasía de Gran Bretaña.

Y simultáneamente con la pérdida de esta antigua provincia del Imperio, una nación, y sólo una de aquéllas que no habían sido criadas por el Imperio Romano, resistió el golpe, y preservó la continuidad de la tradición cristiana; y esa nación fué Irlanda.

CAPÍTULO VIII

¿Qué fué la Reforma?

Es esta tal vez la pregunta histórica de mayor importancia después de la cuestión originaria: ¿Qué fué la Iglesia en el Imperio Romano? Una respuesta cabal a esta última nos permite conocer la naturaleza de esa revolución capital después de la cual Europa llegó a la unidad y a la madurez, y logró la obtención de una conciencia cabal sobre sí misma. Pero una respuesta a la segunda pregunta: ¿qué fué la Reforma?, comienza a explicarnos nuestro malestar moderno.

Una respuesta a esa pregunta tiene tan fundamental importancia, porque sólo después de *comprender lo que fué la Reforma,* es que podemos comprender sus consecuencias. Sólo entonces sabremos cómo el unido cuerpo de la civilización europea fué cortado en dos y cuál fué la especie de su herida. La abominación del industrialismo; la pérdida de tierra y de capital, por parte del pue-

blo en los grandes distritos de Europa; el fracaso de los descubrimientos modernos en servir al último fin del hombre; las guerras sucesivas en escala cada vez mayor siguiendo un orden ascendente de crueldad y destrucción, hasta el punto en que se cuentan ahora los muertos en decenas de millones; el creciente caos e infortunio de la sociedad —todas estas circunstancias se unen las unas a las otras, cada una ocupa su posición, y otros cien fenómenos de menor cuantía, cuando los apreciamos como nos es posible hacerlo hoy día—, la naturaleza y magnitud de esa catástrofe central.

Es posible que ahora este peligroso negocio esté tocando ya a su fin y que (por más que los que viven en la actualidad no vivirán para verlo) la Cristiandad entre en su convalecencia; puede que finalmente pase el período de la fiebre. No me interesa ese punto ahora. Mi objeto es tan sólo el de explicar la tormenta que agitó a Europa hace cuatrocientos años y que en menos de un siglo llevó a la Cristiandad al naufragio.

Las verdaderas causas permanecen ocultas, porque fueron espirituales.

En la proporción en que un asunto histórico interesa a la humanidad, surge no de causas aparentes y manifiestas —y mucho menos, materiales— sino de alguna oculta revolución del espíritu humano. Pretender un examen de las fuentes secretas donde se nutre la mente humana, es cosa trivial. Cuanto mayor sea el asunto, tanto más procederá de esas fuentes ocultas que el teólogo puede catalogar, el poeta ver en visión, explicar el místico, pero sobre las cuales no puede tratar la historia externa y positiva, y que no puede manipular el mero historiador. Es función propia de la historia, el presentar el asunto en su faz exterior, como un testigo que lo hubiera presenciado, y mostrar al lector, tanto como pudo observar un espectador —iluminado eso sí, por un conocimiento del pasado y un juicio obtenido de los hechos subsiguientes—. El historiador contesta a la pregunta *¿qué fué* esto o aquello. Pero a la pregunta *¿por qué fué?* si es en el orden espiritual (como lo son todas las cosas principales) el lector deberá darse su propia respuesta basada en otras aptitudes distintas que las de la ciencia histórica.

Es el olvido de esta regla, el que esteriliza a tantos trabajos. Leed la tentativa de Gibbon para demostrar la razón *por la cual* surgió la Iglesia en el Imperio Romano, y observad su vacuo fracaso [26].

Notad también cómo todo examen de las causas

[26] *Es cierto que Gibbon no estaba capacitado para esa tarea, por su falta de imaginación histórica. No podía entender el espíritu de una época pasada, ni podía adoptar otra disposición de ánimo que no fuera la de Voltaire, su maestro. Pero no sólo Gibbon ha fracasado en explicar la gran revolución (A. D. 29-304). Ninguno de los que lo intentaron alcanzaron el éxito. No era de este mundo.*

de la Revolución Francesa está embebido de un algo de mezquindad y degradación, muy desproporcionado por cierto a esa estupenda cruzada que transformó el mundo moderno. La verdad es que el historiador no puede analizar sino esas causas, materiales, todas evidentes y positivas, que se hallan comprendidas dentro de los límites de su provincia del conocimiento, y tales causas no bastan para explicar la totalidad del resultado. Si escribiera yo aquí, el *porqué* del advenimiento de la Reforma, mi respuesta no sería histórica sino mística. Diría que vino *de lo exterior al hombre.* Pero eso sería hacer afirmaciones sin esperanza de prueba y sólo confiando en que todas las tentativas de obtener pruebas positivas, fuesen despreciables. Por fortuna no me incumbe tan profunda materia, sino tan sólo en la presentación de la cosa, tal cual fué. A ello me dedicaré ahora.

Al finalizar la Edad Media aparecieron juntos dos fenómenos en la sociedad europea. El primero fué el envejecimiento y la creciente fatiga del sencillo sistema medioeval; el segundo, un rápido acrecentamiento del poder técnico.

En cuanto al primero he sugerido, y no es más que una sugestión) que el sistema medioeval de la sociedad, pese a ser el que más se ajustaba a nuestra raza, siendo la más valiosa expresión que ha encontrado hasta ahora, pese a que fué generadora especialmente de felicidad (que es aquí y después

de aquí el fin del hombre) no contaba con instrumentos apropiados de supervivencia.

Su ciencia era demasiado imperfecta, sus instituciones, demasiado locales, aunque su filosofía fuera la más amplia de cuantas se han enunciado y la que más puede satisfacer la inteligencia humana.

Sea cual fuere la razón, esa sociedad *envejeció* rápidamente. Todas sus instituciones se hicieron puramente formales o se degradaron. Los gremios, verdaderas entidades corporativas destinadas a la justa distribución de los medios de producción, y a la prevención del proletariado de la vileza del cáncer del capitalismo, tendieron a convertirse en cuerpos privilegiados. Aun el corazón de la Europa cristiana, la villa, demostró algunos síntomas leves de que podía llegar a convertirse en una oligarquía de chacareros privilegiados, terratenientes, y que subyugasen a los hombres. Las órdenes monásticas estaban contaminadas por doquier de mundanidad, de abandono de sus reglas y en algunas ocasiones, del vicio. El gobierno civil se envolvió en una niebla de tradición y de reglas complejas. Toda clase de falsos arreos teatrales comenzaron a deformar la sociedad, especialmente la exageración heráldica y el exceso de simbolismo que pronto no tuvo pie ni cabeza.

La organización temporal y visible de la Iglesia no escapó del tumulto. El letargo, la avaricia y la

rutina que sufrió esa organización, han sido exagerados y colocados fuera de la justa perspectiva. Sus enemigos las describieron en un cuadro feroz. Pero en cierto grado la organización eclesiástica temporal decayó al finalizar la Edad Media. Era en parte el concepto de dar todo por sentado, el convencimiento de que nada podría trastornar la unidad de Europa; era en parte la enorme concentración de los bienes en manos del clero, producto de la nueva actividad económica de toda Europa, con el agravante del poder absoluto del clero en ciertos centros y la función económica universal de Roma; en parte fué la pérdida de la fe, del pueblo. Todas estas circunstancias reunidas coadyuvaron en la explosión. Todas las instituciones (dice Machiavello) deben volver a su origen, o perecerán. En el último siglo de la unidad europea se registraron en varios lugares tentativas esporádicas de hacer revivir la vida común, especialmente en el orden espiritual, por medio de un retorno a los primitivos entusiasmos comunales en los cuales tiene necesariamente sus orígenes históricos la religión.

No era extraño. Tampoco lo era que esos estallidos esporádicos y espontáneos tuvieran cada uno su propia peca o vicio, o falso color.

Lo que era realmente notable, lo que determinó que ese período fuese único en toda la historia de la Cristiandad (salvo la inundación arriana) fué

la incapacidad de la organización exterior de la Iglesia en ese momento, de apreciar el descontento espiritual, y de satisfacer el hambre espiritual cuya manifestación fueron esos errores.

En una época más calma, la organización exterior de la Iglesia hubiera absorbido y regulado las cosas nuevas, buenas y malas. Hubiera ridiculizado a las herejías, hubiera canalizado las exaltaciones y humanizado los descubrimientos. Pero los acontecimientos se desarrollaban con creciente celeridad, y la sociedad de los cristianos occidentales se precipitaba de experiencia en experiencia. Inundada de antiguos pergaminos descubiertos, de los reconocimientos de los continentes desconocidos, con el nuevo comercio, la imprenta, y, en calidad de efecto tal vez más que de causa, con el renacimiento completo de la pintura, la arquitectura, la escultura y toda la expresión artística de Europa.

En rigor de verdad, no se advirtieron ni se apreciaron esas dudas y agitaciones y tentativas de volver al entusiasmo religioso de los primeros tiempos. El hambre espiritual de la época no fué saciado. Su extravagancia no fué expuesta ni al disolvente del escarnio ni a la llama de la indignación; en consecuencia no fué agostada ni desarraigada. Porque el espíritu había envejecido. El gran movimiento espiritual de Europa fué reprimido al azar, y también al azar se le animó; pero no ha-

bía, al parecer, ninguna fuerza social en toda la Cristiandad que pudiera persuadir, alentar y ordenar; aun el Papado, ese núcleo de nuestra unidad, había sido sacudido por la división y la intriga.

Debe entenderse claramente que en lo que se refiere a la forma particular de las herejías, las cosas tenían un carácter local, peculiar y despreciable. Wycliffe, por ejemplo, no fué estrella matutina de la Reforma más de lo que lo fué del Imperio inglés moderno, Tangier, que figuraba en la dote de Catalina de Braganza. Wycliffe no fué sino uno de los muchos hombres que teorizaban por toda Europa sobre la naturaleza y la moral de la sociedad, munido cada uno de una metafísica especial sobre el Sacramento; cada uno con su *sistema*. Esos sofistas han abundado siempre; abundan hoy día. Algunas de sus extravagancias fueron sostenidas por muchos protestantes, más tarde, como sucedió frecuentemente; pero otras (tales como su teoría de que no podía poseer tierras ¡si no se estaba en estado de gracia!) caían en el extremo opuesto al protestantismo. Y así con todas: y había cientos. No había teoría ni sentimiento comunes contra la corrompida autoridad eclesiástica que marca el ocaso de la Edad Media. No había nada parecido a lo que llamamos hoy día el Protestantismo. A la verdad, ese espíritu y esa actitud mental no aparecen hasta después del

transcurso de dos generaciones posteriores al comienzo de la misma Reforma.

Lo que *había* era un descontento general, y una fricción exasperada contra la organización temporal existente, rígida y sin embargo degenerada en grado sumo, de las cuestiones religiosas; y en su inquietud contra esa indigna férula, los distintos centros de rebelión, presentaban ahora esa teoría alarmante que sabían habría de molestar a la Iglesia oficial, y luego, otra, con el mismo objeto pero quizás completamente opuesta a la anterior. Por momentos negaban algo tan viejo como la misma Europa, tal como el derecho de la propiedad; luego un uso o costumbre, tal como la comunión bajo una sola especie; o ya una regla obligatoria como el celibato. Algunos eran rematadamente locos. Otros, en el extremo contrario, no hacían más que exponer reliquias falsas.

Generador de estas esporádicas herejías era el malestar social general. Muchos se basaban en complicados sistemas, pero ninguno de estos sistemas constituía un verdadero credo, es decir un *motivo;* ninguno de esos impulsos tenía tras de sí a un poder filosófico director; todos y cada uno, no eran más que reacciones violentas y ciegas contra una autoridad clerical que escandalizaba y causaba una tirantez general.

Daré un ejemplo. Una de las formas más en boga que adoptó la protesta, fué como ya he dicho,

la petición de la Comunión bajo ambas especies y el restablecimiento de la que había sido en muchos lugares una antigua costumbre; el beber del Cáliz después del Sacerdote.

¿Hay otra cosa que pueda probar mejor que lo que se agitaba no era sino una mera irritación contra la organización exterior de la Iglesia? ¿Hay algo que pueda tener una relación aún menor con los fundamentos de la Fe? Por supuesto que como *implicación* de doctrina falsa, como por ejemplo que el sacerdocio no es una orden, o que la presencia de Nuestro Señor no es real en ambas especies, tenía su importancia. Pero en sí mismo ¡qué *respingo* tan trivial! ¿Por qué se había de desear el Cáliz sino es por disentir de la costumbre establecida?

Veamos otro ejemplo. Ocupa un lugar preeminente entre las últimas expresiones de descontento, la de los Adamitas (27), que entre otros principios, rechazaban el uso del vestido en las ocasiones más solemnes de su ritual, a las que asistían desnu-

(27) *La aparición de estas rarezas es casi contemporánea a Wycliffe, y data como su carrera de cien años antes de la Reforma propiamente dicha; las sectas varían en duración. Algunas, como la de los Calvinistas aun cuando declinan numéricamente muy pronto, conservan intactas sus doctrinas durante 400 años, hasta ahora; otras, como la de Joanna Southcott apenas si duran una vida; los Modernistas, una década menos; los Mormones casi un siglo, y aun no han visto su fin. Yo encontré en Colorado a un hombre, en 1891, a quien sus amigos creían el Mesías. Contrariamente a los Wycliffitas, los Adamitas existen aún en Austria.*

dos; locos delirantes. Todo aquello no era más que una desordenada protesta contra la desaparición de un sistema social, que aparecía tanto más terrible, cuando que *había* sido un refugio tan seguro. Porque en esencia *estaba* fundado en los apetitos más íntimos del europeo. Los herejes estaban enfadados porque habían perdido su techo.

Este cuadro muy general, omite a Huss, y al movimiento nacional que representó. Omite el cisma papal; el Concilio de Constanza; los grandes hechos del siglo XV en el orden religioso. Me ocupo solamente de presentar el carácter general de la época y ese carácter fué el que he descripto; el nacimiento de un descontento irreprimible, en gran parte justificado; una especie de erupción crónica que cubría toda la epidermis de la Europa Cristiana, erupción que el cuerpo de la Cristiandad no podía absorber ni curar.

Llegados a este punto —y antes que dejemos el siglo XV— debemos considerar otro rasgo histórico que es de fundamental importancia para apreciar si hemos de entender lo que siguió; porque fué un matiz común a todo el pensamiento europeo hasta mucho tiempo después que se hubiera establecido finalmente la división permanente de Europa. Es un rasgo que casi todos los historiadores omiten, y que sin embargo se manifiesta en la lectura de cualquier expresión contemporánea. Y es el si-

guiente: *Nadie, en la Reforma, soñó que fuera posible la existencia de la Cristiandad dividida.*

Esa inundación de movimientos heréticos fué *ecuménica;* no fué peculiar de una raza, ni de un clima, ni de una cultura, ni de una nación.

Los innumerables innovadores, hasta los más temibles, pensaban de Europa como de un todo. Deseaban afectar a la Iglesia universal, y cambiarla, *en conjunto.* No tenían ambiciones locales. No representan sangre o temperamento particulares; sino que se alzan por doquier, inspirados por el malestar universal de una sociedad que es aún universal. Era tan fácil toparse con uno que se llamaba el Mesías en Sevilla, como un entusiasta negador de la Presencia Real, en Aberdeen.

La costumbre fatal de leer en el pasado lo que sabemos de su futuro, ha dañado a la historia, en este orden, de modo muy deplorable, y los hombres, ya sean protestantes o católicos, que están acostumbrados ahora al protestantismo, leen el protestantismo y la idea absurda de la religión local —religión verdadera en un lugar y falsa en otro— en un pasado en el que el menos instruído de los fantoches se hubiera reído en la cara del que le presentara tamaña estupidez.

Todo el asunto, la rebelión, seguida de un primer e ineficaz movimiento contra la rebelión, era algo común a toda Europa.

Está en la naturaleza de todo movimiento orgánico, el avanzar o el retroceder. Pero este movimiento estaba destinado a avanzar con rapidez devastadora, y ello, debido a lo que he llamado el *segundo* factor de la Reforma; el rápido acrecentamiento del poder técnico que señaló el ocaso de la Edad Media.

La imprenta, la navegación, todas las mediciones, la manufactura de metales, todo ello cobró un gran impulso con el *Renacimiento,* con el restablecimiento de las artes; esa gran animación de fines de la Edad Media, que nos prometió la restauración de la antigüedad cristianizada; que se quemó en el fuego de un vil fanatismo, y que no nos ha legado más que cenizas y desecho.

Los conocimientos físicos, la extensión del experimento físico y de la habilidad técnica, adelantaban un siglo antes de la Reforma, a una velocidad tal, que cualquier fenómeno espiritual contemporáneo, si había de progresar, progresaba también muy rápidamente, y esta erupción espiritual de Europa culminó justo en el momento en que la expansión contemporánea de los viajes, de la actividad económica y del movimiento erudito, habían también surgido en la plenitud de su vigor.

Fué en los primeros veinte años del siglo XVI que la conjunción de estas varias fuerzas del descontento espiritual y de la rebelión comenzaron a manifestarse. La tormenta general había de pro-

ducirse antes del año 1530, y de ese modo había de iniciarse la era de la Reforma propiamente dicha.

Pero como digresión preliminar, el lector deberá entender antes cómo un acontecimiento social distinto y bastante inconexo, había preparado el camino del triunfo a los reformadores. Y fué este el advenimiento del Gobierno Absoluto, en el orden civil.

Brotan en la larga historia de Europa, algunos accidentes aislados, muy llamativos, de gran efecto, pero de corta duración. Hemos visto ya que la raza normanda fué uno de ellos. La tiranía del gobierno civil (que acompañó a la Reforma), fué otro.

La pretensión de la monarquía absoluta, es entre las cosas históricas, una de las más comunes y duraderas. Siglos incontables transcurrieron bajo esa pretensión en los viejos imperios orientales; sobre ella se basó el Imperio Romano; ella creó al antiguo estado ruso; la sociedad francesa vivió su lujuria, en ella, durante un siglo magnificente, desde la ascensión al trono, de Luis XIV, hasta Fontenoy. Es el más cómodo (y cuando funciona bien) el más expedito de los instrumentos de gobierno.

Pero el sentido de un gobierno civil absoluto en la época de la Reforma, era muy distinto. Era un reclamo, una ansiedad de toda la comunidad, la veneración de la autoridad civil. Era la deificación

del Estado y de la Ley era la adoración del Ejecutivo.

"Esto me gobierna; por lo tanto lo adoraré y haré todo lo que me diga". Tal es la fórmula de esa rara pasión que entonces y ahora se ha adueñado de gran número de seres humanos intoxicados por el esplendor y el efecto vivificante del mando. Como todas las manías (porque es una manía) esta exagerada pasión apenas se entiende una vez que pasa. Y como todas las manías, cuando está presente sobrepasa a toda otra emoción.

Europa sufrió de esa manía en la época de que hablo. Las ciudades libres manifestaban esa enfermedad tanto como los grandes estados monárquicos. En la misma Roma el poder temporal del Soberano Papal estaba rodeado de una magnificencia sin parangón en el pasado. En Génova, Calvino era dios. En España, Carlos y Felipe gobernaban dos mundos sin discusión. En Inglaterra, la dinastía Tudor era adorada ciegamente. El hombre podía, y lo hacía con frecuencia, rebelarse contra un gobierno particular, pero era tan sólo para establecer en su puesto a otra cosa igualmente absolutista. No se adoraba a la forma, sino al hecho del gobierno.

No haré perder más tiempo al lector con disquisiciones sobre las causas de esa sorprendente fiebre política. Baste decir que en aquel momento hipnotizó a todo el mundo. Hubiera sido incompren-

sible para la Edad Media. Fué incomprensible para el siglo XIX. Se registró íntegramente en el XVI. Si entendemos esto, entenderemos también lo que hizo posible la Reforma.

Pues bien, el creciente descontento de las masas contra las formas decadentes de la Edad Media, y la creciente irritación contra el gobierno temporal y la organización de la Iglesia, llegaron a su punto culminante justamente en momentos en que el gobierno civil era venerado como una cosa inmensa y cuasi divina.

Y en esa atmósfera se lanzó la última y más poderosa de las muchas protestas contra el viejo sistema social, y en particular contra el poder papal especialmente, en lo que se refiere al orden económico.

El nombre que se vincula con mayor sonoridad a esta crisis, es el de Martín Lutero, un monje agustino, alemán de nacimiento y de habla, una de esas personalidades exuberantes, sensuales y más bien inconsecuentes, que atraen fácilmente las amistades cordiales, y que no pueden tener nunca la pretensión de la organización o el mando, aunque sí la del poder creador. Nadie, y mucho menos él mismo, podrá decir lo que se propuso hacer. Se *lanzó* a protestar y flotó sobre la cresta de la ola de la transformación. Pero que haya intentado o que tan siquiera haya imaginado una solución

de continuidad en la unidad europea, es cosa imposible.

Lutero (una voz, no un dirigente) no fué más que uno de los tantos; si no hubiese vivido, la gran ola que iba a estrellarse hubiera seguido su curso exactamente igual. Un estudioso tras otro (de todas las razas y regiones de Europa) fueron rodando en el cataclismo. La oposición de la vieja disciplina monástica a los clásicos recientemente resucitados, de la ascética a la nueva pompa del vivir, del lógico al místico, todo esto en un confuso torbellino arrastró al desastre a hombres de todas las clases. Sólo una cosa los unía. El hecho de que todos estaban inflamados por la necesidad vital del cambio. Grandes nombres que en el desafío final se rehusaron a destruir y ayudaron a conservar —el más grande es el de Erasmo—; grandes nombres que hasta aparecen en la lista de los mártires católicos —santo Tomás Moro, es el mayor de todos— deben contarse aquí con los de hombres mezquinos, como Calvino, por una parte, y con los de hombres amplios como Rabelais, por otra. Ni una sola mente ardorosa en la primera mitad del siglo XVI se salvó de ser arrastrada por la corriente.

Ahora bien, el mundo se hubiera calmado y debía haberse calmado con el proceso del tiempo, la masa de la Cristiandad hubiera vuelto nuevamente a la unidad, el pueblo por instinto hubiera

sentido el riesgo que corría de ser despojado por el rico y el poderoso, si las instituciones populares del cristianismo desaparecían; las masas se hubieran rebelado para solidificar a la sociedad después de un levantamiento (es esa su función), hubiéramos alcanzado el reposo, y Europa, unida una vez más, habría seguido su marcha, como lo hizo después del contratiempo ocurrido cuatrocientos años antes —a no ser por el otro factor del que ya he hablado, esto es, la pasión que se sentía en ese momento deseoso de creaciones, por el absoluto en el gobierno civil, esa necesidad de algo deiforme que hace que el hombre reverencie una bandera, un trono, o un himno nacional.

A esto se llegó en el punto más elevado de la marea, y en la persona de varios individuos determinados. Algunos príncipes alemanes (que menos que nadie, entre todos los grupos europeos, habían entendido el significado de la autoridad) apoyaron acá a un heresiarca y acullá, a otro. El solo hecho de que el Papado auspiciara a uno de estos gobiernos absolutos, predisponía contra él, a los demás. El viento se hizo más impetuoso; y la disputa devino una lucha entre soberanos. Y los soberanos y los nobles poderosos y dirigentes usurpadores decidieron el futuro de la multitud.

Dos características más aparecieron juntamente con el terremoto que estaba destrozando a Europa.

La primera fué la siguiente: la tendencia a separarse de la unidad europea parecía señalarse cada vez más en las regiones exteriores situadas allende los límites originales del antiguo Imperio Romano, y en especial, al Norte de los Países Bajos y de Alemania, donde los hombres se sometían con mayor facilidad al control de los comerciantes pudientes y de los terratenientes hereditarios.

La segunda fué esta: una profunda desconfianza hacia el nuevo movimiento, la reacción contra él, el sentimiento de que la anarquía moral era demasiado provechosa para los ricos y los codiciosos, comenzó a agitar, primero sordamente, y luego en forma violenta, a las masas populares de *toda* la Cristiandad.

Cuanto más fuerte era el antiguo sentido latino de la igualdad humana, tanto más concebía el pueblo instintivamente a la Reforma, como algo que le iba a quitar una mal entendida pero profunda y segura garantía espiritual contra la esclavitud, el despojo y la opresión.

Comenzó a hacerse oír una especie de murmullo general contra los Reformadores, que eran ya cismáticos, y sus protectores ricos cayeron bajo la misma sospecha. Hacia la época en que el movimiento culminó, hacia la época en que el poder central de la Iglesia fué desafiado abiertamente por los príncipes alemanes, esta protesta, tanto en Francia como en Inglaterra y el valle del Rin, se

hizo oír como el rumor del mar que precede a la tempestad. En las Alemanias exteriores, no era ya una defensa de la Cristiandad, sino un pedido brutal de mayor cantidad de alimentos. Pero la agitación popular reinaba por doquier.

Un observador común, en la ignorancia de lo que había de suceder, hubiera estado seguro de que en esos momentos el pueblo iba a alzarse. Cuando se estudia *inteligentemente,* el movimiento contrario a la Iglesia, se observa que quedaría reducido a la nada. La revolución en otros lugares —en la Europa semi-bárbara— no alcanzaría más que a podar cosas externas e insignificantes.

La llanura báltica, diversas partes de las Alemanias exteriores y Escandinavia, probablemente Hungría y Bohemia, ciertos valles de las montañas en Suiza y Saboya, y en Francia y en los Pirineos, que habían sufrido la carencia de instrucción, y que podrían ser fácilmente recobrados, iban a ser los afectados. Podrían perderse las partes externas que no habían estado jamás dentro de la esfera del Imperio Romano. Pero el alma y la inteligencia de Europa se mantendrían incólumes; su cuerpo general se reuniría para que la Cristiandad reapareciera una vez más, íntegra y triunfante. Hubiera reconquistado cómodamente esas regiones exteriores; y Polonia constituía una segura avanzada para ello. Pasado otro siglo hubiéramos sido nosotros mismos, una vez más, hombres cristianos.

Así hubiese acontecido a no mediar la tragedia máxima que echó por tierra todos los proyectos. De los cuatro grandes núcleos que quedaban de la civilización occidental, Iberia, Italia, Gran Bretaña y la Galia, uno de ellos a raíz de un trágico accidente, cayó, y rompió la continuidad. Fué acontecimiento no premeditado del todo. Fué más la consecuencia de un error que un acto voluntario. Pero fué suyo un gran efecto.

La caída de Gran Bretaña, y su fracaso en la resistencia a la disrupción, fué el hecho principalísimo. Determinó la condición permanente de la Reforma. Confirmó la división final de Europa.

Y por un accidente curioso, una provincia extraña al Imperio, Irlanda, preservó heroicamente lo que las otras provincias ajenas a Roma, habían de perder. Pese a la caída de Gran Bretaña, y desprovista a causa de esa pérdida, de todo auxilio directo, Irlanda conservó la tradición de la civilización.

Me abocaré ahora a la descripción de la forma en que Gran Bretaña fué vencida en la lucha, y cómo en manos del rey de un pequeño grupo de codiciosos (los Howard, por ejemplo, entre los nobles y los Cecil, entre los aventureros) dirigió la marcha de la historia de Europa hacia la región peor.

CAPÍTULO IX

La apostasía de Gran Bretaña

HAY algo que se destaca con toda nitidez en el destino de la moderna Europa. Es el profundo abismo que causó la Reforma. Hubo algo que determinó la hondura y la *perduración* de esa herida; el fracaso en la conservación de la Fe por parte de una y tan sólo de una de las antiguas provincias de la civilización; esa provincia en donde escribo: Gran Bretaña.

El acontecimiento principal, el momento crítico en la gran lucha de la Fe contra la Reforma, fué la apostasía británica.

Es este un punto al que el historiador moderno, que es aún normalmente anti-católico, no concede ni puede conceder importancia. Y sin embargo la apostasía de Gran Bretaña, de la Fe de Europa ocurrida hace trescientos años, es ciertamente el hecho histórico más trascendental de los últimos mil años; en el período que media entre la salva-

ción de Europa de manos de los bárbaros y nuestros tiempos. Es tal vez el hecho histórico más importante desde el triunfo de la Iglesia Católica bajo el reinado de Constantino.

Recapitulemos sobre los factores del problema tal como se presentarían a un observador imparcial muy lejano en el tiempo o el espacio, o la actitud mental. Los asentaremos tal como aparecerían a los ojos de una persona completamente indiferente y remota, con respecto a los antagonistas.

Para un observador tal, la historia de Europa sería la del gran Imperio Romano sufriendo la transformación que ya he descripto; y en su seno una inquietud mental cada vez mayor, tendiente a lograr alguna conclusión, y esa conclusión es la Iglesia Católica.

Resumamos los acontecimientos anteriores: en el siglo V la Iglesia Católica deviene el alma, el principio vital, la continuidad europea. Sufre luego el accidente, en gran parte geográfico, del cisma de Oriente. Por su propia naturaleza, se halla sometida a constantes combates; interiores a veces, porque trata de materias que no son susceptibles de pruebas positivas; exteriores otros, porque todos los extranjeros, o huéspedes, o parásitos que no pertenezcan a nuestra civilización, son de suyo, sus enemigos.

El Imperio Romano de Occidente, en el cual la pureza y la unidad de su alma fueron conservadas de generación en generación, decayó materialmente en la Edad Oscura, digamos hasta el año 1000 o más. Se entorpeció e inferiorizó en lo que se refiere al poder material. Perdió su organización central, la Corte Imperial (que fué substituída al principio por los dirigentes militares provinciales, o *reyes,* y luego por un conjunto de señores locales agrupados en núcleos más o menos nacionales).

En la arquitectura, en la escritura, en el arte culinario, en la vestimenta, el dibujo, la escultura, el Imperio Romano de Occidente (es decir, nosotros) olvidó todo menos lo fundamental, mas aumentó su extensión. Una franja de la Alemania bárbara recibió la influencia romana —el Bautismo y la Misa—. Con el Credo llegaron a esos lugares exteriores la lectura y la escritura, la arquitectura en ladrillo y piedra —todo lo esencial en el orden material, de nuestra civilización—, y lo que es característico de esa cultura, la capacidad de pensar con claridad mayor.

Transcurren siglos antes de que esa lenta digestión del elemento bárbaro alcance el grado 10 de longitud este y la península Escandinava. Pero mil años después de Nuestro Señor ha llegado hasta ellos, y queda allí entre la tradición ininterrumpida de nuestra civilización en el oeste, y la civilización cristiana aunque cismática de la Iglesia grie-

ga, nada más que una angosta faja de paganismo, desde el rincón del Báltico hacia el sud, que disminuye en extensión año tras año por los esfuerzos de las armas y la dominación racional de la cultura latina. Nuestra cultura romana y cristiana prosigue continuamente hacia el este, domeñando la rusticidad.

Después de esbozar este panorama general de una civilización dominante y vencedora, en su decadencia material, una superficie más vasta que la que había conocido en el apogeo de su grandeza material —esta especie de expansión en las sombras— el observador notaría algo así como una aurora.

Esa aurora llegó con el siglo XI: 1000-1100. La raza normanda, la súbita vigorización del Papado, las nuevas victorias en España, y finalmente la primera Cruzada señalan un cambio en la corriente de la decadencia material, y ésta opera rápidamente hacia una nueva e intensa civilización que llamamos la de la Edad Media; esa gran renovación que da a Europa una segunda y maravillosa vida, que es un tardío reflorecimiento de Roma, pero de una Roma vivificada por la virtud y la animación de la fe.

Lo que en segundo término notaría el observador en un cuadro tan general, sería la excepción peculiar que formaban en el mismo el grupo de grandes islas, situado al norte y al oeste del continente. De éstas, la mayor, Gran Bretaña había sido una verdadera provincia romana; pero en una muy temprana etapa del proceso, a mediados y al finalizar del siglo V, había sido separada por un lapso mayor que el de la vida de un hombre, en el primer asalto de los bárbaros. Su entrada había sido ocupada por los bárbaros. Pero posteriormente fué vuelta al cristianismo en modo tal que parecía que no hubiese perdido nunca la autoridad de la civilización. La Misión de san Agustín recapturó a Gran Bretaña, pero se distingue en la historia de la civilización por el hecho de haber sido la única entre las tierras civilizadas que debió ser reconquistada. La isla que de ambas es la situada más al oeste, Irlanda, constituye otra excepción.

No se la obligó, como a los germanos bárbaros del continente, a seguir los dictados de la cultura cristiana, por la fuerza de las armas. No hubo ningún Carlomagno que con ejércitos galos la forzara tardíamente a aceptar el Bautismo. No era salvaje como las Alemanias, y no tenía en consecuencia necesidad de escuela. No era una marisma de tribus errantes sino una nación. Pero en manera muy excepcional, aunque poseyera ya de antemano, y tal vez por esa misma causa, una gran cultura pagana propia, Irlanda aceptó en un período no mayor que el de la vida de un hombre, y sólo por conducto de influencias espirituales,

todo el espíritu del Credo. La civilización del occidente romano no fué aceptada por Irlanda en calidad de una orden o de una influencia, sino como un descubrimiento.

Perdure ahora en el recuerdo del observador, este destino peculiar de ambas islas situadas al norte y al oeste del continente, y éste notará una vez producida la conmoción llamada de *la Reforma,* nuevos fenómenos vinculados a la historia anterior de las mismas. Constituyen estos fenómenos la tesis que he de presentar en las páginas que siguen.

Lo que llamamos *la Reforma* fué en esencia la reacción de los lugares bárbaros, mal instruídos y aislados, extraños a la antigua y profundamente arraigada civilización romana, contra las influencias de esta última. La *Reforma* no fué racial. Aun cuando existiera un algo físico tal como la *Raza Teutónica* (y no hay nada por el estilo), la *Reforma* no coincide con esa raza. Consiste simplemente en el retroceso de la corriente de cultura romana que durante setecientos años había avanzado constantemente y dominado en forma progresiva, a los insuficientes por medio de los suficientes, a los lentos por medio de los rápidos, a los de mente confusa por los de mente despejada. Era una especie de protesta de los conquistados contra cierta superioridad moral e intelectual que los ofendía. Los eslavos de Bohemia se unen

a esa sincera protesta de los que habían sido civilizados en época tardía y en forma insuficiente, con tanta firmeza como los pueblos de los arenales salvajes a orillas del Báltico. También entran en juego los escandinavos, muy diferentes en su físico, a las tribus de la llanura báltica. Las aldeas miserables de la marca de Branderburgo, tan eslavas en su tipo como las de Bohemia, se rebelan contra el elevado y difícil misterio, con la misma naturalidad de las aldeas aisladas de los valles suizos, o los rústicos de los Cevennes y de los Alpes. La rebelión es confusa, instintiva y tiene, por lo tanto, el motivo sincero que acompaña a esta clase de levantamientos, pero carece de unidad y de poder organizador. Nunca ha habido un credo protestante determinado. El factor común ha sido y es la reacción contra las tradiciones europeas.

Ahora bien, el punto que debemos percibir es el siguiente:

Por hostil que fuera tal revolución a las almas o (hablando meramente en el orden histórico) a la civilización, por malo que fuese el hecho de que la marea de la cultura tuviera que empezar a retroceder y retirarse de las alejadas regiones que regara tan benéficamente, la Reforma, es decir la reacción contra la unidad, la disciplina y la claridad de pensamiento de Europa, no hubiera pesado mucho en la vida humana, si su existencia se hubiese confinado a las fronteras exteriores del

mundo civilizado. Esa zona hubiera sido probablemente reconquistada. La fuerza inherente a la realidad y a la mente más capacitada, hubiera llevado a recobrarla. Las Alemanias del norte estaban, de hecho, vencidas, cuando se inmiscuyó Richelieu y las salvó de sus superiores del sud. Pero quizá no hubieran sido reconquistadas. Tal vez hubieran caído muy pronto en su paganismo primitivo. De todos modos la cultura europea hubiera continuado indivisa y fuerte, sin esas regiones externas. Pero por desgracia sucedió algo mucho peor.

Europa fué desgarrada y permaneció dividida. Y el desastre fué operado por las fuerzas que ahora describiré:

Aunque la rebelión era ajena a los cimientos europeos, a las antiguas provincias del Imperio, en éstas sin embargo se registró una consecuencia interna de la rebelión. Y ello puede referirse en pocas palabras. *Los pudientes se aprovecharon en el mismo centro de la civilización, de esta rebelión contra el orden;* porque siempre resultará ventajoso para el rico negar los conceptos del bien y del mal, objetar las conclusiones de la filosofía popular, y debilitar el fuerte poder inmediato de la voluntad humana, organizado en toda la comunidad. Siempre está en la naturaleza de la *gran* riqueza la disposición a sufrir locas tentaciones (aunque debiera saberse por la experiencia activa

lo poco que la riqueza puede deparar) en el sentido de obtener una dominación cada vez mayor sobre el cuerpo de los hombres, y una de las mejores tácticas para ello es atacar las restricciones sociales establecidas.

Los hacendados, pues, y los grandes comerciantes apoyados con firmeza por las comunidades financieras judías en las principales ciudades, sintieron que con la Reforma les había llegado la gran oportunidad. Los poseedores de grandes fortunas, los nobles, los mercaderes de los puertos y locales, hasta en la misma Galia (núcleo y plaza fuerte de la vida humana ordenada) se relamieron de gusto. Por doquier, al norte de Italia, al sud de Alemania, sobre el Rin, en todos los lugares donde la riqueza se había acumulado en unas pocas manos, la oportunidad de romper con las antiguas costumbres era para los ricos un incentivo poderoso, y en consecuencia, los bárbaros exteriores contaron con aliados en toda Europa, aun en las sedes más antiguas de la civilización.

Estos ricos cuya avaricia traicionó a Europa no tenían excusa. No fué la *suya* una rebelión ciega e instintiva como la de los germanos y eslavos exteriores, o como la producida en los olvidados valles de las montañas, contra el orden y la claridad del pensamiento con sus severas conclusiones. No *estaban* imbuídos en modo alguno del entusiasmo que hace surgir el Evangelio ni por la excitación

derivada de las Escrituras, ni por la desenfrenada orgía de profecías. *Estaban* al acecho. Los ricos de Montpellier y Nimes, un grupo en la misma Roma, muchos en Milán, en Lyon o en París aportaron su auspicio intelectual a la rebelión, favorecieron el ateísmo del Renacimiento, apoyaron las críticas contra la vida clerical irregular y hasta toleraron guardando todas las formas, las inspiraciones lunáticas de personajes oscuros y mujeres *visionarias*. Hicieron todo eso como si su objeto fuera transformación religiosa. Pero su verdadero fin era el dinero.

Un grupo, y sólo uno, de entre las naciones europeas había estado ocupado en fecha muy reciente en una lucha tremenda contra el vil elemento anticristiano para ni siquiera parlamentar con la baraúnda anticristiana. Ese núcleo era el de la península ibérica. Es cosa digna de tenerse en cuenta —especialmente para aquellos que entienden que la espada se ajusta al brazo de la Iglesia, y que el catolicismo nunca tiene tanta vida como cuando se topa con una fuerte oposición— que España y Portugal a raíz de la magnitud de una aventura aún fresca en su memoria al aparecer la Reforma, perdieron la oportunidad de combatir. Procedió indudablemente de España (de los vascos) esa arma de acero, la Compañía de Jesús, que formó San Ignacio, y que quirúrgica y militarmente salvó a la fe, y en consecuencia a Europa. Pero la península ibérica, al rechazar de plano, con desprecio y repugnancia todas las consideraciones sobre la rebelión, aun entre los ricos, perdió con ello su ocasión de luchar. No sostuvo las guerras religiosas que hicieron revivir a Francia, y podría argüirse que España sería hoy más fuerte si le hubiese tocado la tarea de luchar contra la Reforma en su propio territorio, como al pueblo galo, de probarla, de conocerla, de dominarla, de esforzarse en la pugna y salir finalmente triunfante.

Digo, pues, que hicieron su aparición contra la Iglesia, los integrantes de un grupo de ricos inmorales que esperaban sacar ventaja de una ruptura general en la organización popular de la sociedad. El ateísmo y los bienes, la lujuria y la sensualidad, la erudición y la despreocupación del Renacimiento respondieron pasando por sobre las cabezas del pueblo católico, al llamado de la barbarie. Los iconoclastas de la codicia se unieron a los iconoclastas de la ceguera y el furor y a los iconoclastas del engreimiento académico.

Y a pesar de ello, aun con tales aliados, la barbarie no habría triunfado, la Reforma no sería hoy día más que un episodio histórico sin consecuencias, y Europa sería aún la Cristiandad, a no mediar el factor decisivo: la separación de Gran Bretaña.

Pero ¿cómo se partió Gran Bretaña? ¿Por qué el hecho de perderse fué de tanta importancia?

La pérdida de Gran Bretaña tuvo tanta importancia porque era la única romana de todas las que se perdieron, y por ser romana, capaz de perduración y progreso.

Y ¿por qué sucumbió Gran Bretaña en esa gran prueba? Es esta una pregunta más difícil de contestar.

Al estallar la Reforma, la provincia británica no era muy extensa, y el número de sus habitantes era reducido. Era indudablemente, en comparación a sus dimensiones, muy rica, como lo eran los Países Bajos, pero ello no alcanza a explicar el hecho de importancia fundamental que fué su pérdida para la fe en el siglo XVI. Lo que nos interesa realmente, es que una y sólo una de las antiguas provincias romanas, con su tradición civilizada, sus letras, su poder de persuasión, su alma múltiple, una y sólo una, se pasó al bando bárbaro enemigo y le prestó su ayuda. Y la consecuencia de su apostasía fué una división de la estructura occidental, que fué en aumento.

Decir que Gran Bretaña perdió la tradición en el siglo XVI, porque la nación es de origen teutónico, es una tontería. No es más que un intento de resolver el problema con la invención de palabras irreales. Gran Bretaña no es *teutónica* y la misma palabra *teutónico* no significa cosa alguna definida. Decir que Gran Bretaña se rebeló porque las simientes de la rebelión eran más potentes en ella que en cualquier otra de las antiguas provincias de Europa, es ignorar la historia por completo. Las simientes de la rebelión estaban en ella como estaban en las demás comunidades; como están en todo individuo que en un momento de desorden intenta desasirse de la disciplina que, se le antoja, carga. Pero pretender que Inglaterra y las tierras bajas de Escocia, pretender que la provincia de Gran Bretaña en nuestra civilización estaba más dispuesta para el cambio que las regiones infectadas del sud de la Galia, o las hormigueantes ciudades italianas, o que la vida de Hainault, o de Brabante, es demostrar una ignorancia supina del pasado europeo.

Y entonces, ¿por qué se partió Gran Bretaña?

Ruego al lector que preste su preferente atención a las páginas que siguen. Creo que tienen un valor principalísimo en la explicación de la historia general de Europa, y sé que estas cosas o no se han dicho jamás o se han dicho en forma fragmentaria.

Inglaterra se separó por tres razones. Ante todo, porque sus hacendados habían llegado a ser poderosos en demasía. En otros términos, el poder económico de una clase reducida de hombres pudientes había crecido más de lo conveniente precisamente a raíz de ciertas características insulares

propias, hasta un grado perjudicial para la comunidad.

En segundo lugar, Inglaterra fué más que cualquier otra nación de la Europa occidental (salvo la Marca Bátava) ([28]) un conjunto de mercados y puertos, un sitio de influencia cosmopolita, donde eran frecuentes las nuevas oportunidades para el corrompido, y los nuevos mensajes para el entusiasta.

Por último, en ninguna nación tanto como en Inglaterra adquirió tan amplias proyecciones el curioso fenómeno que traté en el capítulo anterior, esto es, el apego supersticioso de los ciudadanos al poder civil, el temor reverente y la devoción al monarca.

Unanse estas tres cosas, especialmente la primera y la tercera (ya que la segunda es menos importante y más superficial) y se podrá apreciar el porqué de la caída de Europa.

Una clase pequeña, extremadamente rica, contaminada del ateísmo que se oculta siempre en la segura riqueza disfrutada durante largo tiempo, comenzaba a apropiarse en demasía de la tierra inglesa. Sería muy extensa la descripción de ese proceso para que la abordemos aquí. Es verdad que el monopolio absoluto del suelo, y la opre-

([28]) *Me refiero a Bélgica, esa frontera de la influencia romana en el bajo Rin, que tan bien resistió en favor de la Fe, y la preservó.*

sión del pueblo por parte de los terratenientes es un procedimiento puramente protestante. Nada análogo sucedió ni podía haberse concebido en la Inglaterra de la pre-Reforma; pero sin embargo, aproximadamente un cuarto del total de las tierras (o poco menos) había pasado *ya* antes de la Reforma al dominio total de esa clase que comenzaba a inmiscuirse en la administración judicial; a reemplazar al pueblo en la legislación local y a suplantar apreciablemente al rey en la legislatura central.

Deseo que no se me interprete mal; la Inglaterra del siglo XV, la de la generación anterior a la Reforma, no era un país de hacendados, ni de terratenientes; era aún una Inglaterra de ingleses. Los pueblos eran libres. Hasta el día de hoy las antiguas villas nos demuestran que existieron siempre gran número de franquicias. El proceso mediante el cual la aristocracia (hoy plutocracia) de Inglaterra se desarrolló, no estaba sino en germen en la época anterior a la Reforma. Y ni siquiera había comenzado a brotar. Y si no hubiera sido por la Reforma, no habría brotado. Tarde o temprano, una rebelión popular (inspirada por la fe, si ésta hubiese revivido) habría dado muerte a la usurpación creciente de los poderosos. Pero el germen existía; y sobreviniendo como sobrevino la Reforma, ayudó a los ricos del mismo modo en que los ricos lo ayudaban.

La lenta adquisición de un poder considerable sobre las Cortes de Justicia y sobre el suelo, por parte de una oligarquía, por imperfecta que fuese esa adquisición, presentaba ya antes del año 1500 un síntoma de predisposición a la enfermedad. Puede argüirse que si el pueblo inglés hubiera combatido el poder creciente de los hacendados con más vigor, éstos no se hubieran enseñoreado de él como lo hicieron durante la revolución religiosa, por causa de la misma. Es posible, y los enemigos del pueblo inglés están dispuestos a sugerir que cierta pesadez nata permitió la inclinación gradual de la balanza en favor del rico. Pero ninguno que se precie de conocer aún la historia medioeval inglesa dirá que los ingleses desearon conscientemente o permitieron a voluntad el desarrollo de tal estado de cosas. Las guerras victoriosas en el extranjero, los problemas dinásticos, el despertar reciente y vigoroso de la conciencia nacional —que se había centralizado en las clases ricas— todo ello se combinó para permitir la entrada del morbo sin previo aviso, y la víspera de la Reforma, una clase rica y avarienta contaba ya con el poder suficiente para actuar en Gran Bretaña y para aprovechar, como todas las clases ambiciosas de Europa occidental, una oportunidad de rebelarse contra la Fe, que siempre ha mirado con reservas, y ha restringido y reformado la tiranía de la riqueza. Añadid a ello esa extraña

devoción, aunque muy real a la sazón, del gobierno como un fetiche. Este espíritu no fortaleció al gobierno; todo lo contrario. La superstición nunca fortalece su objeto, ni determina que el supuesto poder de su objeto sea una realidad. Mas a pesar de que el fetichismo gubernamental no dió poder real a la intención remota del príncipe, comunicó a su palabra inmediata un poder fantástico. En tal combinación de circunstancias —oligarquía naciente contrapuesta a la adoración del príncipe— tenemos en la jerarquía de este último, a Enrique VIII, un Tudor cabal, esto es, un hombre débil casi hasta lo irresponsable en lo referente a sus pasiones, y dotado de la violencia emanada de la debilidad que no encontrando oposición, destruye las cosas con tanta eficacia como la fuerza.

Ningún poder ejecutivo en Europa simpatizó menos con la revolución, contra la civilización, que la familia Tudor. Por el contrario, Enrique VII, su hijo, y sus dos nietas, si en algo se excedieron, fué en su pasión por el viejo orden del mundo occidental. Pero a la menor señal de resistencia, fueron todos iguales: María, que quemó; Isabel, que urdió intrigas; Enrique, su padre, que saqueó, o Enrique, su abuelo, que robó para atesorar. Para estos caracteres la oposición débil era un aguijón; frente a una oposición múltiple y fuerte se encontraban vencidos. Sus inteligencias no cap-

taban con rapidez (porque aunque agudas no eran amplias) pero sus pasiones explotaban. Y cuando daban rienda suelta a su soberbia, a su lujuria, a sus celos, su sensualidad, su avaricia o su complacencia en la facilidad del poder, podían compararse a niños vehementes. Nunca existió una familia de gobernantes menos estadista; ninguna menos animada del propósito tenaz; ninguna menos constante y de menos poder creador.

Enrique azuzado por una mujer joven imperiosa que lo había ganado, se interesó en la obtención del divorcio de su esposa Catalina de Aragón, envejecida para su antojo. La Corte Papal contemporizó y se le opuso. Enrique era incapaz de negociar y mucho más, de preveer. Su energía *de especie árabe,* explotó en el vacío, porque se había producido un vacío; y nadie quiso resistirse al príncipe. Por supuesto que a él mismo el asunto no le pareció más que una de las reyertas periódicas con el poder temporal de Roma, en las que todos los reyes (y entre ellos algunos santos) se habían empeñado durante varios siglos. En toda época los poderes reales sostienen conflictos similares. Pero ese momento (y él lo ignoraba) era fatalmente inoportuno para ese juego. Enrique no intentó jamás romper para siempre la unidad de la Cristiandad. Probablemente le era inconcebible. Quiso ejercer, *ejercer presión.* Lo prueban todos sus actos desde la decisiva Proclamación

del 19 de septiembre de 1530, en adelante. Pero aquel momento de su época era el del derrumbe en toda Europa, y él, Enrique, se arrojó desatinadamente al desastre, sin conocer la plenitud de ese instante histórico. Era devoto, y especialmente del Santísimo Sacramento. Mantuvo la fe para sí, y trató enérgicamente de mantenerla para los demás. Pero perdida la unidad se introdujo lo que temía. Mientras vivió no pudieron triunfar en su patria las doctrinas de los Reformadores; pero se había comprometido con su espíritu, y a la hora de su muerte, una gran minoría —tal vez la décima parte Inglaterra, más en Londres— era ya hostil al Credo.

Lo mismo ocurrió con la supresión de los monasterios. En su destrucción nada había intentado contra el orden religioso; y no obstante, también lo destruyó. Pretendió enriquecer la Corona; la arruinó. La crisis producida por el crecimiento desigual de los poderes económicos, había determinado en materia de dote financiera que las fundaciones monásticas requirieran una reorganización. Por un lado, algunas órdenes religiosas eran ricas sin razón alguna —pobres en espíritu y número, pero ricas en tierras— por otra parte las había empobrecidas sin razón alguna, comunidades que gozaban de enorme popularidad y de gran poder espiritual, pero pobres en posesiones. La dislocación que todas las instituciones sufren en su eco-

nomía, con la marcha del tiempo, inclinaba a los gobiernos europeos a reorganizar las dotes religiosas. Y fueron reorganizadas por doquier; y por doquier ese proceso implicó la disolución y la restauración.

Pero Enrique no reorganizó. Su obra fué el saqueo y la destrucción. Empleó la idolatría contemporánea del poder ejecutivo, tanto en Reading, o contra los dominicos de Londres, donde el irreflexivo e inmediato sentimiento popular estaba de su parte, como en Glastonbury, donde se volvía contra él, o en Galway donde no había interés por el problema. No tenía amplitud de miras ni comprensión alguna de lo complejo. Y cuando con ese crudo modo jacobino de proceder se deshizo de todo aquello que debía restaurar y transformar, ¿cuál fué el efecto de este gran despojo? La parálisis de la Iglesia. Y finalmente la caída de la monarquía.

Realizando una enorme confiscación, consiguió de un cuarto a un tercio del poder económico sobre los medios de producción de Inglaterra, donados desigualmente a las comunidades religiosas, ricas en demasía, algunas; pobres, en demasía, las otras. Sin embargo no agregó ningún bien permanente a la riqueza de la *Corona.* Por el contrario; inició su decadencia. *La tierra pasó, por un proceso instintivo y múltiple —con gran rapidez— a la clase ya otrora pudiente, que había em-*

pezado a dominar. Entonces, pero cuando era demasiado tarde, los Tudor intentaron dirigir el curso de la corriente. Las cosas estaban hechas. Sobre la indiferencia que es siempre común a una sociedad que ha sido católica ferviente durante mucho tiempo, y que ignora la herejía, o que habiéndola vencido antaño, ignora de todos modos lo que es la lucha por la Fe, surgieron dos minorías exaltadas: la pequeña de los fanáticos que realmente deseaban la existencia de lo que creían fuera una restauración de un supuesto cristianismo *primitivo;* y la minoría, mucho mayor, de los hombres que se habían tornado ahora casi invenciblemente poderosos en la esfera económica. Los hacendados, veinte años antes de la muerte de Enrique, poseían, por la ruina de la religión, aproximadamente media Inglaterra.

Con la rapidez de la fungosidad, la nueva riqueza se esparció sobre la desolación de la tierra. Los *nuevos ricos* se apoderaron de las Universidades, de las Cortes de Justicia, de la mayoría de las escuelas. Vencieron en su guerra civil contra la Corona. En menos de un siglo a contar desde la locura de Enrique se habían establecido ya en el lugar de la que había sido un tiempo la monarquía y gobierno central inglés. La Corona, empobrecida, resistió en vano; mataron a un rey desconcertado —Carlos I— y entronizaron a su hijo, Carlos II, como a un títere humano mal pagado.

Desde su triunfo sobre la Corona, ellos y los capitalistas surgidos de su avaricia y su filosofía, y por mucho, de sus propios costados, fueron señores absolutos de Inglaterra.

Puede, el lector, exclamar al llegar aquí: "*¡Qué! ¿Este enorme movimiento nacional debe interpretarse como obra de tales minorías? ¿Varios miles de hacendados y mercaderes dirigiendo un grupo de fanáticos compuesto por algunos miles más, cambian íntegramente a la masa de Inglaterra?*" Sí: porque interpretarlo de otro modo es leer la historia hacia atrás. Es juzgar que Inglaterra era lo que llegó a ser luego. No hay falla más fatal en la lectura de la historia, ni ilusión alguna a la que se inclina la mente humana. Leer el pasado remoto a la luz del pasado reciente; pensar en el paso del uno al otro como *inevitable;* considerar todo el asunto como un lento e inexorable proceso independiente de la voluntad humana, conviene aún al panteísmo materialista de nuestro tiempo. Hay una tendencia inherente a todo hombre, a caer en la falacia de estudiarse a sí mismo en el pasado y a considerar su propio modo de ser como una consumación excelente y necesaria. Y la mayoría de los autores que escriben sobre estas cosas imaginan una Inglaterra Tudor, vagamente protestante, transformándose en la Inglaterra de los Estuardos, protestante con toda conciencia.

Eso no es historia. La historia es ponerse, por un esfuerzo combinado de estudio e imaginación, el traje del martes, como si no se supiera lo que había de ocurrir el miércoles, y describir después lo que era el martes. Inglaterra no perdió la fe en el período 1550-1620 porque entonces era protestante. Es protestante ahora porque perdió entonces la fe.

Ponéos en el lugar de un inglés del siglo XVI, a mediados de la Reforma: ¿qué se verá, qué se sentirá? Una sociedad totalmente católica en su tradición, laxa y descuidada en la práctica católica; irritada o animada aquí y allá por algunos predicadores furibundos o por varios letrados entusiastas; que siente a la vez devoción y terror por el gobierno civil; intensamente nacional; romana en todas las raíces y tradiciones de su civilización; impaciente por la desproporción social y en particular por la desproporción económica en el aspecto religioso de la sociedad, porque la función religiosa, por la misma definición del catolicismo y por su propio credo, debía ser la primera en rectificar las tiranías. A ese inglés lo afecta ante todo una manía por su Rey; luego una violenta revolución económica que en muchos lugares puede asemejarse a un acercamiento a la justicia; y finalmente un llamado nacional de los más enérgicos contra el creciente poder español.

Cuando la obra fué concluída, digamos hacia 1620-30, la comunicación entre Inglaterra y aquellos lugares del antiguo occidente que resistían aún furiosamente la tempestad, se cortó. No hubo fuerza espiritual que pudiera sacudir a Inglaterra después de la Armada y sus efectos, excepto la que podía surgir espontáneamente en los muchos exaltados que todavía creían (y continuarían creyendo cincuenta años después) que la Iglesia de Cristo, íntegra, había andado senda errada desde el principio; que podía restaurarse en su forma original, y que para guía les eran acordadas revelaciones personales.

Estos visionarios fueron los Reformadores; a ellos se tornaron las almas aún sedientas de dirección espiritual. Constituían una minoría al finalizar el siglo XVI, los últimos años de Isabel, pero una minoría llena de iniciativa y de acción. Al llegar al período entre el 1600 y el 1620, los últimos hombres que podían recordar la instrucción católica eran ya muy viejos o habían muerto. La nueva generación no podía volverse a otra cosa que no fuera el nuevo espíritu. Por autoridad no podía encontrar nada definido más que un libro impreso: una traducción de las Sagradas Escrituras del hebreo. Por maestros, ninguno fuera de esta minoría: los Reformadores. Esa minoría, pese a permanecer minoría vició y por último, dominó, a toda la Nación; en el primer tercio del

siglo XVII Gran Bretaña estaba totalmente desarraigada de la unidad de la Cristiandad y sellado su nuevo carácter. Su fe católica había muerto.

La clase dirigente (como todavía hoy) permaneció en la indiferencia religiosa, aunque conservó su alto nivel de cultura. El pueblo se desbandó, por una parte, también en la indiferencia completa, por otra en la forma orgíaca o la más baja, de adoración. La clase media se pasó al enemigo en un sólido bloque. La barbarie de la Alemania exterior la penetró y transformó. La herejía francesa, más consciente y mucho más perversa y severa, de Calvino, desvió en parte la corriente y se constituyó una sociedad completamente nueva que fué botada al mar del mundo. Y eso fué la Reforma en Inglaterra.

Su efecto sobre Europa fué enorme; porque, aun cuando separada, Inglaterra seguía siendo Inglaterra. No se podría destruir en una provincia romana las grandes tradiciones comunales y literarias. Es como si una falange de aguerridas tropas hubiera cruzado el límite en alguna guerra fronteriza y tornado contra sus propios camaradas. Inglaterra prestó y siguió prestando a partir de aquel día, constantemente, la ayuda de una fuerza proveniente de una gran tradición civilizada, a las fuerzas cuya iniciativa original estaba dirigida contra la civilización europea y su tradición. La pérdida de Gran Bretaña fué la gran herida

en el cuerpo del mundo occidental. Y aun no ha cicatrizado.

Pero mientras tanto, aquella otra isla del grupo del Noroeste de Europa, aquella isla que no había sido jamás conquistada por la fuerza armada, como lo fué la Alemania exterior, pero que aceptó la Fe católica espontáneamente y como por milagro, presentaba contraste. En oposición a la pérdida de Gran Bretaña que había sido provincia romana, la Fe, al disiparse el humo del combate pudo descubrir la asombrosa lealtad de Irlanda. Y frente a esa provincia excepcional —Gran Bretaña— perdida ahora para la fe, se encontraba una igualmente única y excepcional zona externa que jamás había sido provincia romana y que permanecía fiel a la tradición de los hombres romanos; equilibraba el mapa esa isla, como un contrapeso. Los esfuerzos para destruir la Fe en Irlanda han excedido en violencia, persistencia y crueldad, a cualquier persecución en cualquiera otra parte o tiempo en el mundo. Han fracasado. Y como no puedo explicar el porqué de su fracaso, tampoco intentaré explicar cómo y porqué se salvó la fe en Irlanda habiéndose perdido en Gran Bretaña. No creo que ese hecho sea susceptible de explicación histórica. Me parece un fenómeno esencialmente milagroso que no integra *en general* (como todos los fenómenos históricos) el propósito general y divino que regula los importantes acontecimientos

políticos, sino que forma parte de él en modo *directo y especial.* Tiene un gran significado, y su magnitud será apreciada por los hombres que vivan de aquí mucho tiempo, o mañana, cuando se libre una nueva batalla definitiva entre la Iglesia y sus oponentes. Porque sólo la raza irlandesa, en toda Europa, ha mantenido en integridad perfecta y ha conservado serenamente, sin reacciones internas y sin la consiguiente perturbación, el alma de Europa que es la Iglesia Católica.

Nada tengo ahora que agregar más que la conclusión de este desastre, su resultado espiritual, el aislamiento del alma, su resultado político — consecuencia del espiritual, la liberación prodigiosa de energía, el consiguiente avance del conocimiento especial, la dominación de unos pocos en una competencia desenfrenada, la sujeción de los muchos, la ruina de la felicidad y la amenaza final del caos.

CAPÍTULO X

Conclusión

El gran efecto de la Reforma fué el aislamiento del alma. Este fué su fruto: de éste emanan todas sus consecuencias: no sólo las evidentemente nocivas, que han puesto en peligro el conjunto de nuestras tradiciones y nuestra felicidad, sino también aquéllas que son en apariencia provechosas, especialmente en el orden material.

No puede verse la operación de ese proceso, si tomamos una fecha particular —y menos aún si esa fecha es reciente— y la denominamos el momento de la catástrofe. Hubo un largo intervalo de confusión y de duda, durante el cual no se sabía a ciencia cierta si la catástrofe era final o no, y en el que su última forma estaba todavía indeterminada, y en el instante de cuya conclusión pudo advertirse claramente el aspecto de la Europa moderna con sus nuevas divisiones y sus nuevos des-

tinos. La ruptura con la autoridad comenzó en los primeros años del siglo XVI. Y no fué sino hasta mediados del siglo XVII por lo menos, y aun un tanto después, que comenzó la nueva era.

Durante más de cien años la concepción de la lucha como pugna ecuménica, como de algo que afectaba a todo el cuerpo de Europa, continuó en boga. El levantamiento general, la rebelión que por primera vez sacudió a occidente en los primeros años del siglo XVI —para tomar un año determinado, el 1517— concernía a toda nuestra civilización, fué discutido por doquier y produjo una reacción universal que encontró una resistencia también universal, durante tres generaciones humanas. Ningún joven de los que asistieron a los primeros embates del temporal, pudo imaginarla aun en su vejez, como una disrupción de Europa. Ninguno de ellos vivió hasta ver más de la mitad de su transcurso.

Y no fué hasta después de una fecha correspondiente en el siglo que siguió —o un poco más tarde— no fué hasta después de la muerte de Isabel de Inglaterra y Enrique IV de Francia, (y de la de todos los protagonistas, los Reformadores, por una parte Loyola, Neri, por la otra) no fué sino después que se hiciera evidente la carrera de Richelieu en Francia, y la iniciación del Parlamento aristocrático en Inglaterra, que pudo advertirse que la Reforma había separado ciertos sectores

de nuestra civilización de las tradiciones generales del conjunto, y había producido, en ciertas esferas de la sociedad, al tipo protestante peculiar que habría de distinguir al futuro.

Puede decirse que la obra de la Reforma estaba consumada, poco después del comienzo de la Guerra de los Treinta Años. Inglaterra, en particular, era definitivamente protestante hacia el decenio 1620-1630 —es difícil que lo fuera antes. El grupo hugonote francés, aunque confundido todavía por tendencias políticas, había alcanzado en esa época, una existencia real, separada. La oligarquía de los mercaderes holandeses había separado en forma similar, su parte de los Países Bajos, del dominio imperial, estableciendo virtualmente su independencia. Los principios del norte de Alemania y algunos estados pequeños de las zonas montañosas (notablemente Génova) habían recibido en manera difinitiva el nuevo sello. Y en forma tan definitiva, Francia, Bohemia, el Danubio, Polonia, Italia y todo el sur, fueron salvados.

Aun cuando habría de proseguir la lucha armada durante mucho tiempo; aunque las Alemanias del norte fueron recobradas casi totalmente por el poder Imperial y salvadas tan sólo por la política francesa; aunque habíamos de tener aquí un reflejo con las Guerras Civiles y la destrucción de la Corona, y aunque la última lucha contra los Estuardos y la guerra general mayor contra Luis XIV

no eran sino secuelas de un mismo y vasto asunto, sin embargo sus grandes consecuencias estaban fijadas antes de que esas guerras comenzaran. El primer tercio del siglo XVII inicia una nueva época. Y desde ese momento los grandes procesos espirituales y en consecuencia, temporales, de la Europa Moderna, avanzan paralelamente. Todavía han de comparecer a juicio porque aún no están concluídos, pero tal vez su juicio esté próximo.

Estos procesos, que abarcan los últimos trescientos años, han sido:

1º Un rápido incremento de la ciencia física, y con ella, el de todas las demás formas del saber de las cosas demostrables y mensurables;

2º La aparición, especialmente en la nueva parte protestante de Europa (pero que se extiende de allí a la zona católica) de lo que llamamos hoy el *capitalismo,* esto es, la posesión de los medios de producción por parte de los pocos, y su explotación de los muchos;

3º La corrupción del principio de autoridad hasta su confusión con la fuerza pública;

4º El aumento general, no universal, de la riqueza total juntamente con el incremento del conocimiento físico;

5º El efecto creciente del escepticismo, que ya sea bajo la máscara de las formas tradicionales o no, fué desde el principio espíritu de negación

completa, y llevó a dudar no sólo de la institución humana, sino también de las mismas formas del pensamiento y de las verdades matemáticas;

6º Con todos éstos, por supuesto, hemos tenido una característica general; la progresiva extensión del terror.

Si alguno, situado a gran distancia en el tiempo, pudiese echar una mirada retrospectiva sobre estos tres siglos, los consideraría como un episodio de extraordinaria extensión que comprende cosas que deberían estar disociadas: el conocimiento y la riqueza, por una parte; la infelicidad del hombre, por la otra. Y vería que a medida que el proceso maduró, o más bien, a medida que la corrupción se fué acentuando, todas esas características distintivas llegaron a un grado tan extremo que haría peligrar la propia estructura de la sociedad europea. La ciencia física adquirió tal poder, la opresión del pobre llegó a tal punto, el razonamiento del hombre fué liberado hasta una tan ruinosa región de inseguridad, que se formuló una pregunta al fin, que jamás se había formulado al continente europeo: de si Europa no habría de fracasar a causa de sus lesiones internas, más que por la presión de sus enemigos exteriores.

Y correspondiendo a esa pregunta terrible que no ha sido aún contestada —la cumbre de tantos males— se alza la única fórmula vital de nuestro tiempo: *Europa debe volver a la Fe, o perecerá.*

He dicho que la primera consecuencia de la Reforma fué el aislamiento del alma. Esa verdad contiene en su desarrollo mucho más de lo que promete su enunciación.

El aislamiento del alma significa una pérdida del sustento colectivo; del sano equilibrio producido por la existencia común, la certidumbre pública y la voluntad general. El aislamiento del alma es la mismísima definición de su infelicidad. Pero este solvente, aplicado a la sociedad hace mucho más que completar y confirmar simplemente la miseria humana.

En primer lugar y por sobre todo, el aislamiento del alma da rienda suelta a un furioso y nuevo advenimiento de *fuerza.* El quebrantamiento de cualquier sistema estable, tanto en el orden físico como en el social, ponen en acto una prodigiosa reserva de energía potencial. Transforma al poder que mantenía las cosas unidas, en un poder que separa a cada una de las partes componentes; el efecto de una explosión.

He aquí porqué la Reforma movilizó una serie de progresos materiales, pero lo hizo en forma caótica y en líneas divergentes que sólo podían llevar al desastre. Pero se siguieron muchos otros resultados.

Notamos así, en segundo término que el nuevo aislamiento del alma la indujo a grandes extravagancias. El alma no quedará en el vacío. Si

se le quita la vista andará a tientas. Si no puede entender lo que percibe con todos los sentidos comprenderá lo que percibe con uno solo.

Por esa razón, con la disolución del lazo colectivo y de la religión colectiva, se erigieron sucesivamente numerosos ídolos, algunos valiosos, otros no; pero ninguno permanente. El más elevado y duradero fué una reacción contra la vida colectiva, bajo la forma de la devoción de la nacionalidad: el patriotismo.

Se tuvo en un extremo de la escala nuevos *tabús* extraordinarios; la erección en cierto lugar de una especie de dios maníaco, sediento de sangre; en el otro, (o en el mismo) un curioso ritual nuevo sobre observancia de la nada, cada séptimo día; en otro, una adhesión irracional a un libro impreso determinado. En otro, concepciones sucesivas: primero, que la razón humana es suficiente para dar fundamento a toda la vida del hombre —que no hay misterios: la extravagancia opuesta según la cual la razón humana no tiene autoridad final ni aun en su propia esfera. Y estas dos, aunque contradictorias tienen la misma raíz. El racionalismo del siglo XVIII que sigue su curso a través del materialismo del XIX, las dudas irracionales de Kant (que incluían mucho deshecho emocional) llevado hasta el caos total de los últimos metafísicos, con su negación de las contradicciones y hasta del ser; ambas nacieron de la necesidad que

tiene el alma sin sustento de crearse un sistema desde adentro, tal como el alma sin sustento ora se ahoga en la pesadilla, en un estrecho encierro, ora se disuelve en un vacío atroz. Todo esto, el primer efecto interior de la Reforma, fuerte en proporción a la fuerza del movimiento reformador, poderoso entre las sectas separadas, menos poderoso entre aquellos que permanecieron fieles a la Fe, parecería haber terminado su carrera para asentarse finalmente en una negación y desafío universales lanzados contra toda institución y todo postulado. Pero desde el momento en que la humanidad no puede reposar en ese estado de anarquía podemos creer que ha de llegar, o ya ha llegado, otra situación en la que la falta de apoyo colectivo para el alma dará a luz a nuevas tentativas para formar religiones extrañas: la hechicería y la nigromancia.

Puede ser. Puede que la gran disputa concluya antes que se propaguen mucho esas nuevas enfermedades. De cualquier manera, por el momento nos hallamos en un estado de negación completa. Pero debe repetirse que esta rotura de los cimientos difiere en grado en las varias sociedades; que aun, en gran parte de Europa, tal vez en número media Europa, las áncoras de salvación necesarias se mantienen firmes, y que esa mitad es aquella en que directamente por la práctica de la Fe, o indirectamente por haber conservado un resto de

su tradición, la Iglesia Católica ejerce una autoridad admitida o distante en el pensamiento de los hombres.

El próximo proceso que anotaremos se debe también —lo que a alguno puede parecerle una paradoja— al aislamiento del alma. Es el proceso del conocimiento creciente. Los hombres que actúan en forma corporada no están tan prontos a objetar o a examinar como los hombres que actúan solos. Los hombres cuyas conclusiones fundamentales provienen de una filosofía aceptada no serán arrastrados por la necesidad imperiosa de investigar de aquellos que han abandonado esa guía. En el momento en que hace más de mil años, la última corriente evangélica transcurría en su plenitud, un gran hombre expresó refiriéndose a las ciencias físicas: *"Con tales juguetes he desperdiciado mi juventud"*. Y otro, refiriéndose al conocimiento divino expresó: *"Todo lo demás es humo"*.

Pero en la ausencia de la Fe, las cosas demostrables constituyen la única consolación.

Hay tres formas en las cuales la mente humana puede poseer una verdad: el modo de la Ciencia, que significa que aceptamos una cosa por medio de la demostración y en consecuencia no admitimos la posibilidad de su opuesto; el modo de la Opinión, en el cual aceptamos una cosa a través de la probabilidad, por medio de una demostración parcial y no completa, y no negamos por lo

tanto la posibilidad de su opuesto; y el modo de la Fe, en el que aceptamos la cosa sin demostración y negamos la posibilidad de su opuesto; como por ejemplo la fe de todos los hombres cuerdos en la existencia del universo que los circunda y de otras mentes humanas.

Cuando la Fe confesada y admitida no se tiene en cuenta, claro está que de los dos rivales restantes la Opinión no puede resistirse a la Ciencia. Lo que puede demostrarse ocupa el todo del terreno. En verdad, es signo de la insuficiencia moderna la incapacidad para concebir otra forma de certeza salvo la que se tiene por medio de la demostración, y por lo tanto no puede reconocer de hecho ni sus propios primeros principios indemostrables. Ahora bien: esta función del alma aislada, la investigación y la necesidad de demostración para las convicciones individuales, por medio de la medición y conocimiento físico exacto, ha ocupado como bien lo sabemos, los tres siglos modernos. Estamos familiarizados todos por igual con sus prodigiosos resultados. Pero ninguno de ellos ha agregado nada aun a la felicidad humana y no se ha olvidado tampoco a ninguno para blandirle contra la miseria del hombre. Hay también en esta tragedia un algo de comicidad, y es la perplejidad de los mismos autores del descubrimiento al advertir que de un modo u otro, éste no causa

alegría y que, de un modo u otro, el gran conocimiento puede ser mal empleado, como puede ser mal empleada cualquier cosa. En su azoramiento, muchos se vuelven a un nuevo horizonte de la ciencia física como si de él les fuera dable esperar en algún modo ilógico, algún alivio.

Una progresión de la ciencia física y del uso de instrumentos es tan natural al hombre (siempre que sea conservado el orden cívico) que se habría registrado tal vez no tan rápidamente, pero con seguridad, de conservarse la unidad europea. Pero la destrucción de esa unidad aceleró fatalmente el giro de los acontecimientos y tan fatalmente que arrancó al movimiento de sus rieles.

El Renacimiento, cosa noble y vivamente europea, era muy anterior a la Reforma que fué su perversión y corrupción. Las puertas se han abierto sobre el conocimiento moderno antes que el alma que las había de franquear hubiese sido separada de sus compañeras. El desvío y no el origen de nuestra gran intención en este campo, ha sido la causa de su fracaso. Es una blasfemia negar el valor del conocimiento progresivo, y a la vez una cobardía y una locura, el temer por sus supuestas consecuencias. Sus consecuencias sólo serán malas de resultas de un mal uso, esto es, de una mala filosofía.

En relación con este desborde de investigaciones motivado por el aislamiento del alma, se puede observar un efecto en apariencia contradictorio y ciertamente suplementario; la exaltación de la autoridad externa carente de fundamento. Es un proceso curioso, muy poco reconocido, pero revelado inmediatamente por una observación atenta del mundo moderno; y aquellos que llegan a percibirlo se muestran asombrados ante la magnitud de su acción. Los hombres —bajo la influencia del escepticismo— han llegado a aceptar casi todo escrito impreso, o casi todo nombre repetido como a una autoridad infalible que debe ser admitida sin discusión. Han llegado a considerar la negación de esa autoridad como una especie de locura; y en los asuntos puramente prácticos se han dividido en dos grupos: uno reducido de los poseedores de la verdad, digamos, sobre determinado asunto político o sobre algún acuerdo financiero, o sobre algún problema irresuelto; y una gran mayoría que acepta sin discutir, una exposición siempre incompleta y por lo general falsa, del asunto, sólo porque ha sido repetida por la prensa diaria y vulgarizada en cien libros.

Este resultado singular y fantástico del largo divorcio entre la mente no-católica y la razón, tiene un profundo efecto sobre el mundo moderno. Sin duda la gran batalla que se entablará entre el caos

y el orden ha de girar en gran parte sobre esta forma de sugestión, esta aceptación de autoridad infundada e irracional.

Finalmente, tenemos entre las peores consecuencias de la Reforma, a ese fenómeno que hemos convenido en llamar *capitalismo,* y que muchos, reconociendo su mal universal, consideran erróneamente como al obstáculo principal para el correcto asentamiento de la sociedad humana, y la solución de la intolerable tensión moderna. Lo que llamamos *capitalismo* surgió directamente y en todas sus ramificaciones del aislamiento del alma. Ese aislamiento permitió una competencia desenfrenada. Proporcionó un curso sin obstáculos a la astucia y al talento superiores. Dió licencia a la codicia. Y por otra parte rompió los lazos colectivos por cuyo intermedio los hombres se mantienen en una estabilidad económica. Por su causa nació primero en Inglaterra, y más tarde en las naciones más activamente protestantes, y posteriormente, en varios grados, en el resto de la Cristiandad, un sistema bajo el cual, unos pocos poseyeron la tierra y el mecanismo de producción y los muchos fueron gradualmente desposeídos. Los muchos de ese modo despojados sólo pudieron subsistir con las raciones prorrateadas por los poseedores, y a éstos no les preocupaba la vida humana. Los poseedores se enseñorearon también del Esta-

do y de todos sus órganos —de ahí las grandes Deudas Públicas, séquito del sistema; de ahí el dominio ejercido por desconocidos del extranjero sobre los campos de actividad económica a ellos sometidos; de ahí la succión de riqueza, no sólo de los súbditos insatisfechos allende el mar, sino también de los productores individuales de los estados independientes.

Con tal arreglo desaparece la verdadera concepción de la propiedad, y observamos una demanda de alivio del mismo, con la negativa total del principio de propiedad. Aquí también como antes en cuanto a los *tabús* irracionales y el escepticismo, dos cosas aparentemente contradictorias tienen un mismo origen: el Capitalismo, y el sistema ideal inhumano (irrealizable) que se llama Socialismo: ambos provienen de una misma especie mental, y ambos se aplican a una misma especie de enfermedad social.

Y una vez más la sociedad campesina es el punto de apoyo de la reacción; y la sociedad campesina ha demostrado en toda Europa que coordina en gran manera con la autoridad de la Iglesia Católica que aun subsiste. Porque una sociedad campesina no significa una sociedad compuesta de campesinos, sino una sociedad en la que el Capitalismo Industrial moderno se rinde a la agricultura, y en la que la agricultura es conducida prin-

cipalmente por hombres que poseen parcial o totalmente sus instrumentos de producción y su suelo, ya sea en propiedad cabal o por tenencia consuetudinaria. En tal sociedad todas las instituciones del Estado reposan sobre una concepción fundamental de propiedad privada segura y bien dividida que no puede ser cuestionada, y que da su nota a la mente de todos los hombres. Y esa doctrina, como cualquier otra doctrina sana, aunque sólo aplicable a las condiciones temporales cuenta con el firme auspicio de la Iglesia Católica.

Así han ocurrido las cosas. Hemos llegado por último, al resultado final de esa catástrofe registrada hace trescientos años, un estado social que no puede perdurar, y a una disolución de las normas, una fusión del marco espiritual tales, que el cuerpo político falla. Los hombres sienten por doquier que continuar esta ruta interminable y cada vez más confusa, es algo así como la acumulación de la deuda. Cada vez nos alejamos más de un arreglo. Nuestras variadas formas de conocimiento divergen más y más. La autoridad, al mismo principio de la vida, pierde su significado; y el tremendo edificio de la civilización que hemos heredado y que es aún nuestro crédito, tiembla y amenaza caer. Está claro que es inseguro. Puede caer en cualquier momento.

Nosotros que aun vivimos, podemos ver el derrumbe. Pero cuando sobreviene el derrumbe no es sólo repentino sino también final. Y en tal enigma permanece la verdad histórica: el de que nuestra estructura europea, construída sobre los nobles cimientos de la antigüedad clásica, fué formada por medio, existe por, consuena con, y sólo perdurará en el molde de la Iglesia Católica.
Europa volverá a la Fe,
o perecerá.

La Fe es Europa.
Y Europa es la Fe.

ÍNDICE

